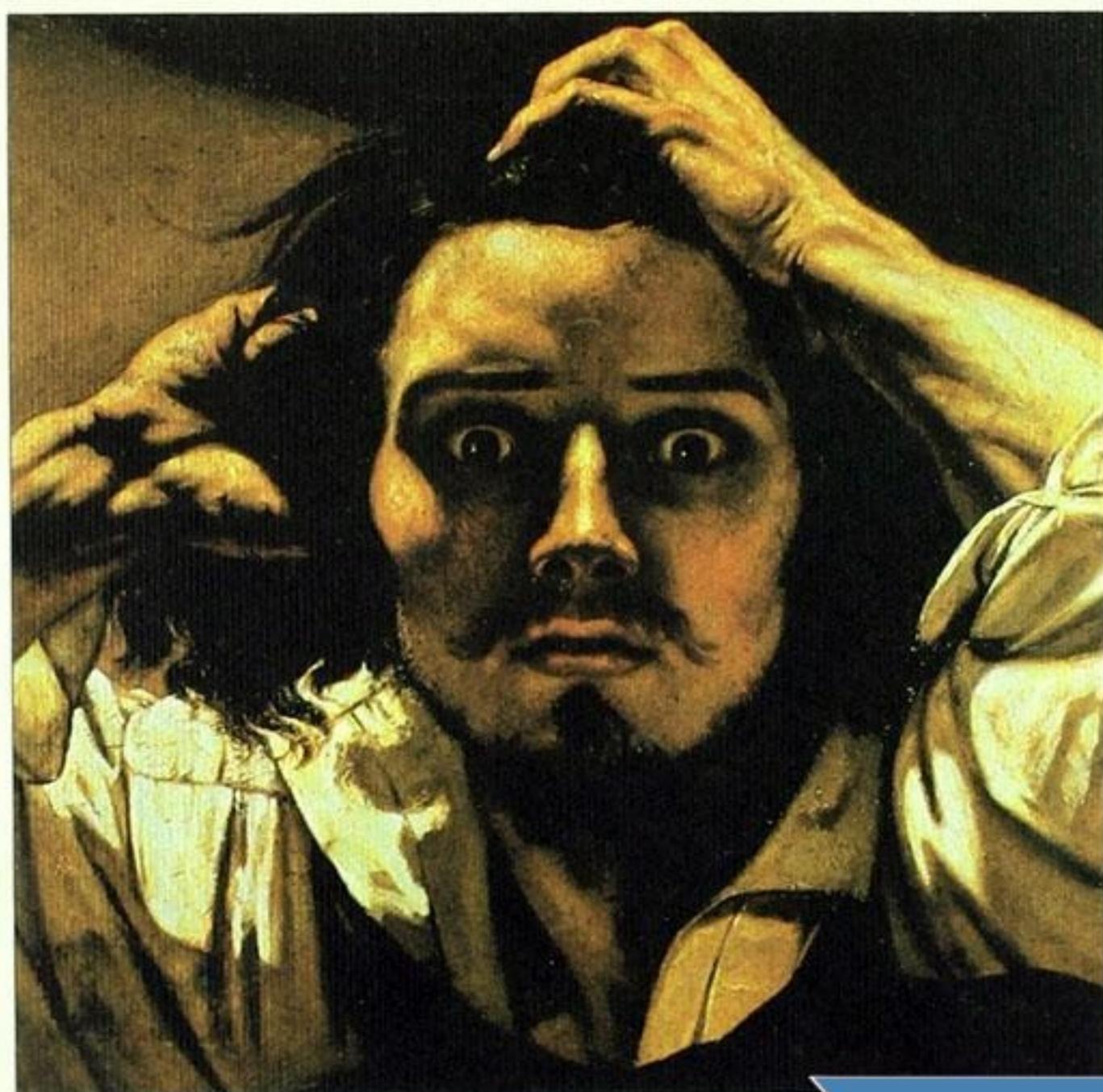


Pablo De Santis

El calígrafo de Voltaire



Lectulandia

Un forastero llamado Dalessius llega a un puerto con el corazón de Voltaire en un frasco y la obsesión no menos terrible por una mujer. Con estos elementos iniciales y el trasfondo de las ruinas del Antiguo Régimen, ocasionadas por la Revolución Francesa, la novela consigue colocar a Voltaire y al arte de la caligrafía en un clima más misterioso, que real. En la búsqueda de la renovación de ese arte, Dalessius descubre palabras que desaparecen, letras que brillan en la oscuridad o tintas que envenenan. Recostado entre los ataúdes de un servicio nocturno de entregas de cadáveres, y bajo las órdenes de Voltaire, viaja primero a Toulouse y luego a París, donde debe investigar un plan de fanáticos religiosos que luchan por acabar con la Ilustración y devolver a Francia la fe perdida. Dalessius sigue los pasos de un fabricante de autómatas, pinta mensajes secretos sobre mujeres desnudas y deja que el amor lo distraiga de su misión. A cada paso lo acecha la sombra del legendario calígrafo Silas Darel y una certeza última sobre su oficio: todo lo que sirve para escribir, también sirve para matar.

Lectulandia

Pablo de Santis

El calígrafo de Voltaire

ePub r1.0
lenny 15.10.13

Título original: *El calígrafo de Voltaire*

Pablo de Santis, 2001

Ilustración de portada: *El hombre desesperado*, de Gustave Courbet (1841)

Retoque de portada: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE
EL AHORCADO

LA RELIQUIA

Llegué a este puerto con poco equipaje: cuatro camisas, mis instrumentos de caligrafía y un corazón en un frasco de vidrio. Las camisas estaban remendadas y con manchas de tinta, a mis plumas las había arruinado el aire del mar. El corazón, en cambio, lucía intacto, indiferente al viaje, a las tormentas, a la humedad del camarote. Los corazones sólo se gastan en vida; después, ya nada les hace daño.

Muchas reliquias filosóficas recorren hoy Europa, en su mayoría tan falsas como los huesos que guardan las iglesias. En el pasado los santos eran los protagonistas absolutos de esta superstición. Pero ¿quién se pelearía hoy por una costilla, un dedo o el corazón de un santo? Huesos y calaveras de filósofos, en cambio, valen una fortuna.

Si algún coleccionista incauto menciona a cualquier anticuario de París el nombre de Voltaire, será conducido a un cuarto en el fondo de la casa donde le mostrarán en el mayor secreto un corazón parecido a una piedra, encerrado en una jaula de oro o en una urna de mármol. Le pedirán una fortuna, en nombre de la filosofía. Un lujo fúnebre e inútil rodea a los corazones falsos, mientras el verdadero está aquí, sobre la mesa, mientras escribo. La única riqueza que puedo ofrecerle es la luz de la tarde.

Vivo en un cuarto estrecho, cuyas paredes se desmoronan un poco cada día. Las tablas del piso están flojas y algunas pueden levantarse con facilidad. Cuando a la mañana me voy a trabajar, guardo en ese hueco el frasco de vidrio, envuelto en un paño raído de terciopelo rojo.

Llegué a este puerto huyendo de todos aquellos que habían visto en nuestro oficio una rémora del antiguo régimen. En la Convención había que gritar, y nosotros, los calígrafos, sólo habíamos aprendido a defendernos por escrito. A pesar de que hubo quien propuso que se nos cortase la mano derecha, triunfó la solución igualitaria, que limitaba el corte a la cabeza.

Mis colegas no levantaron la vista de sus escritos ni se preocuparon por entender qué decían los gritos que se oían a lo lejos. Continuaron transcribiendo con paciencia los textos que les habían encargado funcionarios ya decapitados. A veces, como advertencia o amenaza, les pasaban por debajo de la puerta una lista borrosa de condenados, y ellos la transcribían sin notar su propio nombre perdido entre los otros.

Pude escapar porque los años previos me habían enseñado a levantar la vista del papel. Me había inventado otro nombre y otra profesión, y había falsificado los documentos, para poder atravesar los puestos de control entre distrito y distrito, entre ciudad y ciudad. Escapé a España, pero era tal mi impulso de fugitivo que no me detuve y quise llegar más lejos. Embarqué en la única nave que me aceptó, con mi poco dinero y mis andrajos. Nunca había subido a un barco en mi vida, quizás por el recuerdo de mis padres, que habían muerto en un naufragio. En la cabina de mando

completé el precio de mi pasaje tomando el dictado del capitán, que debía enfrentar una gran correspondencia de mujeres y acreedores. Al redactar esas cartas y corregir mis errores, terminé de aprender el español.

El viaje era largo, la nave tocó puerto tras puerto, y no me decidía a bajar en ninguno. Miraba las construcciones de la costa esperando una señal que me dijera que ahí estaba mi lugar. Pero sólo una señal estaba preparado para entender: aquella que dice que más allá no hay nada. Esta ciudad era el último puerto antes del regreso.

Aquí vienen los que llegan por error, los que empiezan por huir de un peligro o un gobierno, y terminan por escapar del mundo. Cuando los botes me acercaron a la orilla, pensé que mi vida en el oficio se había acabado y que nunca volvería a encontrar una gota de tinta. ¿Quién podría necesitar un calígrafo en estas calles oscuras y llenas de barro? Me equivoqué también en esto: pronto descubrí que había un culto profundo a la palabra escrita, aún mayor que en las ciudades europeas. Aman las órdenes selladas y firmadas, los papeles que pasan de mano en mano convocando otros papeles, los encargos minuciosos que se hacen a Europa, la lista de las cosas arruinadas durante el viaje. Todo está sellado, y con grandes firmas llenas de arabescos, y es debidamente archivado en muebles que tragan en su desorden a los documentos para siempre.

En el cabildo, en una oficina helada, transcribo todas las mañanas documentos oficiales y sentencias de la justicia. Los funcionarios mencionan a menudo el nombre de Voltaire, pero si yo dijera que trabajé para él, no me creerían. Dan por sentado que todo lo que arriba a esta orilla es falso, o no tiene importancia.

El viento entra en mi habitación y mueve todas las cosas. Pongo el corazón sobre mis papeles, para que el viento no los haga volar.

PRIMERAS LETRAS

Cuando murieron mis padres en el naufragio del Retz quedé a cargo de mi tío, el mariscal de Dalessius. Mi tío me preguntó qué sabía hacer, y le mostré unas hojas donde había jugado a inventar alfabetos. En una página las letras eran ramas de árbol, que insinuaban hojas y espinas; en otra lámina eran edificios y palacios orientales, y en una tercera —la más complicada— las letras se resignaban a ser letras. Mi tío estaba a la espera de una señal que le indicara cómo librarse de mí, y esos alfabetos lo ayudaron. Me envió a la Escuela de Caligrafía del señor de Vidors, que había contado entre sus alumnos al oscuro Silas Darel.

Pronto comenzaron los problemas con las autoridades, porque no me bastaba con escribir, quería inventar plumas y tintas, fundar de nuevo nuestro arte. La caligrafía agonizaba, condenada por la ausencia de maestros, sitiada por la imprenta, reducida a batallones y hombres aislados. En los libros de Historia buscaba héroes a quien pudiera considerar calígrafos, pero sólo eran héroes quienes nunca escribían.

Los más inquietos, los que buscábamos seguir el camino de Silas Darel, explorábamos en donde podíamos, desde los viejos manuales escolares hasta anónimos tratados de criptografía. Era un oficio tan muerto que nos veíamos como arqueólogos de nosotros mismos.

La sala donde se labraban los documentos estaba siempre en silencio, sólo interrumpido por el roce de las plumas contra el papel; ruido que era, del silencio, su metáfora. Era un largo salón con ventanales a los costados, que las autoridades ordenaban mantener siempre abiertos, aún en invierno, porque afirmaban que una habitación bien aireada era la primera condición para una buena letra. Por las aberturas entraba tierra, ramitas y hojas de pino que mis compañeros apartaban con molestia, pero que yo dejaba sobre la hoja, porque creía que en el proceso de transcripción había que respetar las huellas de las circunstancias. Todos, excepto unos pocos, se resignaban a los productos que compraba la escuela cada seis meses a su proveedor, un marino portugués: tinta negra que en poco tiempo perdía el color, tinta roja generosa en grumos, páginas cuyas imperfecciones hacían saltar las letras como si jugaran a la soga y plumas de ganso elegidas a ciegas.

Después de la cena y los rezos, yo experimentaba con mis propias invenciones, escondido en mi habitación o en el jardín, junto a una fuente de piedra cuya agua verde de putrefacción también me servía para escribir. Mi tinta favorita consistía en una mezcla de sangre de cerdo, alcohol y azafrán de Marte. Conseguía en el mercado el ala izquierda de los gansos negros. Arrancaba pluma por pluma para reservar una de cada quince. Una vez elegidas calentaba arena en un cuenco de cobre que luego vaciaba en una caja de madera: allí dejaba las plumas hasta que el calor las endurecía. Guardaba mi equipo en un costurero que había pertenecido a mi madre y que aún

conservaba un dedal de bronce y olor a lavanda.

Cuando dejé la escuela de Vidors, mi tío me consiguió un empleo en la justicia. Era un destino natural para quienes conseguíamos el título; otros terminaban como bibliotecarios o como escribas privados de las últimas familias ilustres. Empecé a viajar con mi caja por juzgados y oficinas del gobierno. Era una época que gustaba de lo frágil y lo inútil: ya no volveré a vivir nada parecido. A un condenado a muerte, cuya sentencia me habían encargado poner sobre el papel, le mostraron antes de subir al patíbulo el manuscrito poblado de arabescos y sellos de lacre y dijo: díganle al calígrafo que agradezco el haber convertido mis crímenes en algo tan bello; mataría a diez hombres más, con tal de que vuelva a trazar algo semejante. No conocí, en mi vida, elogio mayor.

En mi habitación los frascos se mezclaban: la tinta del calamar, el veneno del escorpión, la solución de azufre, las hojas de roble y las cabezas de los lagartos. También había probado con tintas invisibles, a partir de las indicaciones de un ejemplar de *De occulta caligraphia* que me había vendido un librero de la Rue Admont y que estaba prohibido en la escuela de Vidors. El libro prometía tintas del color ausente del agua que se hacían visibles ante el contacto con la sangre o al ser frotadas con nieve o expuestas largas horas a la luz de una luna sin nubes. Otras recorrían el camino contrario, y del negro pasaban al gris y luego a la nada.

Mi carrera como calígrafo legal se terminó cuando redacté la sentencia de muerte de Catherine de Béza, convicta y confesa por el asesinato de su marido, el general de Béza. Cuando el general enfermó, su esposa mandó llamar al viejo médico que lo había atendido durante muchos años, y que, casi ciego, recetaba medicamentos que ya no se usaban y firmaba certificados de defunción sin mirar ni preguntar. Pero esa misma mañana el viejo doctor despertó con fiebre y envió en su reemplazo a un médico joven que tenía bajo su protección. Cuando llegó el doctor, el general ya había muerto. Unos pocos minutos le bastaron para rechazar la causa natural: miró con una lupa holandesa las uñas del cadáver y encontró restos de arsénico.

La señora de Béza fue juzgada y condenada. La llevaron al patíbulo, pero el verdugo debió detener la ejecución, porque el papel con la sentencia, unas horas antes atiborrado de inscripciones, ahora era un papel en blanco, apenas distraído por el rojo de los lacres.

Quisieron acusarme de conspiración; intenté disculparme de mi error con explicaciones que mezclaban la ciencia con la fatalidad pero de todos modos me enviaron a prisión por tres meses. Como algunos tomaron la desaparición de la sentencia como una señal divina, y la atribuyeron a la virtud de la acusada antes que a la torpeza del calígrafo, el tribunal cambió el patíbulo por la prisión.

Cuando salí de la cárcel fui a ver a mi tío. Esperaba dormir noche y día en una cama de verdad, sin el hedor del calabozo, los gritos y las ratas. Pero mi tío ya había

preparado mi equipaje y el frío abrazo con que me recibió no celebraba mi retorno sino mi despedida.

—Estuve ofreciendo tus servicios mientras estabas en prisión. Envié a viejos conocidos una hoja con la breve lista de tus virtudes y otra con la larga lista de tus errores, para no quedar como mentiroso.

—¿Alguien respondió?

—Sólo recibí contestación del castillo de Ferney. Allí todo lo confunden y lo leen al revés; entendieron tus vicios como virtudes, y por eso te aceptaron de inmediato.

FERNEY

Tenía veinte años y sólo era dueño de un costurero lleno de tintas y de plumas. El viaje a Ferney me hubiera resultado imposible si no hubiera estado mi tío, el mariscal de Dalessius, a cargo del sistema de transportes llamado Correo nocturno. Era la compañía que se ocupaba de trasladar a los caídos. En tiempos de guerra llegaban a Francia numerosos cuerpos que debían ser reintegrados a sus ciudades y aldeas. El sistema de postas se había encargado en un principio de este tráfico, pero las cartas y mercaderías llegaban en un estado tan deplorable que la gente renunció a la lectura de correspondencia; apenas recibían los envíos, los quemaban. Los muertos habían logrado incomunicar las distantes regiones de nuestro reino.

El Correo nocturno se dedicó por completo al transporte fúnebre. Mi tío heredó de mi abuelo la empresa, cuyo corazón era un depósito de las afueras de París, que un siglo antes había funcionado como un saladero de carne. Allí mismo se clasificaban los cuerpos, se los encerraba en ataúdes —a menudo llenos de sal, como para continuar con la tradición del lugar— y se los enviaba por los caminos de Francia. Había veinticinco carrozas; como los recorridos eran caprichosos y las equivocaciones habituales, algunas familias debían esperar durante meses la llegada de un cuerpo. Al principio, en el fragor de la guerra, se esperaba al caído como a un héroe, pero el tiempo pasaba, la guerra encontraba su fin, y el viajero llegaba como un cartero con malas noticias, como un visitante inoportuno que hablaba de una guerra que todos habían logrado olvidar.

Mi tío había incorporado a los ataúdes una pequeña ventana con su postigo, para poder ver al pasajero; así se evitaban las equivocaciones. Otra de sus innovaciones fue la decisión de que cada soldado llegara con su colección de medallas, que mi tío le hacía acuñar a un fabricante de botones. De esa manera, todos recibían a un héroe. En este oficio, me dijo el mariscal de Dalessius, hay reglas precisas: vestir de negro, actuar de noche, guardar silencio.

Cuando no había guerras ni epidemias, la cantidad de coches se reducía. Para conseguir clientes, mi tío se había preocupado por difundir la tesis de un teólogo benedictino, quien afirmaba que para asegurarse el paraíso todo hombre debía ser sepultado en el lugar donde había nacido, o a una distancia no mayor que la que media entre Belén y el Santo Sepulcro. A través de estos pequeños ardides y la colaboración del estado, que le encargaba el transporte de ejecutados y muertos en prisión, mi tío conseguía que no le faltaran pasajeros, aun en los peores tiempos de paz.

El viaje fue largo, porque Ferney quedaba en la frontera con Suiza. Expulsado de París por el rey, Voltaire había comprado el castillo para poder huir, en caso de amenaza, hasta su finca en Ginebra. Cuando llegué a destino, todos los encargos

habían sido cumplidos y el único pasajero era yo. Me despedí de Servin, el cochero, y quedé solo a las puertas del castillo.

Un secretario estudió mis papeles y me ordenó que me sentara a esperar. Pronto se apagó la luz de las ventanas y quedé solo en una sala en penumbras. Nadie se acercaba a encender las lámparas y creí que se habían olvidado de mí. El viaje me había agotado y sólo esperaba que me dieran algo de comida y una cama, pero un criado vino a buscarme y me condujo al ala este del castillo. Había tantos relojes en las salas que el ruido resultaba ensordecedor. El tic-tac, me enteraría después, invadía inclusive los sueños, para atormentar con engranajes, agujas y números romanos las noches de la servidumbre.

En la vida de Voltaire no habían faltado los combates, la prisión, el exilio. Esperaba ver a un gigante, la cabeza enorme, los ojos clarividentes, pero me encontré con un anciano que no parecía real, sino un dibujo en la página de un libro (un libro dejado en el jardín durante una noche de lluvia). Los dientes se los había llevado el escorbuto, la cabeza calva estaba cubierta por un gorro de lana, y la lengua, debido a su manía de mojar con ella la pluma cuando la tinta estaba seca, había quedado tan azul como la de los ahorcados.

Cuando entré, no volvió la cabeza; quizás era también sordo. Seguía atento a unos papeles que estudiaba con una lupa con aro de oro.

—Imbécil —dijo.

—Lamento llegar tarde.

—Imbécil el que escribió esta página.

—¿Alguno de sus enemigos?

—El peor: yo mismo. ¿Por qué esa estúpida afición por los diccionarios, podría usted explicarme? Es la infección que contrae al tocar la Enciclopedia.

—Soy calígrafo. También tengo afición por el orden alfabético.

Recordé que el amor por el alfabeto había llegado a tal extremo en la escuela de Vidors que nuestras clases de gimnasia consistían en formar letras con nuestros cuerpos. La *g* y la *h* eran las peores. Sobre el patio helado debíamos escribir a lo largo de la mañana fragmentos de la *Eneida* en latín. Desde una torre nuestro profesor leía las oraciones.

—Voy a confesarle una cosa: alguna vez planeé escribir mi autobiografía usando el orden del alfabeto. Si emprende alguna vez una empresa semejante, recuerde que cualquier letra puede ser salteada, excepto la *a* y la *zeta*, porque nos dan la idea de que el círculo se ha cerrado, aunque en el medio falten las otras. Si en lugar de decir «Soy el alfa y la omega», Cristo hubiera dicho «Soy la beta y la psi», quien sabe qué hubiera sido del cristianismo.

Me tendió papel y pluma.

—Haga una prueba de caligrafía.

—Preferiría usar mis plumas, si no le molesta.

—Gracias a esos instrumentos perdió el empleo anterior. ¿Quién le asegura que no perderá el próximo?

No me dejé intimidar.

—¿Qué escribo?

—«Mi mano tiembla como la de un anciano.»

Efectivamente, la mano me temblaba. Nunca antes me había ocurrido. El resultado fueron unas letras indecentes.

—Es culpa de la pluma que elegí.

—Pruebe con otra.

Tomé una de ganso azul, mi favorita, y el efecto fue peor.

—Ese ganso está aleteando todavía. De todas maneras lo contrato; le tiembla tanto el pulso que creerán que soy yo mismo el que escribe. Su jefe inmediato será Wagnière, mi secretario.

—¿Cuál será mi trabajo?

—Contestar la correspondencia. Trabajaré aquí, en esta sala. Para responder algunas cartas deberá consultarme. Otras quedarán a su criterio.

—Quienes lean las cartas sabrán que no las ha escrito usted.

—No se preocupe por eso. Es mejor que sepan que no he sido yo. Van a pensar: si no escribe sus cartas, es porque está entregado a una obra importante. La ausencia también es un efecto de estilo.

Nos sobresaltó el estruendo de un derrumbe. Voltaire salió hacia el pasillo y yo lo seguí. Daba pasos largos pero con lentitud, y yo, que iba detrás, me veía obligado a detenerme para no superarlo. Aunque tardamos en llegar al lugar del derrumbe, los papeles todavía flotaban en el aire, esperando a su dueño.

Junto con nosotros entró al archivo un hombre alto, de aire triste y ropas fúnebres. Empezó a excavar entre los papeles y me arrodillé a su lado para ayudarlo. Bajo el peso de aquellas cartas amarillentas, atadas con cordel, alguien tosía y gemía.

Saqué un fajo de cartas comidas por las polillas; casi se deshicieron en mis manos. En el fondo había una cara tan sepultada por el polvo del papel que parecía formar parte de la correspondencia.

—Saquemos al pobre Barras —dijo el hombre alto—. Usted tire de un brazo, yo del otro.

Sacamos a un muchacho enclenque, a quien le sangraban la cabeza y el labio superior. Apenas pudo se libró de nuestras manos, apurado por apartarse de los papeles, como si en la espesura lo acechara una fiera. Se alejó cojeando por el pasillo, mientras gritaba:

—¡Vuelvo a la cocina! ¡Al archivo, jamás!

—Creo que necesitamos un nuevo ayudante para la clasificación de su

correspondencia— dijo el hombre alto.

—Aquí lo tiene. Wagnière, le presento a Dalessius. Dalessius: ordene este desastre. De ahora en adelante, además de escribir cartas, tendrá a su cargo el archivo.

—¿No es peligroso para un aprendiz? —preguntó Wagnière—. Barras por poco muere y el mes pasado, ese estudiante de Alsacia...

—Si el señor Dalessius se esfuerza, aprenderá. Y si no, volverá a su hogar... en el mismo transporte que lo trajo hasta aquí.

LA CORRESPONDENCIA

Como Voltaire tenía muchos enemigos, abrir el correo era muy peligroso. Le enviaban agujas envenenadas ocultas entre las páginas, cartas con ampollas que dejaban libres vapores ponzoñosos, arañas asesinas.

Entre los paquetes que recibía había a menudo libros falsos que contenían serpientes en hibernación o delicados mecanismos explosivos. En una sala especial, alejado de todos como para que no hubiera otra víctima, yo revisaba sobres y envoltorios con el corazón paralizado. Me auxiliaban una serie de instrumentos que Voltaire había comprado en Ginebra y que estaban destinados a detectar trampas y explosivos: lupas de cristal de roca, un delicado catalejo que se introducía en los envoltorios sin necesidad de abrirlas, una lámpara de fuego azul que permitía ver a través del papel.

No era mi único trabajo abrir la correspondencia, sino también responderla, en nombre de Voltaire.

—Busque en mis libros y agregue alguna vieja agudeza a su prosa de seminarista —me ordenaba.

Yo era muy joven y aquel trabajo —que luego tanto extrañaría— me llenaba de impaciencia. Me aburría la rutina y aún el peligro: empecé a abrir las cartas sin cuidado, y a responderlas sin reflexión. Me sorprendía que hubiera mujeres enamoradas que le escribían a Voltaire con su propia sangre. De haber visto el cadáver viviente al que destinaban tanta pasión inútil habrían raspado toda la sangre para regresarla a sus venas. Por puro tedio, comencé a responder las cartas de mi señor con todos los instrumentos de que disponía. Nada me privaba de usar: plumas de albatros endurecidas en el yodo de la espuma marina, pinceles chinos de pelo de mono, tintas que brillaban en la oscuridad, tintas que se borraban a medida que uno leía la carta para crear la ilusión de una despedida. Pero Voltaire, al principio entusiasmado con mi propio entusiasmo, empezó a incomodarse con las cartas que llegaban en blanco a su destino, o con las letras cambiadas de lugar o con su firma brillando en la noche como el nombre de un fantasma.

Para apartarme de esa tarea, Wagnière me recordó que había quedado pendiente la organización del archivo. Había tantas cartas que con aquellos cordeles amarillos y rojos que las ataban se hubiera podido hacer un lazo alrededor del mundo. Las cartas reales, como las de Catalina de Rusia o Federico el Grande, debía guardarlas bajo llave, en un cofre de hierro. En un pequeño horno quemaba las cartas insultantes, como las del obispo de Annecy, que cada quince días acusaba a Voltaire de pecados ocultos, o las ridículas, como la correspondencia de una sociedad de alquimistas de Ginebra cuyos miembros aseguraban tener en su poder al mismo Paracelso. *Lo mantenemos oculto en el sótano, en una casa que está en la orilla del lago. Cada tres*

meses despierta, dice entre dientes algo que nos suena como Voltaire, y vuelve a su sueño de siglos.

El horno de hierro funcionó sin problemas hasta que una chispa (yo estaba distraído leyendo algunas cartas indecorosas enviadas por Madame de F.) hizo arder una pila de correspondencia del marqués D'Argenson, por las que Voltaire tenía un afecto particular. Yo llevaba conmigo una bolsa de arena que usaba para mis plumas y ocasionalmente como secante; con esa arena apagué el fuego antes de que ardiera el archivo entero.

Esa noche no dormí, porque sabía que Voltaire pensaba un nuevo destino para mí: la expulsión o la servidumbre.

Al amanecer fui a verlo al salón donde escribía. Detrás de las ventanas, unos árboles oscuros me contagiaron su tristeza; el viento los curvaba como signos de interrogación. Voltaire estudiaba un parásito que había encontrado en sus plantas.

—Tenemos que deshacernos de todo lo que nos carcome, todo lo que vive a expensas de los demás —me saludó Voltaire—. Quiero que prepare su equipaje.

—¿No podría darme alguna otra ocupación, en lugar de echarme? ¿No necesita un buen jardinero?

—¿Qué sabe usted de plantas? Cuando visita el jardín, las rosas se hieren con sus propias espinas y los tulipanes se suicidan en masa.

—¿Y la cocina?

—Lo cocinarían a usted, y no estoy seguro de que ese plato me agrade.

Me gustaba la vida en Ferney. No quería volver a subir escaleras en los tribunales, golpear a la puerta de los magistrados, esperar en oficinas llenas de papeles donde nunca corría aire fresco. A medida que pensaba en la partida, las fuerzas me abandonaban, y mientras Voltaire se erguía frente a mí, yo envejecía y me encorbaba.

—Ahora mismo haré mi equipaje y me iré para siempre —dije. Fingía dignidad y buscaba compasión.

—¿Qué ha entendido? No lo estoy echando. Necesito que prepare la partida, pero para viajar a Toulouse.

—¿Por qué a Toulouse?

—Ayer a la noche vino un viajero que me habló de un caso que lo apenaba. Me contó que el tribunal del Languedoc se prepara para ejecutar a un protestante, Jean Calas, y quizás también a toda su familia.

—¿De qué se lo acusa?

—De haber matado a su hijo.

—Espero entonces que se cumpla la sentencia.

—Yo espero que usted averigüe por qué quieren asesinar a ese hombre a toda costa. Le prepararé algunos informes; léalos en el camino.

—Soy un calígrafo, me preocupo por la nitidez del trazo, no por la verdad de las

palabras, que es oficio de otros. De filósofos, por ejemplo.

—Estoy viejo para ir a Toulouse. Además, en esa ciudad mi fama es un atajo hacia la muerte. No tengo apuro por morir, y menos por morir en Toulouse. Para usted, en cambio, no habrá ningún peligro, mientras evite pronunciar mi nombre. Ya le envié un mensaje a su tío para que uno de sus coches lo venga a buscar.

—Pensaba continuar aquí, escribiendo para usted, escribiendo para la historia, y no viajando con los muertos.

—Si sus caminos son los de la historia, es natural que lleve muertos de compañía.

LA PASAJERA

El viejo cochero, Servin, venía esta vez del otro lado de la frontera suiza. Transportaba a un matrimonio de Avignon que había muerto en una avalancha en las montañas. La tragedia había ocurrido diez años antes, pero el descubrimiento de los cuerpos había sido reciente. Los acompañaba un tercer ataúd, cuyo contenido no me preocupé por averiguar.

A las tres horas de viaje empezó a llover. Al frente todo era sombra y árboles negros. Le pregunté a Servin, a los gritos, si no quería que lo reemplazara, pero no me respondió; tomó un trago más de su botella y azuzó los caballos, indiferente a la tormenta.

Servin me ordenó que descansara en el interior del coche, para que después pudiera reemplazarlo. Un pequeño catre de hierro colgaba de unas cadenas sobre los tres ataúdes. Trepé al catre, me acomodé sobre una manta y me tapé con otra. Pude dormir algunos minutos, a pesar de que la cama colgante se balanceaba enloquecida y las cadenas chirriaban. Un brusco movimiento me despertó de un sueño en el que yo debía conducir hasta un lugar remoto el cadáver de Voltaire. Segundos después una sacudida violenta me hizo volar por los aires y me arrojó sobre el tercer ataúd.

Como si alguien hubiera respondido a los golpes, el postigo se abrió. Me asomé a mirar, con la intermitente ayuda de los relámpagos, al tercer pasajero. Tenía la misma curiosidad que me llevaba, en la niñez, junto a los ahorcados, para mirar la lengua azul, las plantas de los pies marcadas a navaja con signos desconocidos, la labor paciente de las viejas supersticiosas del pueblo que arrancaban uñas y dientes. Ya me imaginaba el maquillaje indecoroso, cuando descubrí a la mujer. Había sido hermosa y nada había cambiado; aquellos rasgos no hablaban de la muerte, sino de un hechizo. Por una puerta secreta yo había entrado en un cuento.

A los gritos hice que Servin detuviera el coche. Esperé que la tormenta nos regalara otro relámpago. El cochero no se inmutó.

—A veces el clima seco guarda los cuerpos intactos.

—¿Puede llamarse clima seco a esta lluvia?

—Quizás la embalsamaron según los métodos egipcios. Dicen que hay en Ginebra compañías funerarias que untan los cuerpos con grasa de animal y reemplazan los órganos con aserrín de cedro.

Quise retenerlo para compartir con él el misterio, pero Servin volvió a las riendas, ajeno a la maldición de la curiosidad, que nos lleva a buscar respuestas y a encontrar problemas.

Escondimos el coche detrás de unos árboles y pasamos la noche en una posada sin decir a la dueña cuál era nuestro cargamento. De otra manera no nos hubiera recibido, ya que en general no se aceptaba como huéspedes a sepultureros, cocheros

del Correo nocturno o verdugos. Seguía lloviendo y había una gotera sobre mi cama. Me cambiaba de sitio, pero la gotera me perseguía, recordándome que había un misterio por resolver.

Me descolgué por una ventana cuidando de no despertar al cochero y abrí la puerta de la carroza. Llevaba conmigo una lámpara con la que alumbré largo rato la cara detrás del vidrio. Cuanto más cerca estaba la luz, más oscuro era todo. La mujer tenía los labios apretados, como a punto de decir un secreto. No había métodos egipcios capaces de tal perfección.

A la mañana Servin me encontró dormido sobre el ataúd y me despertó con un golpe en la cabeza.

—Voy a hablar con el mariscal. Lo único que faltaba: que te enamoras de una pasajera. Te ocuparás de los caballos hasta Avignon.

Dejé que los caballos me llevaran a mí, porque parecían más sabios, con esos ligeros movimientos de cabeza, a un lado y a otro, como si aceptaran con filosofía las contradicciones del mundo. Empecé a hablarles y creí que me entendían, porque a veces levantaban la cabeza, asintiendo a mis razones.

Había dejado de llover cuando Servin me relevó. No me animaba a decirle que había equivocado el camino, pero el cochero, apenas echó una mirada al bosque que nos rodeaba, hizo volver a los caballos sobre lo andado. Encontró la ruta hacia Avignon, entregó los dos cuerpos embalados en los Alpes y cobró una inmensa propina, de la que me entregó menos de una décima parte. Prometió que cuando llegáramos a Toulouse ganaría alguna moneda más.

Cuando pasábamos por medio de un pueblo para abastecernos de comida, los pobladores cerraban las ventanas y cruzaban los dedos; el paso del Correo nocturno era señal de mal agüero. En dos pueblos nos impidieron el paso y nos obligaron a un desvío. Quise convencer a Servin de que quitara los crespones negros y las imágenes alegóricas talladas en madera que decoraban la carroza. Sin símbolos, el coche parecería un transporte común. Pero Servin se negaba:

—El mariscal de Dalessius se ocupa personalmente de la decoración de cada coche y no acepta ningún cambio. Quiere que nos reconozcan desde lejos. Los rodeos y las demoras no deben importarnos. Como él dice: un desvío del camino también es un camino.

TOULOUSE

Había estado ansioso por llegar, pero ahora que las ruedas, a punto de dar un último giro y abandonar el eje, marcaban con vacilante caligrafía la ruta a Toulouse, sentí esa mezcla de cansancio e inquietud que aborda al viajero al entrar en una ciudad desconocida.

Entregamos el último ataúd en la Calle de los Ciegos. Era la casa del señor Girard, un fabricante de juguetes que exhibía sobre una larga mesa caballos de madera pintados de azul, rompecabezas con la imagen de planos de ciudades, muñecas de porcelana y ejércitos de soldados de plomo que parecían volver de una derrota, desarbolados, hambrientos y con la bandera hecha jirones.

—¿Es su hija? —pregunté.

—El Correo nocturno tiene fama de no hacer preguntas —contestó Girard.

—Cierto, señor —dijo Servin, preocupado por que mi curiosidad podía disminuir o anular la propina—. Le pido que lo disculpe. El joven Dalessius es nuevo en el oficio.

El dueño de casa nos dio unas monedas a cada uno, pero Servin me las arrebató.

—Que te baste con haber viajado gratis —dijo por lo bajo.

Le preguntó al fabricante de juguetes si quería que dejáramos el ataúd en otro lugar de la casa.

—Ahí está bien —dijo Girard, impaciente por que nos fuéramos. Como ya no corríamos el riesgo de perder la propina, pregunté de qué había muerto.

—Comió una manzana envenenada —Girard ya nos empujaba hacia la puerta.

Salimos a la calle y allí mismo Servin se despidió de mí. Lo esperaba un encargo en las afueras de la ciudad. Me tendió la mano, y en la mano había una moneda. Me dijo que me cuidara, y que si me preguntaban quién me había enviado, respondiera cualquier cosa, que era emisario del demonio o de los hugonotes, pero que por ninguna razón dijera la verdad.

Encontré una pensión cerca del mercado y tomé un cuarto. Tuve que pagar dos noches por adelantado.

—¿Viene por las fiestas? —preguntó el dueño, un hombre con la cara marcada por enfermedades y heridas. Le faltaban tres dedos en la mano derecha.

—No. ¿Hay una fiesta esta noche?

—Empiezan dentro de unos días.

—¿Y qué se celebra?

—La jornada en que el pueblo de Toulouse tuvo el valor de librarse de cuatro mil hugonotes. Se cumplen doscientos años.

—¿Los echaron?

—Al otro mundo. Nunca verá, señor, unos fuegos de artificio que suban tan alto;

dicen que en China no los hay mejores. Hace quince años perdí tres dedos porque estuve entre los encargados de encender los fuegos. Y no crea que me arrepiento. Apenas fui herido, pensé: a otros les toca oler la pólvora y ser despedazados en los campos de batalla; a mí me toca ser un héroe aquí. Volvería a hacerlo, sobre todo ahora, con los Calas como invitados. Todo un año de aburrimiento junto al fuego y de saludos a los pasajeros que llegan y se van; todo un año de espera para ver como el mundo estalla. Cuando la fecha se acerca, vuelvo a sentir a mis dedos perdidos.

A la noche me asomé a la ventana de mi cuarto y vi a cinco hombres vestidos de blanco, con capuchas sobre las cabezas, que llevaban una imagen de Cristo. Voltaire me había advertido: Cuídese de los penitentes blancos. Las ventanas se abrían a su paso para dejar caer flores marchitas sobre las capuchas de lino.

EL LUGAR DEL CRIMEN

El cuarto donde me alojé era estrecho y frío. Antiguos huéspedes habían dejado grabados sus nombres en las paredes húmedas. La manta estaba tan sucia que resultaba mucho más pesada y abrigada de lo que hubiera sido limpia. Paseaban por el suelo insectos de toda clase, que estudié con mi lupa mientras esperaba que el sueño me liberase de esos incómodos detalles. A algunos los retuve: me gustaba aplastar insectos entre las páginas de mis libros porque luego el espécimen disecado me recordaba las circunstancias de la lectura.

Comí en la mañana un nuevo pan con el que los panaderos de Toulouse homenajaban al hijo de los Calas. Tenía forma de ahorcado, y lo adornaban granos de sal y pasas de uva, y una diminuta sogá decorada con semillas de sésamo. Esa misma mañana terminé de leer los informes que me había dado Voltaire sobre el caso y visité la casa de los Calas.

Los jueces habían ordenado una guardia permanente en la puerta. Le pregunté al único soldado si podía pasar y respondió que no. Había previsto esa circunstancia, y saqué de mi bolsa una botella de vino y uno de aquellos panes con figura de ahorcado. Entonces el guardia se hizo a un lado y yo recorrí los cuartos desmantelados.

Todos sus habitantes habían sido arrancados de la casa, y el padre, la madre, el hermano, el amigo que había venido a visitarlos y hasta la criada estaban en prisión, y con ellos había desaparecido todo el mobiliario. Sólo permanecía en su lugar un clavo gigantesco y oxidado que había sostenido la sogá de Marco Antonio. Sentí que había cruzado Francia sólo para ver aquel clavo.

—¿Por qué nadie se lo llevó? —le pregunté al soldado de guardia.

—Dicen que está maldito. Nadie lo quiere tocar.

Me acerqué para probar su firmeza y demostrarle que no creía en supersticiones, pero me arrepentí.

—¿Usted estaba aquí cuando saquearon la casa?

—No, pero me contaron que vinieron cantando por la calle y agitando antorchas. Cuando llegaron a la casa se detuvieron y permanecieron por un segundo en silencio: la inspiración había cesado de pronto y ya no sabían qué hacer, si arrodillarse o arrasarse. Al cruzar la puerta recuperaron el entusiasmo: muchos no habían entrado nunca en una casa así, y conocieron el placer de revolver cajones, de dar vuelta los muebles. Las vidas ajenas están llenas de secretos. En un momento una de las mujeres quiso quemar la casa. Puso fuego a una cortina, los demás la apagaron y casi la queman a ella. Habían venido todos juntos, pero se fueron solos, habían venido cantando y se fueron en silencio, llegaron con antorchas y desaparecieron en la oscuridad.

Yo observaba con mi lupa cada rincón mientras el guardia me seguía. Había menos testimonios de la vida de los Calas que de los saqueadores: jirones de ropa, astillas de madera, huesos de pollo y botellas rotas.

—Hay pocos santos en nuestro tiempo de impiedad. Por eso se pagan precios tan altos por las reliquias. En el mercado negro pueden conseguirse dientes del ahorcado a dos francos.

—Habría que ver si son verdaderos.

—Todos son verdaderos. Los cientos de dientes que se venden por allí, las uñas, los manojos de cabellos. Cuando me hice cargo de la guardia, sólo quedaban los libros del mártir, que nadie quería. Los libros no sirven como reliquia. Pero usted parece interesado. Quizás podamos llegar a un acuerdo.

Mencionó sumas fabulosas. No le contesté y me concentré en mirar el clavo con mi lupa. Bajó el precio más y más, hasta que aceptó, con desaliento e irritación, que no quedaba otro camino que escuchar mi oferta.

—Hagamos una cosa —propuse, mientras limpiaba la lupa con mi camisa—. No tengo dinero para comprar los libros, pero si me los deja ver le doy una moneda ahora. Y otra cuando haya terminado.

Aceptó. Se asomó por la ventana para comprobar que nadie se acercaba.

—Los tengo escondidos.

Fuimos al cuarto que había sido de la criada. Levantó las maderas del piso y me tendió cinco libros cubiertos de polvo. Busqué disimuladamente en su interior algún papel perdido, pero no encontré nada, salvo marcas en los márgenes que demostraban el interés de su lector por determinados pasajes. Leí los títulos de los libros: una recolección de fragmentos de Séneca, reunidos por temas, *Hamlet*, *el príncipe de Dinamarca*, de William Shakespeare, un discurso de Cicerón, la *Apología de Sócrates* de Platón y un quinto libro que, por más que trato de hacer memoria, se niega a aparecer. Cada uno de los párrafos que el lector había elegido y marcado con lápiz elogiaba la muerte voluntaria. Aquel hombre no había llegado al suicidio por distracción o por un raptó de melancolía; se había cultivado hasta estar maduro para la soga.

—Estas pruebas podrían salvar a los Calas. ¿Por qué no lleva los libros al tribunal?

—Los libros nunca han salvado a nadie. Es tarde para los Calas. Necesitamos un mártir: lo necesitan los fanáticos, pero también nosotros, los hombres como usted o yo, que no sabemos en qué creer. Mi madre sufría de una llaga en la pierna izquierda que ya le había afectado la rodilla; fue al funeral, rezó y la herida se cicatrizó. ¿Cómo lo explica? Récele al ahorcado.

—Prefiero rezarle a un santo con mayor experiencia.

—A mí el ahorcado ya me ha hecho favores. Gané una moneda y ahora debo

ganar otra.

Extendió la mano. Pagué y dejé la casa en ruinas.

LA MANO MECÁNICA

En las afueras de la iglesia de San Esteban los vendedores de reliquias mostraban a escondidas sus trofeos diminutos, encerrados en frascos de vidrio tan gruesos que deformaban y agigantaban su tesoro. La iglesia estaba colmada de feligreses, que requerían de dosis cada vez mayores de incienso, hasta crear una neblina pegajosa. Los cirios teñían la penumbra de amarillo. Sobre las cabezas colgaba un esqueleto ennegrecido, al que una etiqueta declaraba propiedad de la facultad de medicina de Toulouse. Acostumbrado a ser un simple objeto de estudio, el esqueleto parecía desconcertado ante esa consagración. La mano derecha sostenía una pluma mojada en sangre y la izquierda una palma, símbolos de la conversión que el asesinato había evitado.

Seguí camino hasta el tribunal donde se juzgaba a los Calas. Había guardias armados en la puerta, que no dejaban entrar a nadie. Aunque era tarde las conversaciones en el interior del edificio proseguían, y en lo alto se veían ventanas iluminadas. Frente a la puerta, unas cien personas se entregaban al intercambio de rumores y miraban a los cristales como si las vacilaciones de la luz encerraran algún mensaje. A cada uno que entraba o que salía del tribunal, lo abordaban para exigirle noticias; nadie respondía nada, pero la muchedumbre veía confirmado en aquel silencio sus esperanzas y convicciones. A todos interrogaron menos a un hombre alto, de capa, que parecía imponer silencio desde lejos y que caminaba como si cada paso fuera un punto final a alguna frase inútil. Oí a mi lado un susurro:

—El que sale ahora es el que se encargó de limpiar el cuerpo. Antes trabajaba como verdugo.

Seguí al hombre de la capa, mientras buscaba en mi bolsa dinero con que pagar su informe. Caminaba muy rápido y tuve que correr para seguir sus enormes pasos. A medida que avanzábamos, las ventanas se cerraban y se apagaban las luces, y tuve la ilusión de que eran los pasos de aquel hombre los que daban la orden para hacerlo. Me detuve junto a una fuente de agua negra: mi perseguido había desaparecido. No tuve tiempo de pensar. Sentí el lazo en la garganta y los pies lejos del suelo. Aunque la distancia era poca, bastó para que sintiera nostalgia de la tierra. La luna se reflejaba en el agua. Me moví en vano, con el bailoteo final de los ahorcados.

—El último hombre que trató de robarme perdió la mano derecha. La llevo siempre conmigo, en una caja llena de sal. Me da suerte.

Traté de hablar, pero no pude. Busqué en mi bolsillo una moneda y la dejé caer sobre las piedras de la calle. Entonces mi atacante desarmó el patíbulo y mis pies recuperaron el suelo.

—No venía a robarte, sino a pagar —dije.

—No vendo nada.

—Compro palabras.

—Hablo poco.

—Oí que lavaste el cuerpo de Marco Antonio Calas.

Preguntó por qué me interesaba la muerte de Calas, hasta el punto de pagar por una respuesta. Dije que trabajaba para los jesuitas, y que querían saber a ciencia cierta si era un mártir. Los jesuitas, le expliqué, estaban tratando de acelerar los procesos de canonización de sacerdotes asesinados en Oriente, y no querían que cualquier veneración improvisada los desplazara de las urgencias de la iglesia. Agregué otra moneda de plata.

El verdugo habló:

—Me ocupé del cuerpo hasta que me lo arrebataron los dominicos blancos. Entraron seis de ellos al sótano del tribunal, me mostraron un papel que no alcancé a leer, y se lo llevaron en procesión.

—¿Estaba golpeado, como si lo hubieran ahorcado a la fuerza?

—Ni una marca, salvo un corte en el hombro izquierdo, una herida muy vieja.

Nos sentamos en el borde de la fuente.

—No pensaba matarte. Es malo matar a un hombre en noches de luna llena: luego te persigue en sueños.

El verdugo tenía grandes manos marcadas por cuerdas y por hachas. Le dije que había oído sobre su antigua profesión.

—Corté cabezas en París, ahorqué infelices en Marsella, y en Italia empujé a los reos desde lo alto de una torre. Caían sobre el mármol y un pintor retrataba esa última postura. Pero el verdadero arte es el hacha. Son pocos los que pueden cortar una cabeza de un solo tajo. La soga, en cambio, es el más sencillo y a la vez el menos confiable de los métodos.

—¿Por qué? ¿Alguien sobrevivió alguna vez?

—Sólo uno vivió para decir: yo fui ejecutado por Kolm. Un marsellés que le había pagado a mi ayudante para que adelgazara la soga de tal manera que al saltar, se rompiera. Quedó libre, porque en Marsella no se permite ahorcar dos veces a un mismo hombre por el mismo delito. Pero no hablemos de cosas tristes.

Kolm trabajaba para la justicia de Toulouse, que le encargaba lavar los cuerpos en tinajas llenas de agua de lejía, suturar las heridas y, en algunos casos, averiguar la causa de la muerte. Lo habían contratado por su experiencia como verdugo.

—¿Por qué dejó su trabajo?

—Me cansé de que nos necesiten y nos desprecien. Mire este bastón.

Levantó sobre mi cabeza un bastón largo, de madera oscura, con empuñadura de plata. En el extremo tenía una mano pequeña pero reproducida a la perfección; en la empuñadura se activaba un mecanismo por el cual la mano se abría y cerraba.

—Antes, cuando iba al mercado, me impedían tocar los alimentos con las manos.

Nadie me saludaba. Entonces compré este bastón, que hizo para mí un artesano de Nüremberg. Al principio nadie tenía inconveniente en saludar a la mano de plata, o en aceptar que tomara manzanas o pescados. Pero el mecanismo empezó a fallar y ahora cada cosa que toca la tritura.

La mano se abrió y cerró. Kolm me invitó a probar el mecanismo. Levanté el bastón y al mirar hacia lo alto, vi a una mujer asomada en una ventana. Era la pasajera que habíamos entregado al fabricante de juguetes en la Calle de los Ciegos.

Oí el ruido de la ventana al cerrarse.

No tuve ninguna intención de decir nada, pero descubrí mi voz, como si fuera la de otro:

—Una mujer que está muerta acaba de cerrar una ventana.

—Conozco a los muertos, y sé que nunca vuelven; de otra manera ya me habrían visitado. —Miró la casa. Era la única que todavía mostraba algunas luces encendidas. Sobre el frente colgaba una campana de bronce—. Allí trabajan diecisiete mujeres y aunque de día desaparecen, de noche vuelven a la vida.

Pero sus palabras no me tranquilizaron, y me alejé apurado por la calle vacía. Kolm me seguía, quién sabe por qué, y la luna al verdugo.

LA REPRESENTACIÓN

Dos días después pasé a buscar a Kolm, porque me había prometido averiguar si en el tribunal había una vacante como calígrafo. Vivía en un albergue destinado a los de su oficio. La cofradía de los verdugos tenía una casa en cada ciudad, para evitar los problemas de alojamiento que soportaban sus miembros. En los cuartos, me contó Kolm —yo, como nunca había ejecutado a nadie, tenía la entrada prohibida—, había hachas, capuchas y cinturones de verdugos legendarios. A Kolm aquellos objetos le traían nostalgia. Le pregunté por qué había abandonado un oficio tan rentable.

—Hace cinco años trabajé en la supresión de una revuelta contra el señor de Rensing. Había cortado unas diez cabezas, cuando me pareció que desde abajo me miraban unos ojos familiares. Hundí la mano en la canasta ensangrentada y descubrí la cabeza de mi padre. Hacía mucho que no lo veía, y lo había ejecutado sin darme cuenta. Sé que mi padre me reconoció. Y sin embargo, no me dijo nada. No interrumpió mi trabajo. Desde entonces no volví a ejecutar a nadie más. No pude rescatar el cuerpo de mi padre, pero llevé su cabeza en una caja de vidrio hasta el pueblo donde nació, y le hice el funeral que merecía. En el epitafio de mi padre escribí: *Theodor Kolm yace aquí. Y también en otra parte.*

Era domingo y Kolm no trabajaba. Caminamos hasta que vimos, a un costado del mercado, una aglomeración. Nos acercamos: una compañía representaba la obra *Los asesinos Calas*.

Los actores habían montado su escenario en una plaza en ruinas, entre estatuas de caballos dormidos. La iglesia siempre había sido enemiga de los actores, a quienes había condenado por siglos a ser enterrados fuera de tierra consagrada. Pero como la compañía había elegido un tema de tanto interés popular, los dominicos blancos habían aceptado inclusive pagar por la representación. Esa misma noche yo escribiría una relación de la obra para enviar a Ferney:

La familia Calas está sentada a la mesa. Llega un amigo que viene de lejos. Comienza a hablar de su ciudad. Al cabo de un tiempo nota que no le prestan atención, y que nadie responde a sus comentarios. El padre, Jean Calas, acaba por interrumpirlo: dice que hay que tomar una decisión.

Marco Antonio se prepara para firmar su conversión al catolicismo, explica el padre. Hace diecisiete días que permanece encerrado en su habitación, leyendo la Biblia. Escondimos entre las páginas arañas y culebras, pero nada lo distrae.

A la noche, dice la madre, le dábamos velas a las que habíamos retirado casi todo el pabito, para que se le apagarán en poco tiempo. Pero él siguió leyendo, controlando la luz de la luna a través de un sistema de espejos. Y

luego, en las noches sin luna, en la más absoluta oscuridad, repetía las palabras sagradas, que ya no eran sagradas para nosotros.

¿No hay alguna forma de convencerlo? pregunta el amigo. ¿Mujeres, un viaje?

Ya probamos todo, dice el padre. Ahora debemos sacrificar al cordero.

Pero es nuestro cordero, dice la madre. Si esperásemos un poco más...

El padre: Mañana se encaminará hasta San Esteban y firmará su conversión. Entonces podrá ejercer como abogado. Quizás hasta actúe contra nosotros, como prueba de que su decisión es sincera. No hay fe más dañina que la fe de los conversos.

¿Dónde lo hacemos?, pregunta el amigo.

Arriba hay un clavo, en lo alto de la puerta. Nunca le encontramos ninguna utilidad, pero tampoco pudimos arrancarlo.

Quizás debamos esperar hasta la mañana, dice la madre.

La sogá está impaciente, dice el padre.

En silencio, suben a buscarlo. Al frente del grupo va Jean Calas, con la sogá en sus manos.

Marco Antonio está leyendo en la cama, cuando lo interrumpen.

Venimos a hablarte.

¿Con una sogá? Extraña conversación.

Hablemos de la decisión que vas a tomar.

Ya es tarde. Me están esperando. Renuncio a la fe de Lutero.

Entonces no queda otro camino, dice el padre.

¿Dónde será? pregunta el hijo. Quisiera terminar este párrafo, que habla sobre el martirio.

El padre arranca la página. Pone el bollo de papel en la boca del hijo.

No hace falta que leas sobre martirios: ya lo sabrás por propia experiencia.

La madre y el amigo lo sostienen. El padre pasa el lazo por la cabeza. Entre todos lo levantan y lo cuelgan.

La obra había sido tal éxito que, arrebatada por la indignación, la gente arrojaba piedras contra los actores, confundiéndolos con los personajes que representaban.

El jefe de la compañía, a quien había tocado el papel de Jean Calas, tuvo que gritar para que lo oyeran.

—No descarguen su ira contra nosotros, sólo somos actores. Pero estamos tan convencidos de lo que hacemos que nuestro Marco Antonio es un verdadero ahorcado. En Marsella, un error lo empujó al patíbulo, y un milagro lo salvó.

Desde la tarima, Marco Antonio dejó que el público viera las marcas en el cuello.

—Yo fui el verdugo de ese hombre —me dijo Kolm al oído—. Es la imagen misma de mi fracaso.

—Eso qué importa. Usted ya abandonó la profesión.

Nos alejamos de la muchedumbre y el griterío.

—Quien ha sido verdugo, nunca lo deja del todo.

EL EXAMEN

Kolm me acompañó hasta el tribunal, donde me tomarían un examen para el cargo de calígrafo judicial. Cada semana se contrataba a nuevos calígrafos, mientras otros abandonaban el trabajo abrumados por el desorden de los tribunales, las órdenes contradictorias y el temor a las tintas envenenadas. Entre los calígrafos de la región corría la leyenda de que existía una palabra maldita. Todo iba bien hasta que, escondida en un escrito judicial, aparecía esa palabra. Entonces quien la escribía se precipitaba hacia la desgracia.

Me presenté junto con otros veinte jóvenes en el largo salón donde nos tomarían examen. Había bancos de madera marcados con navajas; en aquellas inscripciones clandestinas se podía aprender caligrafía mejor que en cualquier tratado. Pronto noté que no era tan rápido como los otros y me di por perdido.

—Usted ya puede irse —me dijo el examinador—. No comprendo cómo se atrevió a presentarse con una mano tan lenta como un caracol.

—Mi mano puede ser lenta, pero sabe adónde va. ¿Ha visto a algún caracol desandar su camino, para corregir un error? Acompañeme al patio.

Cuando llegamos hasta el pie de un estanque, le pregunté cómo se llamaba.

—Tellier.

Con una tinta oleosa, escribí su nombre en la superficie del agua, pero al revés, en espejo. Cuando acerqué al agua una hoja de papel japonés, quedó impreso el nombre verdadero, adornado con algunas hojas de nogal casi reducidas a nervaduras. Fui aceptado de inmediato.

Me llevaron a una habitación, me dieron una capa azul y una placa de bronce que debía colgarme al cuello y donde se leía: *calígrafo*.

Así pude, en los días sucesivos, pasear por los archivos del Languedoc, redactar los documentos, y tomar notas de las sesiones que se sucedían sobre el caso Calas. Ya todos parecían aburridos del asunto, como si los protagonistas hubieran muerto mucho tiempo atrás, y jueces y asistentes fueran los melancólicos encargados de mantener viva la memoria de un suceso remoto. Los testigos desfilaban: los Calas nunca habían hecho mal a nadie, no tenían nada contra los católicos; el hijo mayor, que vivía fuera de Toulouse, se había convertido, y de todas maneras le pasaban una cuota mensual. Pero los testigos presentados por el abogado de los Calas no podían competir contra la ola de milagros: los ciegos veían, los tullidos caminaban y males incurables desaparecían cuando se le rezaba al ahorcado.

Le escribí a Voltaire que la tragedia se avecinaba, que la defensa había logrado salvar la vida de las mujeres y del hermano, pero que el padre ya estaba condenado. De todas las versiones posibles, triunfaba la más increíble: que Jean Calas, un hombre de sesenta y cinco años, había pasado la cuerda por el cuello de su hijo, había vencido

su resistencia y sin ayuda de nadie lo había colgado de la puerta.

Me gané, en los días siguientes, la confianza de mis superiores por mi fanatismo por la caligrafía. Aprovechaba cualquier ocasión para declarar que la imprenta, siempre dispuesta a divulgar las peores ideas, y la Enciclopedia, su obra final, resumen impío del mundo, despojaban a las palabras de todo sentido trascendente. Pero un calígrafo, en cambio, se acerca al mundo como los antiguos copistas; escribe para iluminar. Con mis opiniones ganaba la confianza de Tellier y de sus subordinados. Tanto defendía mi arte con argumentos teológicos, que terminé por creer aquello que inventaba. Todavía a veces me digo, mientras transcribo las actas del Cabildo: Dios hizo el mundo sin imprenta, a mano, letra por letra. Y ese pensamiento, o, al menos, el empeño por creerlo, justifica las horas perdidas.

Una tarde Tellier me encargó la tarea de llevar un rollo de documentos al monasterio de los dominicos. Aunque no era el camino más corto, pasé frente a la Casa de la Campana. Sus habitantes dormían. Todas las ventanas estaban cerradas.

En las puertas del monasterio, un encapuchado me detuvo. Dije que debía entregar los documentos al padre Razin. Miró la placa de bronce que colgaba de mi cuello y me condujo por un pasillo hasta una escalera. Encontré frente a mí una puerta ornamentada, y vacilé entre abrirla o seguir por la escalera hacia abajo. El encapuchado había desaparecido. Golpeé discretamente y nadie respondió, porque la madera era tan gruesa que los golpes no llegaban hasta el otro lado. Empujé la puerta lo suficiente como para asomarme.

Los cortinados púrpuras acentuaban el encierro. En la cercanía, la luz de los hachones era intensa, pero más allá se disolvía, impidiendo ver el final del salón. Cinco monjes se inclinaban ante mapas inmensos y planos de ciudades. No me miraron. Mantenían una conversación hecha de susurros y señales. Estudiaban las tierras atravesadas por ríos o cadenas de montañas o las ciudades parceladas, y ubicaban, aquí y allá, diminutas piezas de plomo con imágenes de cruces y de horcas. Parecían entregados a un lentísimo juego, comenzado hacía años, y cuyas reglas se habían gastado en mitad de la partida.

Una mano de hierro cayó sobre mi hombro.

—No es por ahí —dijo el monje que me había abierto la puerta—. Abajo.

Me empujó con impaciencia. Casi ruedo por los escalones gastados.

El padre Razin estaba sentado frente a un escritorio. Era la cabeza de los penitentes blancos, el ala más fanática de los dominicos. Tenía unas manos como garras que en un instante me arrancaron los papeles que llevaba. Los leyó en un santiamén, y garabateó unas líneas en un papel.

—Que el lacre no sufra ningún daño. Ya perdimos tres mensajeros por torpeza o traición.

Era tarde, los tribunales estaban desiertos: entregaría el mensaje al día siguiente.

Llevé la carta a mi habitación y la guardé bajo la almohada. Apenas lo hice, oí, desde un castillo remoto, la voz cascada que me ordenaba abrir la carta.

El riesgo era grande, pero tenía a mi favor haber trabajado con sellos semejantes. Primero hice un molde de plomo fundido sobre el sello; después rompí el lacre, hasta separarlo de la página con un fino estilete. Un baño de vapor y hojas de eucalipto terminó por abrir la carta.

La letra de Razin casi rasgaba el papel: «Informe a París de las novedades del caso. El Señor nos ha bendecido con una epidemia de milagros; el nombre de Marco Antonio ya no podrá ser manchado. Nuestro problema ahora es la mujer que le enviaron a Girard desde Suiza y que él emplea como atracción en la Casa de la Campana. No debe haber ningún otro hijo de Von Knepper en el Reino de Francia. Necesito dos hombres de su confianza. Del resto me ocuparé yo. El mal utiliza medios angélicos; el Bien necesita ahora de medios infernales».

Derretí lacre y llené el molde que había fabricado; luego repuse el sello. Una vez seco lo limé con paciencia, para eliminar cualquier posible imperfección.

La impaciencia de Tellier colaboró conmigo. Rompió el sello sin mirarlo.

—Huele a eucalipto —fue lo único que dijo, después de leer la carta.

—Hoy salí temprano, quise dar un paseo y me perdí en el bosque.

Me puso en la mano un puñado de monedas opacas, que parecían manchadas con humo. Las monedas eran la llave que abriría para mí la Casa de la Campana.

LA CAMPANA DE BRONCE

Frente a la puerta un guardián alto esperaba, sin decir palabra, alguna clase de contraseña que tardé unos segundos en adivinar. Le mostré el dinero que llevaba.

—¿Es suficiente para la mujer de la última ventana?

No respondí, pero se apartó para dejarme pasar.

En un salón, sentados sobre gastados sillones de terciopelo rojo, cinco hombres esperaban que cuartos y mujeres quedaran desocupados. Estaban disfrazados con máscaras de perros, de conejos y de osos. Permanecían en la oscuridad, retraídos como monjes, y no había en su actitud concupiscencia alguna: aburrimiento, timidez quizás, algún remedo de dignidad. Durante el carnaval, los disfrazados encuentran placer en esconder el rostro y mostrar la máscara; mis compañeros de espera parecían querer esconder también la máscara, como si ésta revelara, a través del animal elegido, una fracción de su identidad. Me dieron una máscara de oso y me hicieron esperar en un rincón.

Cada tanto bajaba al salón de espera un enano que hacía sonar una campana de bronce en la cara del elegido, para llevarlo después escaleras arriba. La pequeña campana era una réplica exacta de la que adornaba el frente del edificio. Todos estaban pendientes de los pasos del enano, quien, consciente de ese interés, hacía oír las botas contra las escaleras de roble. La campana sonaba apagada, como si estuviera bajo el mar.

Me había empezado a dormir cuando el tañido de la campana me despertó y vi frente a mí la cara blanca del enano. Subimos varios tramos de escaleras hasta la última habitación. El guía me obligó a dejar en una bolsa de cuero todo el dinero que llevaba. Luego me hizo pasar y cerró la puerta a mis espaldas.

Vi primero un biombo, donde había formas confusas que eran dragones o mujeres, según la orientación de la luz. Pasé del otro lado y vi una cama grande y a la mujer tendida, cubierta con una sábana de escamas doradas y negras que sólo dejaba ver la cara. Estaba con los ojos abiertos, y salía de ella un frío de hielo que conquistaba la habitación. También ella, como las figuras del biombo, podía tomar forma de mujer o de dragón, según el capricho de la luz.

Dije lo que había venido a decir: la verdad. Era, como toda verdad, una forma de despedida:

—No sé cómo es que está viva, no sé si tiene una hermana idéntica o si es un hechizo o si enloquecí. Pero pronto, quizás hoy mismo, los penitentes blancos van a venir a matarla. Si viene conmigo, si acepta mi confianza, puede salvarse.

Hizo un leve gesto con la mano, nunca supe si de aceptación o pesar. Entonces oí, desde abajo, el primer golpe, luego un disparo y el grito de una mujer. La fuerza oscura invadía una habitación tras otra, y en cada una cosechaba golpes y estampidos.

Entró el enano, más diminuto ahora que el peso del mundo lo aplastaba. Lo que hizo fue incomprensible: metió los dedos en la boca de la mujer, como si hubiera escondido un tesoro en su garganta.

—Están degollando a todas las mujeres, para ver si tienen sangre. Ayúdeme a llevarla por la salida secreta, aquí, detrás del biombo.

Pero ya era tarde: un encapuchado, con la tela blanca manchada de sangre, cruzaba el umbral. El enano lo empujó y se fueron juntos hacia abajo. Oí el ruido de la campana, repicando en los escalones, llamando en vano a los caballeros perdidos.

Otros dos hombres, también vestidos de blanco y de sangre, anularon todo posible plan de fuga. Me golpearon sin interés, con los ojos fijos en su presa. Después los vi arrancar a la mujer de la cama. El cuerpo, ahora desnudo, era perfecto y frío; no alentaba el deseo sino el asombro. Nuestros enemigos se quedaron unos segundos en silencio, como si la visión les hubiera hecho olvidar lo que habían venido a hacer. Uno de ellos recordó, y su daga abrió de un corte la garganta. Pero fue como si el crimen ocurriera en un sueño, porque el tajo estaba vacío de sangre; apenas un dibujo en la página en blanco del cuello.

—Esta es —dijo uno de los penitentes.

La llevaron sobre los hombros. Ella viajaba con los brazos abiertos. Con su ademán de estatua se despedía de todo.

Quise seguirlos, pero un bulto oscuro me habló, en el fondo de la escalera.

—No salga a la calle. Ella tiene bajo la lengua un mecanismo secreto para que nadie la pueda robar. Ya lo puse en marcha.

No le hice caso y salí detrás del coche que tiraban caballos invisibles. Corrí algunos metros, sólo para oír el ruido cada vez más lejano y después, el silencio. Entonces, cuando todo parecía haber terminado, oí la explosión. Segundos después un caballo en llamas vino galopando hacia mí. Pude hacerme a un lado y el caballo continuó hasta derrumbarse en las escalinatas de la catedral.

Seguí el rastro del humo y de los gritos. La catástrofe había dejado una estela de tizones encendidos y piezas de metal. Uno de los encapuchados todavía vivía, y pedía agua. Los otros estaban despedazados.

Volví hacia la Casa de la Campana. En la calle las sobrevivientes lloraban a las degolladas. A su alrededor habían quedado las máscaras de perros, de conejos y de osos sembradas por los fugitivos. El enano, inmóvil y fuera de sí, tocaba sin interrupción la campana fúnebre, invitando a la ceremonia final que nunca empezaría. El ruido me persiguió a través de las calles y las horas que le quedaban a la noche.

LA EJECUCIÓN

En los días previos a la ejecución de Jean Calas hubo mucho trabajo en los tribunales y me quedaba hasta la noche redactando los documentos, mientras mis compañeros calígrafos desertaban del oficio, de la ciudad o de la vida. A la inquietud de los jueces le correspondía una agitación aún mayor en los niveles menores: secretarios, ujieres, calígrafos. El silencio distraído de un juez, una palabra entrecortada o una mirada dudosa atravesaban escaleras, salas y oficinas, convirtiéndose en un documento destruido, una mancha de tinta que se estrellaba sobre una sentencia o un archivo en llamas. Mi jefe, Tellier, me encargaba trabajo tras trabajo, y antes de que se secase la tinta de un documento, era reemplazado por otro. Siempre fui un buen calígrafo, pero nunca veloz, porque la velocidad es el revés exacto de mi oficio. Esos días, sin embargo, me exigieron la prisa y el descuido.

Hice constar en el libro de actas la ejecución de Jean Calas: los miembros rotos con una vara de hierro, el pecho hundido, su muerte en la rueda. Se esperaba que delatara a sus cómplices y sólo pidió perdón a Dios para sus jueces. A medida que Calas agonizaba, y que las palabras se volvían horribles, mi caligrafía, sin dejar de lado el apuro, se volvía perfecta, como si hubiera querido apartarme del martirio refugiándome en la serena construcción de las letras. Siempre hay un momento en que el calígrafo renuncia al significado de las palabras para ocuparse sólo de su disfraz, y reclama para sí el derecho a no saber nada, a no entender nada, a dibujar serenamente una incomprensible lengua extranjera.

La historia había terminado del peor modo posible y ya nada tenía que hacer en Toulouse. Quería volver a Ferney y pedí a Voltaire instrucciones sobre mis próximos pasos. La carta que me llegó era de una alarmante oscuridad, y no sabía si atribuir su desorden a la vejez o al temor de que la interceptaran. Llegué a comprender que mi señor había leído con atención mis informes, y había llegado a la conclusión de que el caso Calas formaba parte de un acontecimiento más complejo, relacionado con una serie de milagros que habían ocurrido en distintas regiones de Francia. Me envió algún dinero y la orden de marchar a París.

Me presenté en los tribunales y reclamé por un sueldo que me adeudaban. Informé a Tellier, mi jefe, de mi próximo viaje. Entonces me pidió un último trabajo para el tribunal: debía llevar una carta al obispo de París. El mensajero que debía partir esa misma noche se había emborrachado y seguía durmiendo. Ya estaba preparado el coche y los caballos, y me sentía como un actor que llega en mitad de una función a una obra desconocida, para cumplir con aplicación órdenes incomprensibles. Apenas tuve tiempo para buscar mi equipaje.

El coche abandonó la calle de la pensión y tuvo que detenerse frente a una aglomeración que rodeaba el lugar donde se había cumplido la representación de *Los*

asesinos Calas. Pensé que asistían a una función nocturna; la oscuridad acentuaría las sombras de la historia, y al oírse sólo las voces, el espanto sería mayor. Pero nada se movía en el escenario y me extrañó la atención que prestaban a un acontecimiento que no se dejaba ver ni oír. Alguien acercó una antorcha al escenario y llegué a distinguir al actor que interpretaba a Marco Antonio. Ahora colgaba de una soga; la actuación era tan perfecta que la cara estaba azul y la lengua se hinchaba fuera de la boca.

En los alrededores de la multitud, allí donde los distraídos y los recién llegados reciben noticias inconexas y vagas de lo que ocurre en el centro de la escena, distinguí a Kolm. Hubiera querido acercarme para preguntarle por el final de la representación, pero sólo alcancé a saludarlo con la mano y él, a su vez, levantó su bastón mecánico.

A pesar de los hechos terribles que había vivido en Toulouse, sentí cierta melancolía al dejar la ciudad. Pero ese sentimiento pronto desapareció, como si los pasos de los caballos lo pisotearan y deshicieran. Tenía veinte años, y cuando se es tan joven, se borran las ciudades que quedan atrás mientras se encienden las del porvenir. Ahora en cambio, sólo son nítidas las ciudades que dejé atrás, y borrosa y en sombras, a medida que la exploro, la ciudad donde vivo.

SEGUNDA PARTE

EL OBISPO

LA MANO DEL ABAD

La casa estaba en penumbras, porque a mi tío lo espantaban los gastos que no fueran estrictamente necesarios, y ninguno lo era. La criada llevaba un candelabro, pero no le estaba permitido encenderlo. Lo mantenía en alto, como si realmente la vela apagada fuera capaz de echar algo de luz sobre los pasillos abarrotados de sillas y muebles y pinturas que a veces mi tío recibía como pago por el transporte. Estatuas idénticas, ubicadas en distintos puntos de la casa, causaban al huésped la impresión de vagar perdido en un itinerario circular. Llegamos a un cuarto pequeño, ubicado al final de una escalera. Esperé que la criada se marchara para encender una vela, aunque con temor de que la luz fuera rebotando de espejo en espejo hasta encontrar al mariscal de Dalessius y despertarlo.

Descubrí a mi alrededor algunas cosas que habían pertenecido a mis padres, muertos cuando yo era niño en el naufragio del *Retz*. Aquel barco se había ganado un lugar en la historia de la navegación, por haber sido el navío de vida más breve: sólo cuatro días habían transcurrido desde su botadura hasta el hundimiento. Aquellos objetos, ligeramente húmedos y en su mayoría rotos, también parecían restos de un naufragio. Eran la única prueba, fuera de mí, de la existencia de mis padres. En un retrato de marco astillado, lucían serios y distantes, como si supieran que en el puerto y en la niebla los esperaba el *Retz*.

En el cuarto apenas había lugar para la cama. El desorden era tan absoluto que me pareció que se escondía un propósito detrás de las cosas: mi tío esperaba que yo me enfrentara con ese museo arruinado, derramara algunas lágrimas fáciles, y huyera del cuarto para siempre.

A la mañana busqué al mariscal, con temor de encontrarlo. La cocinera me informó que había salido temprano, casi de noche, como era su costumbre.

Ahora se limitaba a vigilarme desde un retrato gigantesco. Mientras comía con hambre feroz todo lo que la cocinera ponía sobre la mesa —que era muy poco— estudié el mensaje que tenía que entregar al obispo. Estaba tentado de abrirlo, pero no me animé.

Esta vez eran tantos los lacres que hubiera llevado días devolver al envío su forma original.

Desde los comienzos de su enfermedad el obispo se había retirado al palacio de Arnim, convertido hacía veinte años en abadía de los dominicos. Esta decisión había provocado la reacción de otras órdenes, que no querían a un obispo aislado de la ciudad por los altos muros del palacio. Pero los dominicos habían sabido negociar con Roma para convertirse en celosos custodios de un obispo cada vez más santo y más moribundo.

El palacio de Arnim contaba con otro huésped célebre: Silas Darel. Aunque eran

pocos quienes habían visto a Darel, y las autoridades de la orden no aseguraban ni desmentían su presencia, era fama que Silas Darel habitaba y trabajaba en el palacio. Las páginas escritas por su pluma eran rarezas que se cotizaban muy caras en el mercado de los manuscritos y su precio a menudo superaba el de los trabajos de la escuela caligráfica veneciana. Entre mis colegas corrían diversos rumores sobre Darel: que ya no era capaz de sostener la pluma, que trabajaba con una tinta transparente, que sólo escribía con sangre. Nadie sabía nada de él, y los dominicos lo mantenían encerrado como a un prisionero en alguna habitación secreta del palacio.

Presenté mis credenciales en la puerta y di a entender que no era un simple mensajero, sino un calígrafo judicial y que debía entregar el mensaje en mano a alguna autoridad. Un monje me guió por escaleras y pasillos hasta la biblioteca del palacio.

Había oído hablar del abad Mazy, porque había participado en una polémica reciente sobre la verdad histórica de las vidas de los santos. Mazy sostenía que la única prueba de autenticidad de un martirio era que la enseñanza fuera clara. No tenía sentido buscar verdades históricas en tiempos remotos, cuando el hallazgo de pruebas no representaba ningún valor para los contemporáneos; debía ser el relato mismo el que encerrara la verdad de los hechos, a través de lo que el autor de la tesis llamaba *la consistencia moral de la narración*. Su adversario, un franciscano, proponía repasar el martirologio para dejar de lado todos aquellos casos que ofrecieran dudas. Mazy había respondido que la fe debía representar siempre un esfuerzo, y que no había mérito alguno en creer en lo razonable.

El abad era pálido y de piel tan blanca que en la penumbra parecía brillar. Tenía cincuenta años y era, a la vez, un niño y un viejo. De muy joven había perdido la mano derecha, y se enfurecía si alguien le preguntaba las circunstancias del accidente. Estaba sentado en la biblioteca, frente a una mesa en la que había un cortaplumas largo y afilado y varias plumas y papeles. Me indicó con un gesto que yo mismo abriera el mensaje. Usé el cortapapel con torpeza y me herí el dedo índice.

—Aquí hay una posdata. Yo siempre empiezo por leer las posdatas. La gente escribe lo menos importante en el cuerpo de la carta; lo que es un poco más importante, lo anotan con apuro en la posdata, y lo verdaderamente esencial, nunca lo escriben. Veo que se menciona su habilidad de calígrafo. ¿Tiene trabajo?

—Había pensado presentarme en los Tribunales.

—No venda su pluma por tan poco. Nosotros tenemos nuestra propia escuela de caligrafía. Silas Darel es nuestro maestro, pero no habla con nadie, lleva doce años de voto de silencio. Sólo escribe, encerrado en un gabinete. ¿Oyó hablar de él? Inventó nuestra propia letra.

En la escuela de Vidors me habían enseñado la cursiva dominica, muy dura para mi gusto. La distinguían la aversión por las curvas y una tensión constante de la

pluma contra el papel para lograr efectos de profundidad: la caligrafía era concebida no como un fluir a lo largo de la página sino como una laceración. Los tratados caligráficos destacaban la influencia del primer oficio que tuvo Darel: grabador de inscripciones fúnebres.

La leyenda decía que mientras se dedicaba a este trabajo Darel asistió a la agonía de un maestro calígrafo —el nombre se había perdido— que le había encargado su propia lápida. Al ver la habilidad de Darel, el calígrafo lo inició en los arcanos, caligráficos, cuyos orígenes se rastreaban hasta los escribas egipcios. A través de los siglos, el saber había sido transmitido de maestro a discípulo, pero siempre en la cercanía de la muerte. Las autoridades de la escuela de Vidors se reían de esta leyenda que los alumnos más avanzados usaban para impresionar a los novatos.

—De vez en cuando llevamos a nuestros seminaristas a mirarlo —dijo Mazy—. Después de contemplarlo durante algunas horas, algunos huyen despavoridos, y abandonan por completo el oficio. Otros descubren su destino.

—Si tiene a sus calígrafos, ¿en qué podría serle útil alguien como yo?

—No nos faltan calígrafos, es cierto, pero son hombres de Dios. Y yo necesito a alguien capaz de hacer un trabajo impío.

Abrió un tintero Rillon, cuya forma recordaba a un caracol marino. Tomó una pluma larga, más vistosa que cómoda para trabajar y la hundió en la tinta negra.

—¿Dónde trabaja Darel? —pregunté.

—En el fondo de la sala de caligrafía, bajando unos escalones, hay un gabinete. El palacio entero podría ser suyo, pero él casi nunca sale de allí.

—¿Podré verlo trabajar?

—Cuando llegue la hora. Todo calígrafo tiene que enfrentarse con Darel y saber si ha elegido bien o mal.

El abad Mazy me tendió la pluma y luego abrió la mano.

—Escriba su nombre.

Tardé en comprender la naturaleza de la orden. Tomé su mano, más blanca que el papel, y con lentitud y miedo escribí Dalessius. Por estar en tan extraño lugar, parecía el nombre de otro. Como la piel no absorbía nada de tinta y la pluma estaba muy cargada, algunos hilos abandonaron las letras para invadir las líneas de la mano. Mientras mi nombre se expandía en un dibujo similar a los que aparecen en los tratados de los adivinos, sentí un temblor en la mano del abad, como si el contacto con la pluma le transmitiera dolor, placer o frío. Cerró el puño con fuerza y dijo:

—Ahora lo tengo en mi mano.

UN AMIGO DE V.

El abad me dijo que había pasado la prueba pero no me explicó la naturaleza de mi futuro trabajo.

—Venga a verme dentro de una semana. Tendré una carta de recomendación para que entre a trabajar en la casa Siccard.

En los días siguientes la estadía en la casa de mi tío se convirtió en un martirio. Era imposible verlo, porque siempre estaba trabajando, pero su presencia se manifestaba a través de instrucciones cuya principal meta era mi incomodidad. Cada noche que llegaba a mi cuarto, había nuevos objetos estorbando el paso y sitiando la cama contra la pared. Algunos juguetes que hacía tiempo daba por perdidos se derrumbaron y la cabeza de un caballo de madera me hirió en la frente.

Una noche encontré sobre la cama un mensaje firmado *un amigo de V*, que me citaba en el barrio de los Cordeliers. No sabía cómo había llegado hasta mí, y a medida que caminaba hacia la pensión d'Espagne, crecía la desconfianza. La puerta estaba abierta, pero la casa parecía vacía; pasé de habitación en habitación, con temor de ser confundido con un ladrón, hasta encontrar, en uno de los cuartos, rodeado de camas desiertas, a un hombre que se tapaba hasta la nariz con la manta. Él había reconocido, en mi zozobra, a su invitado, y me hacía señas con la mano para que entrara en el cuarto.

Me senté a prudente distancia, porque era posible que el hombre ocultase su rostro debido a alguna enfermedad. Sin descubrirse la cara dijo su nombre: Beccaria. Lo pronunció con firmeza, como si bastara aquella palabra para borrar todo temor. Había visto algún retrato de Beccaria, pero desconfiaba de los pintores, tan generosos en la distribución del equilibrio y la belleza. Además, como el hombre que tenía frente a mí continuaba cubriéndose el rostro, temí que fuera un impostor. Voltaire había dedicado a un libro de Beccaria, *De los delitos y las penas*, un opúsculo laudatorio que nadie creyó que fuera suyo. La maldición de los nombres había perseguido a Voltaire: si firmaba algo se dudaba de su autoría, mientras que cualquier libelo sin firma le era atribuido de inmediato.

—Amigos comunes me pidieron que me pusiera en contacto con usted. En el castillo esperan noticias tuyas.

—Y yo espero dinero. ¿Hay algo para mí?

—No me ocupo de esas cosas. Simplemente me ofrezco a llevar sus palabras hasta la frontera.

—¿Cómo puedo confiar en usted? Su fama llegó hasta los últimos rincones de Europa, y aquí lo encuentro, en una pensión para los empleados más pobres de la justicia.

—Hay espías en todas partes. Mis enemigos contratan enemigos que contratan

enemigos.

—¿Quiénes son sus enemigos? ¿Usan sotana?

—Ojalá fuera así. Mis enemigos son los que antes eran mis amigos. Por eso me conocen y pueden predecir mis pasos. Para esconderme, tengo que convertirme en otra persona. Hago entonces todas las cosas que detesto; y así, siendo otro, puedo estar seguro.

Entre el mal francés y la manta que lo escondía costaba entenderlo, pero al cabo de unos minutos comprendí que me estaba contando su vida. Beccaria nunca había tenido interés en los temas jurídicos que habían hecho famoso su nombre hasta que por amistad, más que por interés real, formó parte de la revista *Il Caffé*, que reunía a un grupo de intelectuales de Milán.

—Mi pasatiempo eran las matemáticas, pero como todos a mi alrededor escribían yo también quise escribir. Nunca soporté sostener mucho tiempo la pluma porque me lleva al sueño; mis amigos en cambio, sobre todo los hermanos Verri, trabajaban sin descanso. Yo quería salir a buscar mujeres, a dar vueltas por la ciudad, como habíamos hecho siempre, pero ellos se habían tomado la revista tan en serio que me obligaban a quedarme callado. Mi presencia indolente los molestaba y Alessandro Verri terminó por amenazarme: si no me ponía a trabajar, me echarían. Le pedí un tema; él sugirió la justicia. Recordé nuestros viejos paseos, en los que discutíamos hasta la madrugada *El espíritu de las leyes*. Decidí recuperar en mis escritos el tono de aquellas conversaciones sin rumbo. Desde que empecé a escribir llevé como amuleto una lista de los ejecutados en Milán, y cada tarde, antes de mojar la pluma, recitaba: Massimo Cardacci, ahorcado; Renzo Zarco, desmembrado; Vittorio Lapaglia, decapitado y los restos arrojados al río; y este otro también ahorcado y aquel otro muerto en la rueda y luego quemado en la plaza. Mis amigos se reían cuando yo leía mi lista de ejecutados como si se tratara de un hechizo que habría de asegurarme el poder sobre las palabras; pero como daba resultado, me alentaban.

Beccaria saltó de la cama y empezó a vestirse. Parecía un boceto de su propio retrato. La ropa le colgaba, como si hubiera perdido peso de golpe. Se movía con gestos de sonámbulo.

—Armé el libro de a poco, como una mujer que hace su vestido con remiendos. Mis amigos me ayudaron a corregirlo y con benevolencia lo dieron a la imprenta. ¡Cómo nos ayudan los amigos mientras no confían en nuestra capacidad! Pero en cuanto saben lo que valemos, se nos vuelven en contra. Nada hay peor que la envidia literaria; desde entonces, los Verri me difamaron y me persiguieron. ¡Ni el ataque del Consejo de los Diez de Venecia ha sido tan feroz como el de mis viejos amigos! Me han acusado de impostor, han criticado mi apetito y mi vulgaridad, y hasta aprovecharon cierto susto que me pegó una araña, para llamarme cobarde.

Abrió un baúl e hizo un torpe intento por ordenar ropa y libros; la ropa estaba

sucia y arrugada y los libros sin tapas y con páginas sueltas.

—Escriba algo y yo entregaré el mensaje —dijo con voz más serena.

Mientras Beccaria se vestía, saqué de la bolsa que llevaba al cuello una pluma y un frasco de tinta y me dispuse a escribir utilizando como mesa el baúl. Comencé por anotar los acontecimientos recientes y luego definí los próximos pasos de mi investigación; pero por temor a que el mensajero fuera un espía, no hablaba de las cosas directamente, sino a través de sobrentendidos y subterfugios.

Beccaria miraba por la ventana, cruzaba a los saltos la habitación, se detenía a oír pasos en la escalera. En todo encontraba señales de alarma. Logró contagiarme su propio temor, e hizo mi prosa aún más oscura.

—No sabe cómo he soñado con ir a Ferney. Llegar allí será para mí como cruzar una frontera entre el pasado y mi vida futura. ¿Qué presente podría llevarle a Voltaire? He pensado en un reloj.

—Cualquier cosa menos relojes. Abra bien los oídos, vaya al teatro, deténgase a escuchar lo que dicen los que lo rodean, y luego cuénteles todo eso, con tanta precisión como sea posible. Le han regalado de todo, pero sólo le interesan las cosas que están hechas de palabras.

La carta nunca llegó a manos de Voltaire, porque Beccaria cambió a último momento su rumbo y fue hacia Milán. La culpa la tuvo una mujer enferma que vio en la calle. Lo conmovió tanto que imaginó a su propia esposa en la enfermedad y la miseria, y volvió en cuanto pudo a su ciudad. La señora Beccaria estaba tan saludable como de costumbre, pero su esposo declinó desde entonces todo viaje. Alejado de la fama, se dedicó a dar clases hasta el fin de su vida. Cuando se cruzaba en la calle con los hermanos Verri, se miraban sin decirse nada. A quienes les pagaban una copa, los Verri repetían: ¿quiere un consejo? Nunca arranque a nadie de su aburrimiento y de su abulia.

Mi carta quedó olvidada en el equipaje. Beccaria la descubrió años después, y lleno de culpa la envió a Ferney. Llegó a mis manos cuando Voltaire ya había muerto y yo me ocupaba de ordenar el archivo. La había escrito con alguna de mis tintas experimentales, y en los diecisiete años transcurridos no había quedado una sola palabra sin borrar. Permanecían unos pocos rasgos, los más profundos, que recordaban a huellas de pájaros en la arena.

LA CASA SICCARD

Los Siccard eran una familia de fabricantes de papel; con los años habían extendido su negocio a las plumas y las tintas. Tenían su propio criadero de gansos, una raza belga de plumas azules y grises, que endurecían con polvo de vidrio calentado en hornillo de hierro. El fundador del negocio familiar, Jean Siccard, había muerto dos años antes, y el negocio, mal llevado por su hijo, había estado a punto de cerrar. En los últimos meses el joven Siccard había vuelto a encontrar el rumbo; y el negocio ahora ofrecía, apenas el cliente cruzaba la puerta, plumas ordenadas en muebles clasificadores, planchas de papel marmolado, cuadernos para contabilidad, hojas con pentagramas trazados a mano y láminas chinas para uso de cartógrafos.

Cuando llegué a la casa, un dependiente preparaba un envío de planchas de papel para los Tribunales. Le mostré la carta que me había hecho llegar el abad Mazy; me miró con alarma, posiblemente porque había otras personas presentes, y me indicó que fuera hacia el fondo del local, más apurado por esconderme que por indicarme el camino. Ignoraba qué decía la carta, y de qué artificio se había valido el abad para que me aceptaran en la Casa Siccard. Seguí por el pasillo, pasé junto a un empleado que hundía sus manos en pulpa de papel y encontré, detrás de un biombo decorado con caracteres árabes, una escalera.

Salió a mi encuentro un hombre joven, que vestía una camisa manchada de tinta en la que se distinguían a la perfección algunas letras invertidas, como si la hubiera usado de papel secante. Leyó apurado la carta.

—Soy Aristide Siccard, hijo de Jean Siccard, y responsable de haber dado un nuevo rumbo a los negocios familiares. No podría haber llegado en mejor momento. Tenemos un calígrafo enfermo y otro que lleva una hora de demora. Y nuestra mensajera no puede esperar mucho más.

Me hizo pasar a un pequeño gabinete. En un diván descansaba una mujer cubierta apenas por una manta. Se despertó, me miró, y preguntó si me molestaba que durmiera mientras yo trabajaba; aseguró que podía dormir de pie. Tenía la belleza distraída de quien nunca ha mirado a fondo un espejo. Como había dejado caer la manta, no pude responder nada. Nunca había mirado a una mujer desnuda, y mi única experiencia provenía de cierto libro de grabados llamado *La guirnalda de Afrodita* que pasaba de mano en mano a través de los dormitorios en la Escuela de Vidors.

Siccard me trajo las tintas con las que trabajaban (más densas que las tintas comunes, para que no resbalasen sobre la piel). Aristide comenzó a leer el texto del mensaje, mientras yo me concentraba en evitar el temblor de mi mano. La vida de un calígrafo está destinada a la rutina; cuando algo excepcional ocurre, entonces la mano tiembla y la habilidad desaparece. Por eso la Historia, que recoge nombres de artistas de toda clase, olvida con facilidad a los calígrafos. Nuestro arte no es otra cosa que

una larga y trabajosa espera de aquello que nos anula y nos pierde.

Comencé, según instrucciones de Aristide Siccard, con la parte superior de la espalda. La mujer se llamaba Mathilde, y el nombre fue lo primero que procuré olvidar. Se había atado el pelo, negro como una mancha de tinta, pero continuamente se le derramaba por la espalda, amenazando con borrar las letras. Trataba de pensar en otra cosa e intenté concentrarme en el mensaje, pero la rigidez de esas palabras — consejos administrativos, información sobre inversiones en letras holandesas— en contraste con la ceremonia de la escritura, parecían dotar a aquellos términos técnicos de sentidos obscenos. Intenté que la luz que bañaba el cuerpo borrara todo pensamiento. Miré a Mathilde como si se tratara de un objeto, apenas una superficie, y lo logré mientras trazaba una t, pero las curvas de una R mayúscula me devolvieron a mi temblor.

No estaba dispuesto a rendirme, y probé con el recuerdo de tratados anatómicos que me habían impresionado en mis tiempos de estudiante. Quería presentir, bajo la aparente belleza, la repulsiva organización de los tejidos musculares y los huesos. Pero la belleza triunfaba sobre toda estrategia.

Noté, en la voz de Aristide, cierta preocupación por los trazos casi ilegibles; hice un último intento por imaginar que mi mano era la de Silas Darel, que no conocía la distracción. Ese pensamiento me permitió llenar de letras zonas del cuerpo que nunca antes había visto en mujer alguna. No sentía que mi mano trazaba el mensaje, sino que las palabras empujaban mi mano con paciencia a través de cada letra. Durante todo el trabajo, mi caligrafía me pareció ajena, pero en la firma, que falsificaba un nombre desconocido, había por fin un vigor y una cautela que reconocí como propios.

Quizás mi memoria aumenta innecesariamente mi torpeza, porque antes de echarme del gabinete, para vestirse en paz, Mathilde se miró con aprobación en un espejo alto y dijo:

—No me siento verdaderamente desnuda hasta que no estoy escrita.

Terminado mi trabajo, quedaron mis nervios en tan mal estado que caminé y caminé sin rumbo, hasta perderme en las afueras de la ciudad. Ya estaba dispuesto a volver cuando vi el humo que se levantaba en espirales negras de algún lugar cercano. Pensé que se trataba de un incendio, pero era una quema judicial: libros y papeles ardían mientras una multitud miraba el humo con atención, como si fueran capaces de leer en aquellas volutas y líneas algo que a mí se me escapaba. En la pared, una proclama de la justicia informaba la lista de obras que se quemaban: entre ellas había un libelo atribuido a Voltaire, donde se burlaba de una bula reciente. Nada decía sobre el verdugo que había acercado el fuego a los libros, pero un dibujo de una mano mecánica cerraba la proclama.

LAS HUELLAS DE VON KNEPPER

Los relojeros de París eran difíciles de encontrar, porque no se establecían en una calle determinada: recorrían la ciudad como si fuera el cuadrante de un reloj enorme del que eran obedientes agujas. A su alrededor se reunía una fauna marcada por el tiempo: vendedores de almanaques, adivinos que conocían el futuro y astrónomos preocupados por agregar a los calendarios el fruto de sus observaciones celestes.

Pregunté entre los relojeros por Van Knepper, cuyo nombre había aparecido en la carta enviada al obispo. Nadie lo conocía, pero lo ignoraban de un modo tan absoluto que la misma probabilidad de que existiera parecía llenarlos de alarma. Pregunté a uno por uno, recibí negativas y silencios, hasta que un relojero señaló, con aire clandestino, a una mujer que extendía sobre un banco de piedra algunos libros abiertos.

—La señora Buzot conoce la historia de todas las máquinas. Ella quizá pueda guiarlo.

Miré hacia la mujer, que se tapaba los hombros con un manto negro que sólo dejaba al descubierto sus manos y su cara, recorridas por antiguas cicatrices. Le pregunté al relojero por las marcas, cuya precisión revelaba un método, y no sólo el azar y la desgracia.

—La señora Buzot fue la única mujer relojero de Europa. Le tocó reemplazar en su cargo al viejo Van Hals, responsable oficial de todas las torres de Estrasburgo. Van Hals preparó el mecanismo para que el 31 de diciembre de 1750 la aguja de las horas quedara inmóvil en las doce. Cuando la señora Buzot fue a repararlo, Van Hals, hasta entonces escondido, la arrojó al interior de la máquina. Salvó la vida porque el mecanismo se trabó. Mientras estuvo atrapada por la máquina, todos los relojes de Estrasburgo se detuvieron. Y sólo cuando fue rescatada el tiempo siguió corriendo.

Me acerqué a la mujer. Las páginas de los libros mostraban diagramas minuciosos de ruedas dentadas, resortes y balancines. Me costaba desviar la vista de sus cicatrices. La saludé, hice algún comentario sobre los libros, y finalmente mencioné a Von Knepper.

—Ningún libro habla de él —dijo la señora Buzot.

—No es un libro lo que busco. Quiero encontrar a Von Knepper.

—Si supiera de qué está hablando, no lo haría en voz alta. Los fabricantes de autómatas han caído en desgracia; corre el rumor de que nunca existieron.

La mujer comenzó a hablarme al oído. Su experiencia con los relojes había dado a sus palabras un ritmo uniforme, como si a cada sílaba correspondiera exactamente una fracción de tiempo.

—Von Knepper fue uno de los discípulos de Jacobo Fabres. Trabajó con él hasta su muerte. Fabres le enseñó a construir gansos y flautistas, pero él quería un

escribiente, la pieza más difícil de los fabricantes de autómatas. Nadie sabe si lo logró.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Me dijeron que hay, en una calle oscura de la ciudad, no muy lejos de aquí, un artesano capaz de reparar relojes con figuras, y devolverle a cada muñeco el movimiento exacto. Si me compra algo, quizás le diga el nombre de la calle.

Pregunté los precios, pero todos eran excesivos, en especial porque no me interesaba nada que tuviera que ver con el tema. Pero la señora Buzot finalmente sacó de una bolsa de tela un pequeño libro con un reloj en la portada, y me pidió un precio razonable.

Cuando pagué, la relojera se acercó a mi oído y pronunció el nombre de la calle. Mientras la oía, volvía las hojas del librito: en cada página había el dibujo de un reloj, de tal manera que al pasar a velocidad las hojas se tenía la impresión de que las agujas se movían.

A mi alrededor no había nadie; los relojeros habían abandonado el lugar como si hubieran advertido en el tañido de campanas distantes un reclamo de urgencia.

Con el pequeño libro en mi bolsillo y el nombre de la calle en mi memoria, fui, al igual que todas las tardes impares, a la casa Siccard. Como aumentaba mi destreza, buscaba demorar el instante en que mi voluble condición de espía me obligara a abandonar el trabajo. El pulso ya no me temblaba y había aprendido a modificar ligeramente mi cursiva, para adaptarla a la inestabilidad de la piel. A las mensajeras, que eran cuatro, les gustaba recibir algo de conversación mientras aguardaban la terminación del mensaje. También les agradaba contar los viajes que hacían, ya que a veces eran enviadas lejos de la ciudad y no volvían durante semanas. Al principio había respondido sólo con monosílabos, mientras intentaba olvidar que aquello que estaba bajo mi pluma era una mujer. Pero después las intrigué, las entretuve y finalmente las aburrí con mis conocimientos sobre la historia de la caligrafía. A veces creo que esos fueron mis mejores trabajos; aquellas letras que se perdieron entre las sábanas, con el agua y el jabón, o bajo la lluvia repentina.

Sólo Mathilde, la primera mensajera que me había tocado, seguía amenazando mi caligrafía. Envidiaba a aquellos caballeros a los que estaba destinada, que la veían desvestirse y luego leían, junto al fuego, bien tarde, el mensaje; yo pasaba mucho más tiempo con ella que aquellos señores, pero el hecho de no ser el destinatario la alejaba de mí.

Dussel, un calígrafo de Leipzig, estaba más obsesionado que yo con Mathilde. Había huido de su ciudad, donde lo buscaban por la destrucción de una imprenta. Dussel había pertenecido a la secta de los Martillos de Dios, que atacaban las imprentas por creer que estas aplazarían por siempre el encuentro del hombre con el lenguaje natural, anterior a Babel. Veían en la letra impresa la verdadera torre de

Babel y trazaban, a partir de cálculos incomprensibles para quienes no fueran ellos mismos, una serie de semejanzas entre los tipos de plomo y los elementos que la Biblia establecía como materiales de la torre.

La desnudez de Mathilde lo trastornaba más que a mí, porque Dussel pretendía ser un hombre puro, y a mí la pureza me tenía sin cuidado. Mathilde se entretenía con ese poder y a través de su conversación intentaba desviarlo de sus letras uniformes. Pese a la crispación con la que escribía (y que a veces lo dejaba inconsciente luego de un trabajo), nunca cometió un error.

Dussel evitaba hacer la inscripción en las zonas más secretas de la mujer y para ello concentraba las letras de manera de terminar antes de que el trabajo alcanzara un grado de indecencia intolerable. Mathilde ejecutaba delicados movimientos para obligarlo a ocupar más espacio; pero el calígrafo se las arreglaba para no profanar los límites que él mismo se había marcado. Desde el gabinete contiguo oía el desafío de Mathilde de comprometerlo con un encargo mayor: transcribir en su cuerpo el Nuevo Testamento, que era el único libro que había en los gabinetes, y que el joven Siccard dejaba allí para que las mensajeras tuvieran algo edificante que leer mientras cumplían con su labor.

Aristide Siccard confiaba en él y le pagaba el doble que a mí, a pesar de que no era mejor que yo. Creía que la desdicha era sensatez, la obsesión responsabilidad, y la amargura virtud.

EL SILENCIO DEL OBISPO

Había trabajado lo suficiente como para presentarme ante el abad Mazy y entregar un poco de información falsa por algo de dinero verdadero. En ninguno de los mensajes que había transcrito se hablaba del obispo; pero mientras caminaba hacia el abad inventaba las palabras que señores distantes habían intercambiado a través del anonimato, las mujeres y la noche. Cruzaba salones, bajaba hacia los sótanos, subía a una torre húmeda, cumpliendo con paciencia instrucciones de monjes que habían visto al abad cruzar salones, bajar hacia los sótanos o subir a una torre húmeda hacía apenas un instante. Después de una búsqueda de horas, llegué, cansado, hasta una galería. Mazy caminaba hacia mí, arrastrando la sotana blanca.

El abad me miró como si nunca antes me hubiera visto. Imaginé que tenía espías en todas partes, y que debía de ser un trabajo arduo memorizar las caras y los nombres. Informé al abad de que se hablaba del secuestro del obispo, y aun de su muerte, y que esos rumores corrían con insistencia.

—¿Mencionan pruebas o testigos?

—Ninguno, monseñor.

—Las fantasías y los rumores son un pecado que la Iglesia aún no ha condenado lo suficiente —dijo el abad—. Venga conmigo y le mostraré que el obispo está vivo.

Avanzamos por la galería: por las ventanas abiertas entraban las hojas de los árboles y la lluvia. Abajo se veía un jardín geométrico, donde plantas y arbustos rodeaban profundos estanques de piedra negra. Pregunté al abad si criaban peces.

—Ahí viven algunas criaturas de mar que nos sirven para la fabricación de tinta que luego vendemos en el extranjero. Darel nos ha guiado en esta empresa. También nuestra botánica está inspirada en la caligrafía. No dejamos que ningún extraño pasee por el jardín, porque en las especies que cultivamos abundan espinas y venenos. Todo lo que nos sirve para escribir, sirve también para matar.

Nos acercamos a una puerta tallada. La custodiaba un hombre gigantesco, de cuyo uniforme verde colgaban cientos de llaves. Al vernos inclinó la cabeza en señal de respeto al abad y se movió a un lado. Bastó el movimiento para que las llaves sonaran entre sí, como un carrillón llamando a misa.

—Signac tiene todas las llaves del palacio. Hemos tratado de convencerlo de que las deje, pero siempre las lleva consigo. En nadie tengo mayor confianza que en el buen Signac. Siempre está donde se lo necesita, para abrir una puerta o cerrarla para siempre.

El guardián sacó de entre sus ropas una llave que tenía atada una cinta roja e hizo girar la cerradura.

—El obispo estuvo muy enfermo —explicó el abad—. Cuando creímos que iba a morir, tuvo una revelación: si cumplía un voto de silencio, se salvaría. En el momento

en que la Iglesia más necesitaba su voz, tuvo que renunciar a ella. Desde entonces responde a todo por escrito.

—¿Y hasta cuándo debe durar ese silencio?

—Hasta el silencio final.

El abad abrió la puerta. El salón era de mármol blanco. Me quedé en el umbral, sin animarme a acercarme al hombre que, detrás del escritorio, inclinado sobre el papel, sostenía la pluma con esfuerzo, como si su peso fuera intolerable. No podía verle la cara. El mármol lo rodeaba como un anticipo de la tumba. Era tal el frío y el blanco, aún en la penumbra, que la habitación parecía una gruta excavada en el hielo.

El abad corrió los cortinados grises. La luz se abrió paso entre nubes y vitrales e iluminó el papel. El obispo mojó la pluma en el tintero y escribió algunas letras despojadas de todo adorno. Ejecutó la maniobra con lentitud, como si su movimiento estuviera hecho de una sucesión de inmovilidades.

Todos nos quedamos quietos algunos segundos, excepto la lenta mano del obispo.

El abad me preguntó si el obispo estaba vivo. Entonces comprendí que aquello era una especie de prueba, y que Mazy necesitaba que otros ojos vieran lo que él veía. El obispo parecía un cadáver viviente, pero era cierto que se movía, y aún era más cierto que una respuesta negativa no iba a ser bien considerada por Mazy. Respondí sin saber si mentía o decía la verdad:

—El obispo vive.

Se inclinaba tanto sobre el papel que no se le veía la cara. Ver a alguien escribir siempre es un misterio, porque quien escribe habla de cosas que no están. El abad me indicó que me fuera y cerró las cortinas como quien cierra un telón. Indiferente a la penumbra, y a la representación que terminaba, el obispo continuó con su trabajo.

EL BASTÓN DE KOLM

Al salir del Palacio de Arnim fui a los Tribunales a preguntar por Kolm. No daban información alguna sobre los verdugos, por temor de que alguien quisiera tomar venganza. Insistí y me permitieron dejar un mensaje en un canasto. El papel que escribí, y en el que le proponía que nos encontráramos al día siguiente, se mezcló con otros mensajes, que yacían en el fondo, con el aspecto de haber sido dejados allí hace mucho tiempo, a la espera de un destinatario que nunca había llegado. Desde lo alto dejaron caer un cabo con un gancho, que pronto sujetó la canasta. Los mensajes comenzaron a subir hasta perderse en una de las últimas ventanas.

Al día siguiente, frente al Tribunal, esperé a Kolm. Sentí las manos en el cuello, como había ocurrido la primera vez, y mis pies volvieron a abandonar la tierra. Mientras buscaba aire y me reponía de su broma, Kolm me contó que uno de los compañeros del ahorcado se había empeñado en acusarlo. La justicia tenía mayores ocupaciones que un actor colgado por excederse en su papel, pero por precaución decidió dejar la ciudad.

Todavía llevaba en el cinto el bastón con el puño de hierro. Le pregunté si seguía fallando.

—Destruyo todo lo que toco.

—Sé de un lugar donde pueden repararlo.

—Ya me acostumbré a que funcione así.

Insistí; no quería ir solo a buscar a Von Knepper. Rodeamos una iglesia y entramos en un callejón desierto hasta encontrar una puerta pintada de verde. En el dintel se leía el nombre del propietario: Laghi. Detrás de una ventana se veía un reloj de mesa; sobre la caja de madera, un Vulcano se preparaba para descargar su martillo sobre un yunque. Tiré de la campanilla sin que nadie abriera. Kolm, impaciente, hizo temblar la puerta.

Una criada nos abrió y dijo que era tarde y que debíamos volver al día siguiente. Kolm le mostró la mano de metal como si fuera el símbolo de una autoridad superior. En aquella casa, los artefactos mecánicos tenían un poder singular, y la sirvienta aceptó hacernos pasar, como si le hubiéramos mostrado una orden firmada por el rey. Entramos en una sala helada, donde sólo había una silla. Kolm se sentó con aspecto abatido y me dejó a mí de pie, paseando nervioso por la habitación. Como demoraban en atendernos, invadí el cuarto vecino.

Contra la pared descubrí un mueble provisto de decenas de cajones anchos, similar a los muebles clasificadores de la casa Siccard. Abrí con alguna dificultad el primero de los cajones y encontré una variedad de mecanismos y engranajes. La mayoría eran metálicos, pero algunas piezas estaban talladas en cristal. Seguramente unas piezas encajarían en otras como partes de una oración. Por más que miraba y

pesaba en mis manos aquellas formas, no podía adivinar la gramática que dictaba las combinaciones. Pero así como a los arqueólogos a veces les basta una palabra conocida para descifrar la totalidad de una lengua perdida, yo encontré en el tercer cajón un elemento que me permitió saber de qué se trataba todo aquello. Sesenta y cinco compartimentos vacíos rodeaban a un ojo de cristal.

Oí pasos y un ruido de llaves en la habitación contigua. Pensé que era el señor Laghi, el dueño de casa, que se había acercado a atendernos, pero eran dos hombres que venían de afuera. Los espíe a través de la puerta entreabierta. Tenía buenas razones para no mostrarme, porque conocía a uno de los dos: el hombre de las llaves del palacio de Arnim. La criada miraba con terror el pecho y los brazos de Signac. Las llaves golpeaban entre sí, dejando oír el sonido de una autoridad que provenía de pesadas puertas de roble y de rejas herrumbradas.

—El señor Laghi vendrá enseguida. Pueden esperarlo en el coche —dijo la muchacha con un temblor en la voz.

Cuando los hombres se fueron salí de mi escondite. La presencia del hombre de las llaves me había dejado temblando. Kolm, en cambio, ajeno a todo, dormitaba.

—Dejemos el bastón. Luego lo pasamos a buscar —le dije con prisa por salir de la casa.

Kolm, arrancado de su sueño, miró un segundo sin comprender. No alcanzamos a irnos de inmediato, porque el verdugo vio que el dueño de casa venía hacia nosotros.

Vestía ropas completamente negras, como si fuera a un funeral, y llevaba un pequeño baúl. El verdugo trató de cruzarse en su camino, mostrándole el bastón. Laghi apenas lo miró. Kolm estaba acostumbrado a imponerse a los otros, y quedó desconcertado al ver el desdén de Laghi, dominado por una prisa que lo hacía vivir ya en el futuro.

—¿Qué quiere? —preguntó el dueño de casa—. ¿Viene con ellos? —señaló la puerta cerrada, y a través de ella, a los hombres del abad que lo esperaban.

—Necesito que arregle este bastón.

El artesano tomó con desdén el artefacto. Probó el mecanismo dos o tres veces y lo devolvió a las manos del verdugo.

—Lléveselo a un relojero. Me ocupo de labores más delicadas.

—Quiero que lo haga usted.

Laghi tuvo un impulso por apartar al verdugo y pedir a los hombres de afuera que vinieran en su ayuda, pero no se decidió. No por cobardía, sino por no agregarle inconvenientes a la noche que lo esperaba. Le sacó la mano mecánica a Kolm y la llevó con él. Al verse bruscamente privado del bastón, el verdugo se estremeció levemente, como si le hubieran arrancado su mano verdadera.

CLARISSA

La casa ya me parecía un mecanismo por el cual distintas personas entraban o salían según lo disponía un diseño oculto. Estaba apurado por escapar de la maquinaria cuando vi, en el fondo del pasillo, una muchacha que se miraba en un espejo. Era una reproducción exacta de la mujer de Toulouse.

Desoí los gritos de la sirvienta y me acerqué al fantasma. La muchacha me miraba con grandes ojos inmóviles. Sin saber qué clase de pecado cometía, besé los labios helados de la autómatas. Sus dientes me cortaron la boca y sentí el gusto a metal de la sangre. Al oír mi grito Kolm apareció con el bastón en alto; lo bajó de inmediato al ver que era sólo una muchacha.

—No hay peligro. No es real —dije.

Entonces la sangre llenó las mejillas de la mujer y desterró la irrealdad y la blancura.

—¿Está seguro de que no soy una mujer?

Acercó su boca a la mía y yo cerré los ojos, a la espera de la nueva dentellada, sin voluntad para defenderme. Apenas apoyó sus labios en los míos. Si era una criatura de Von Knepper, entonces Von Knepper era un dios.

—Es la segunda vez que nos vemos —le dije—. Pero la primera, usted no estaba allí.

Ella me hizo una señal de silencio y me llevó de la mano a una sala donde se amontonaban juguetes mecánicos desarmados. Algunos eran extraordinariamente pequeños: muñecas holandesas con la cabeza o el pecho atravesados por resortes, un mirlo en una jaula de oro, un soldado sin un brazo. También había un caballo de madera que funcionaba a vapor, un palacio alrededor del cual giraban el sol y la luna y una Medusa de bronce, que abría los ojos y agitaba sus serpientes.

—¿Usted es la hija de Von Knepper?

—No debe pronunciar su nombre. Llámelo Laghi, es así como lo conocen en París.

Le pregunté por la muchacha de Toulouse.

—¿Era más hermosa que yo? Mi padre la fabricó cuando yo era niña: era una imagen futura de mí misma. Pasó de mano en mano; sus dueños aseguraban que nunca se separarían de ella, pero no tardaban en venderla, como si llevara una maldición. Hace tres años que mi padre le perdió el rastro. Está hecha a mi imagen y semejanza, pero yo me gasto imperceptiblemente y acabaré por envejecer. Ella en cambio siempre será igual.

—Si eran rivales, entonces usted ganó. No queda nada de esa criatura. Tenía bajo la lengua un mecanismo secreto que la hizo estallar.

—¿Qué clase de lágrimas hay que llorar por los autómatas muertos? Cuando mi

padre se entere, va a llorar de verdad. Siempre la prefirió a ella. La notaba más humana.

—Yo jamás hubiera confundido a una autómatas helada con una mujer.

—¿No? Ni siquiera ahora sabe quién soy.

Acercó su mano a mi cara, como si fuera ella quien tenía dudas sobre mi naturaleza.

—Que nadie sepa que la vio. No hay, nunca hubo autómatas en Francia.

—De eso quiero hablar con su padre.

—No lo recibiré. Mi padre está corriendo un gran peligro. No me deja salir de aquí. Me tiene prisionera.

—Entonces vine a liberarla.

Si me decía que sí, ¿qué haría con ella? Si aceptaba todo, ¿adónde la llevaría? Fui afortunado: fracasé.

—El mundo de ahí fuera también es una cárcel. Al menos acá dentro no llueve ni hace frío.

Miré los muñecos y los mecanismos que nos rodeaban: todo estaba roto, nada funcionaba, y esa misma falla se adueñaba de nosotros, que de pronto no sabíamos ni qué decir ni cómo movernos.

LA PRISIONERA

Escribí los sucesos y las sospechas de los últimos días y encargué a mi tío que hiciera llegar los escritos a Ferney. Pedía también en mi mensaje algún dinero e instrucciones: necesitaba saber que mis palabras eran oídas, y que había allá lejos una mente clara que organizaba los fragmentos y mis pasos. En las librerías de París a menudo se encontraban hojas sueltas, que los libreros guardaban en cofres, en espera de encontrar, alguna vez, el libro al que pertenecían. Se había puesto de moda encuadernar esas páginas perdidas, hasta formar un libro que hablaba a los saltos de las cosas más diversas. Así me sentía yo: recogía páginas incomprensibles, a la espera de que en un salón de Ferney, junto a una ventana, el gran lector fuera capaz de entender.

De vez en cuando corrían rumores de que Voltaire estaba en la ciudad, o de que había muerto, y yo me preguntaba si no estaría cumpliendo misiones al servicio de una causa desaparecida y a cuenta de un dinero inexistente.

Por las tardes acechaba la casa Laghi, esperando ver a Clarissa. Estaba dispuesto a probar un nuevo encuentro una vez que su padre se alejara. Pero cuando vi a Von Knepper salir apresurado de la casa, con el pequeño baúl en la mano, la curiosidad me impulsó a seguirlo.

Von Knepper caminó sin mirar atrás ni a los costados. Sus pasos eran tan gigantes que casi debía correr para alcanzarlo. Cruzamos el río, atravesamos un mercado y casi lo pierdo entre los vendedores que abandonaban el lugar hasta el día siguiente. Llegó hasta una puerta de reja y tuve que retroceder para no quedar a la vista. Habíamos llegado al cementerio. El guardián lo estaba esperando, y sin necesidad de que dijera nada le abrió las puertas. Vi a Van Knepper avanzar entre los árboles y las tumbas, hasta que las sombras se lo tragaron.

Podía elegir entre el cementerio o la casa, y preferí la casa. La criada trató de detenerme en la puerta, pero grité el nombre de Clarissa y desde el fondo la muchacha vino a rescatarme. Nuevamente me llevó a la habitación donde se arrumbaban los mecanismos rotos, a los que ahora se había agregado el bastón de Kolm.

—Vi a su padre en el cementerio. ¿Visita acaso la tumba de su madre?

—Mi madre murió en otra ciudad, y mi padre jamás visitó su tumba.

—¿Y qué busca en el cementerio a estas horas?

—No sé. ¿Por qué no lo siguió, si su principal interés era mi padre?

—Preferí venir hacia aquí.

—Entonces no hable del cementerio. Ya tiene los zapatos embarrados. Cuanto más hable, más barro habrá.

Me ofreció una silla que tenía una pata floja y de la que casi me caigo. Ella se

sentó en un baúl. Estábamos casi a oscuras. Me pareció oír el zumbido de máquinas diminutas en las esquinas de la habitación.

—Hace mucho que no hablo con nadie. Mi padre no es buen conversador.

—Dicen que es el más grande fabricante de autómatas de Europa.

—Construyó un tigre y una bailarina, y conquistó la corte de Portugal y la de Rusia. A veces me parecía que de tanto estar entre máquinas, mi padre había encontrado el mecanismo secreto del mundo, y que todo lo que deseaba le era concedido. Pero la moda de los autómatas pasó, y ahora a mi padre no lo mueve el arte, sino la codicia y el miedo.

—¿A qué le teme su padre?

—Le teme al abad Mazy y a su calígrafo, que escribe un libro que no se termina y usa como tinta la sangre de sus enemigos.

Mientras hablábamos, la oscuridad había ocupado más espacio, y nos empujaba al uno contra el otro. Intenté abrazarla, con ese movimiento imperceptible y cobarde que trata de simular que no es un movimiento deliberado, sino un roce casual. Clarissa no hizo el menor gesto de aprobación o rechazo y me pregunté si era posible que la hubiera tocado con tal delicadeza que ella no lo hubiera notado. Envalentonado por la falta de escándalo, me acerqué más. Mis caricias no encontraron resistencia, pero tampoco eco. Las cosas que nos rodeaban se movían de a poco; se movían las muñecas holandesas y los soldados desarbolados y los diminutos dioses griegos. Todo menos Clarissa, que, erguida en su silla jugaba a ser mármol.

Von Knepper había abierto la puerta y me sentía ahora atrapado entre dos figuras de cera. Me miraba sin verme, tenía algo para decirme —me echaría de su casa, y acaso me denunciaría a la justicia— pero era evidente que la sola idea de hablarme le causaba fastidio. Estaba empapado por la llovizna y tenía las botas embarradas. Todavía estaba en otro sitio, allá fuera, entre las tumbas, y no había entrado del todo a la habitación. Ahora que su cuerpo entraba en calor, había que esperar que también su mente regresara del cementerio.

—Mi hija está enferma —dijo Von Knepper—. Con frecuencia cae en este estado. Pasó la mano por delante de sus ojos. Clarissa no se movió.

—Le pido que no vuelva a visitarla. Los extraños desencadenan los ataques.

—Ni siquiera me acerqué a ella.

—No hace falta que se le acerque. Su enfermedad es muy delicada y detecta a los extraños aun antes de que entren en la habitación.

—Tiene a su hija encerrada en la casa, como una prisionera.

—Es la enfermedad la que la tiene prisionera. Si yo la dejara llevar una vida común, caería en trance y nunca despertaría. No trate de entender. Váyase ahora, ahora que puede, ahora que nadie se cruza en su camino.

Sentí un frío que era ajeno, y que venía de la inmovilidad de la muchacha o de las

huellas que la noche había dejado en Von Knepper. El dueño de casa cruzó la habitación y antes de que tuviera tiempo de advertirlo lanzó el bastón hacia mi cuello. La mano de hierro se cerró alrededor de mi garganta. Si el mecanismo hubiera funcionado con la fuerza destructora que antes tenía, me hubiera matado. Pero sólo sentí un apretón suave, que apenas me dejaría marcas.

—Dígale a su amigo que el mecanismo ha sido ajustado. No será necesario que nos volvamos a ver.

EL SEPULCRO

Ya Mathilde no me perturbaba; cuando dibujaba las letras en la piel de las mujeres, pensaba en Clarissa. Pero en mi fantasía no la escribía: imaginaba que Clarissa llegaba a mi habitación en medio de una noche de lluvia, y yo, con lentitud, exploraba un mensaje escrito en una lengua incierta.

Me encontré con Kolm en una taberna que frecuentaban los trabajadores del cementerio. Le devolví el bastón ya reparado. Me preguntó cuánto había gastado en él, y dije que mucho, pero que con una pequeña ayuda me daría por recompensado. En aquel lugar podíamos hablar sin temor de ser oídos por indiscretos o espías, porque los enterradores sólo hablaban entre ellos y nada de los demás les preocupaba. El largo aislamiento al que los condenaba su oficio los había llevado a deformar su idioma original, hasta construir su propia lengua. Las apelaciones a sepulcros, oscuridad, mármol o muerte, no podían ser interpretadas en sentido literal; según estuvieran combinadas unas con otras, podían significar muchas cosas diferentes. La música de esa lengua a veces era seca y pausada como paladas de tierra y otras vagamente solemne, interrumpida por sentencias en latín aprendidas de las inscripciones funerarias.

Como arrastraban las botas sucias por el piso de la taberna, con los años la tierra había terminado por cubrir por completo la superficie. En la puerta dejaban sus bolsas y sus instrumentos. Los estudiantes de medicina se acercaban para comprarles huesos, y los orfebres joyas robadas.

Como pago por la reparación del bastón, pedí a Kolm que averiguara el motivo por el cual Von Knepper visitaba el cementerio. Se sucedieron los jarros llenos de un vino aborrecible, hasta que Kolm, cansado por mi insistencia, prometió de mala gana ayudarme. Me llevó hasta un hombre de cara roja que estaba solo y no hablaba con nadie. Abandonado en un rincón, pasaba y repasaba las páginas de un grueso libro lleno de anotaciones diminutas. Se llevaba el dedo a la lengua para volver las páginas, y luego señalaba un punto del libro, como si hubiera encontrado por fin una palabra buscada por años. Reconocí al guardián que le había abierto la reja a Von Knepper.

—¿Me recuerda, Maron? Soy Kolm.

Maron no estaba acostumbrado a hablar con nadie y le sorprendió que esas palabras lo buscaran.

—Lo recuerdo. Pensé que ya no estaba entre nosotros. ¿Por qué ha venido a este lugar lleno de indeseables?

—Lo buscaba a usted.

—¿Qué podría querer alguien de mí?

—La llave del cementerio. Quiero invitar a mi amigo a un paseo de noche, entre

las tumbas.

—Hace cuarenta años que abro y cierro esa puerta, y jamás le presté la llave a nadie.

—Vamos a pagar como si creyéramos que eso es cierto.

Respetando las señales del verdugo puse dos, tres, cuatro monedas en la mesa. Kolm me detuvo.

—Y le daremos una más por permitirnos mirar el libro.

Maron tomó las monedas. A diferencia de los otros hombres de aquel lugar, tenía las manos blancas y limpias, sin marcas de ninguna clase. Habló en voz baja:

—Sólo una mirada. No lo manchen.

Kolm tomó el libro y me lo pasó a mí. Durante un segundo quedé desconcertado, y empecé a mirar las páginas más por simular que comprendía la orden de Kolm que para buscar algo concreto. Kolm me susurró al oído que prestara atención a los entierros más recientes. Junto a cada nombre, estaba indicado el sitio del sepulcro. Estudié cada línea, en busca de la mentira que tuerce el trazo, lo desvía, y luego lo obliga a volver a la forma original, pero con un esfuerzo excesivo. Kolm no quería que preguntáramos directamente por Von Knepper, porque corríamos el riesgo de que Maron nos delatara. Era mejor que nuestro propósito quedara en las sombras.

Encontré en el nombre Sarras una S que casi parecía vibrar, reclamando la atención sobre su falsedad.

Tomamos la llave, devolvimos el libro, y poco después, avanzada la noche, nos enfrentamos a las puertas del cementerio.

Kolm no quiso seguirme entre las tumbas.

—Soy verdugo. Mi arreglo con la muerte termina bajo este arco.

Se quedó en la puerta, vigilando.

Avancé entre las lápidas hacia la zona donde se levantaban los monumentos. Era como un extranjero que llega a una ciudad desconocida. Intentaba hacerme una idea del sitio, pero la luz de la luna cambiaba las cosas de lugar. Leía las inscripciones en busca del nombre Sarras. El camino me llevó hacia el fondo, donde estaban las tumbas más antiguas, en su mayoría derruidas.

Sobre el diminuto palacio de mármol, un arcángel amenazaba a los visitantes con una espada rota. La cerradura herrumbrosa se había roto hacía tiempo. El aire frío y nauseabundo casi me hizo tropezar y caer por la escalera que bajaba al interior de la construcción.

Con una lámpara que había llevado encendí las velas, que en noches anteriores se habían derramado sobre ataúdes y altares. Ninguna luz bastaba para comprender la imagen. Uno de mis profesores de la Escuela de Vidors, un óptico llamado Mialot, nos hacía practicar un ejercicio: nos mostraba líneas confusas en las que luego de un rato podíamos leer un mensaje. Pero lo que nos permitía descubrir la frase oculta no

era la concentración, sino más bien cierta distracción lograda al cabo de un largo empeño. Una vez resuelto el enigma, resultaba inconcebible cómo no habíamos descubierto desde un principio las palabras escondidas.

El obispo estaba sentado en una silla alta que semejaba un trono. Era sostenido por cordeles que colgaban del techo y que le daban un aire de marioneta. Aquí está por fin el autómatas, pensé. ¿Quién podría confundirlo con un hombre real? Lo rodeaban enormes bloques de hielo, traídos desde las montañas con quien sabe qué esfuerzos inauditos. El obispo alcanzaba una dignidad extraordinaria a la luz de aquellas velas; parecía un monarca subterráneo, capaz de seguir gobernando más allá de la muerte. Quien veía los hilos, no pensaba que lo sostenían, sino que eran los instrumentos a través de los cuales él ejecutaba los movimientos y estrategias de su gobierno.

Las velas derretidas se apagaban de una en una, completamente consumidas; cuando sólo mi llama permanecía viva, descubrí en la pared la sombra de otro intruso.

GOLPES EN LA VENTANA

No tenía otra arma que un candil de hierro y lo levanté hacia el desconocido, para defenderme si intentaba detener mi huida. Era un enemigo solo y estaba quieto, como si todavía intentara pasar inadvertido. El agua de los bloques de hielo mojaba la suela de mis botas y llegaba hasta los pies del otro. Con pasos lentos, en un intento por evitar el resbalón, llegó hasta mí.

La capucha cayó hacia atrás y dejó ver la cara de Clarissa. Fue uno de esos momentos en los que uno confía en el orden del mundo, y cree que todo es bueno y que siempre estará a salvo. Con medias palabras, bocanadas de aire y gestos sin sentido alcancé a preguntarle qué hacía allí:

—Quería ver a qué dedicaba sus noches mi padre. Ya se cansó de aprender de los seres vivos y ahora toma lecciones de los muertos.

El obispo miraba severamente nuestro abrazo y nuestros besos, preocupado porque el calor que irradiábamos derritiera los bloques y lo condenara a la caída.

Una ráfaga apagó la última vela y el obispo quedó solo en la oscuridad. Le tocaba llevar su representación hasta el fin: dejar caer la cabeza, soltar los brazos, deponer los restos de dignidad, asistir al derrumbe de los tímpanos. Cerré la puerta de hierro y emprendimos el camino hacia la salida.

—¿Qué va a hacer ahora, que ya conoce la verdad?

—Mejor preguntar: ¿qué va a hacer la verdad conmigo?

Las tumbas parecían las piezas olvidadas de algún juego antiguo. Le pregunté si era cierto que su enfermedad la convertía en autómata.

—Son fantasías de mi padre. Cree que sus criaturas y yo somos hermanos y que tenemos marcas de familia.

—Pero la otra noche la vi inmóvil, como si se hubiera dormido.

—¿Acaso no le pasa a todo el mundo quedarse así, completamente quieto, como si un rayo lo hubiera fulminado? —No llegué a responderle, porque me besó—. ¿Quién podría confundirme con una autómata?

Kolm nos esperaba afuera, y aun antes de que llegáramos hasta él, nos despidió con un gesto de cansancio, de reprimenda, de aburrimiento. Caminamos apresurados hasta llegar a la casa. A pesar de que nos había tocado vivir hechos importantes, hablábamos de cosas sin importancia; esas conversaciones tontas de los enamorados. Cuando llegamos, había una luz encendida.

—Mi padre trabaja siempre de noche. Algún día se quedará ciego.

No miré hacia la ventana del inventor, porque en ese momento no me importó. Me estaba despidiendo de Clarissa sin saber por cuánto tiempo. Ella era parte de un mecanismo de apariciones y desapariciones cuyos plazos aún ignoraba.

En las noches siguientes tomé por costumbre, bien tarde, golpear ligeramente la

ventana de Clarissa, esperando que se abriera. Pero nadie respondía a mis golpes. Tal vez dormía tan profundamente que nada podía despertarla; tal vez su padre había descubierto su fuga y la mantenía encerrada bajo llave, en una habitación sin ventanas. La casa estaba a oscuras, con excepción del sitio donde trabajaba su padre. Noche tras noche evité asomarme, hasta que por cansancio, o quizás porque había decidido que esa noche era la última en que montaba guardia, espí por la rendija.

Sobre muros y caballetes, había bocetos minuciosos del rostro, el cuello y las manos del obispo en distintas posiciones. Los dibujos eran perfectos, pero el modelo había contagiado a sus reproducciones con una verdad que el dibujante no había advertido. Así, en cada detalle, en la forma de las orejas, en la comisura de los labios y en el vacío de la mirada, se adivinaban las líneas de la muerte.

La ventana se abrió de pronto y la cara de Von Knepper apareció frente a mí, con alegría en lugar de furia, como si él también, en noches simétricas hubiera montado guardia para encontrarme.

EL DISCÍPULO DE FABRES

—Entre en la casa —dijo Von Knepper—. Hablaremos por última vez.

Me guió por habitaciones en sombras hasta el único cuarto iluminado. Comprendí, por el número de cerrojos, que tenía el privilegio de haber sido invitado a un sitio prohibido para los demás. Ahora los bocetos de la cara y las manos del obispo me rodeaban, como si la figura del muerto, expandida en tantas imágenes, se hubiera apoderado del cuarto. Entrar allí era invadir el cuerpo mismo del obispo. Von Knepper me hizo sentar en una silla dura, que él usaba para trabajar, y me sirvió una copa de cognac.

—A los diecisiete años entré como discípulo de Fabres. Aprendí todo de él, pero mientras que mis criaturas eran imperfectas, las de él parecían vivas. La diferencia no era visible para cualquiera; era ese matiz por el cual la madre diferencia a un gemelo de otro. No lograba que mis criaturas actuaran con esa inconsciencia del movimiento propia de los seres vivos. Mis máquinas estaban demasiado atentas a sí mismas.

»Tuve algunos triunfos y llegué a presentar a uno de mis escribientes en la corte del zar, donde la máquina ejecutaría un texto de ciento nueve palabras, en alabanza del soberano. Un error de ajuste hizo a mi escribiente volcar el tintero, y no hubo otro elogio que una mancha de tinta que se extendió sin límites. Si se me perdonó el error, fue porque un sabio de la corte creyó ver en el accidente un vaticinio sobre la irreparable expansión del imperio.

»A partir de aquel incidente, dejé los escribientes de lado y volví a los pájaros, a las bailarinas, a las selvas mecánicas. Por perfectos que fueran aquellos juguetes, sabía que mi ambición era otra, porque los escribientes son la verdadera obsesión de quienes nos dedicamos a esta hechicería. Cuanto más quietas estaban mis criaturas, más vivas me parecían. Al moverse, la falta de vida avanzaba sobre ellas, apagaba los ojos de porcelana veneciana, y las reducía a fantasmas de fantasmas.

»Los fabricantes de autómatas trasmitimos a nuestros discípulos sólo una parte de nuestros conocimientos; pero los verdaderos secretos demoran años y a veces sólo llegan postmortem, como un testamento difícil de descifrar, y para el que ya no habrá nunca aclaración posible. Cuando el discípulo es el doble del maestro, cuando ha sido infectado por el mismo afán, por el mismo resentimiento, por el mismo odio a los mismos enemigos, cuando de alguna manera ya es el otro, entonces se le dice la verdad. Fabres, que me lo enseñó todo, me lo ocultó todo también. Cuando me acerqué a su lecho de muerte para conocer la línea que faltaba al libro que pacientemente había escrito en mí, sólo me dijo: *usted y yo somos autómatas. ¿Qué necesidad tiene el mundo de nosotros?* Y ahí mismo murió.

»Mientras otros discípulos esperaban con avidez que se abriera el testamento — que a todos defraudó— yo esperaba una carta, un papel doblado por la mitad, un

engranaje nuevo o el plano de un mecanismo que me devolviera a su camino. En lugar de eso, recibí un libro, *De Progressione Diódica*, detallado ensayo acerca del sistema que reduce al uno y al cero todos los números. No sentía especial afición por las matemáticas. Pensé en vender el libro, pero había sido atacado por la humedad y lo habían vuelto a encuadernar. Ya no guardaba ningún valor bibliográfico.

»Meses después, uno de mis gatos tiró el libro desde lo alto de la biblioteca, con tal suerte que cayó sobre el tintero y lo volcó. El incidente me hizo recordar a aquel escribiente que me traicionó frente al zar. Pasé las páginas sin concentrarme en la lectura, recordando en cambio cada detalle de mi fracaso. Así ocurre a veces; no leemos lo que está escrito, sino lo que nuestra mente va anotando y extiende veloz sobre las páginas ajenas. La luz de la mañana dio de lleno en el libro y descubrí una ligera anotación y luego otra y otra. Mi maestro había utilizado los márgenes para sus delicadas inscripciones a lápiz.

Von Knepper ya había llenado tres veces mi copa. No me sentía con fuerzas para levantarme. Las cosas a mi alrededor se fundían unas con otras, como si ningún objeto aceptara quedar aislado de los demás. Von Knepper, sobrio, sobrio no sólo esa noche, sobrio desde siempre y para siempre, continuaba con sus explicaciones, sin mirarme, los ojos clavados en un espectador imaginario, tal como hacen los actores con el fin de evitar que el público los distraiga de la letra aprendida.

—Dediqué dos semanas a descifrar esas palabras y los años siguientes a convertir aquellas nociones en mecanismos. Aprendí a cifrar en láminas de hierro las órdenes que necesitan los autómatas, de tal modo que basta cambiar de láminas para dar nuevas instrucciones.

Me tendió una de sus láminas. Tenía una serie de perforaciones que formaban un dibujo sin sentido para mí.

—En estos agujeros se esconden las palabras. Ahora mis criaturas parecen tan vivas como las de Fabres. Pero yo he llegado a un punto que mi maestro no soñó: que mi criatura usurpe el lugar de un hombre.

—Vi al obispo, hace algunos días. Todavía trabajaba en la sombra.

—Eso ya no es necesario. Ahora aun quien lo ve de cerca y con buena luz, lo cree un hombre de verdad. Mis visitas al sepulcro terminaron. Mi autómata es más real que el obispo enfermo, que había dejado de parecerse a sí mismo.

—Ahora que su trabajo llegó a su fin, ¿quién le asegura que lo mantengan con vida?

—La máquina necesita constantes ajustes. Sólo yo puedo cambiar las instrucciones, y me aseguraré que nadie conozca el procedimiento. Estoy a salvo.

Ya había bebido la última gota y empezaba a tener conciencia de los peligros que encerraba cada palabra. Quería preguntarle por qué me contaba la verdad, qué esperaba de mí. En un acceso de optimismo, calculé que quizás tendría algo para

ofrecerme. A pesar del miedo se me cerraron los ojos durante unos segundos. Cuando los abrí, escuché a Von Knepper responder a la pregunta que no le había hecho:

—A un condenado a muerte no hace falta ocultarle nada.

EL PIE DE MATHILDE

Von Knepper parecía algo avergonzado por la cadena de delaciones que me llevaría a la muerte.

«Mi hija me habló de usted, y de la visita al cementerio. No la culpe; habló para que yo viera que se había escapado, que podía llevar una vida normal. La pobre está tan encerrada en nuestro mundo, que cree que esas peripecias nocturnas son la vida normal de la gente. Cuando lo supe, comuniqué al abad Mazy sus últimos pasos. No conocen su nombre, pero saben que deben buscar a uno de los pretendientes de Clarissa. Para qué hacerse matar. Eso no me causaría ningún placer.»

—¿Qué puedo hacer para salvarme?

—Quiero que deje París y a mi hija. Es el amor lo que causa su enfermedad. Tengo que esconderla del amor.

—Eso es imposible. Puedo irme, pero otro vendrá o Clarissa decidirá marcharse.

—Todo puede pasar. Mi oficio me enseñó una lección de humildad: aun las máquinas más perfectas terminan por fallar, y los mecanismos que parecían inmortales se detienen sin causa visible. Nadie ha inventado aún un *perpetuum mobile*.

—Deje que la vea una última vez.

—Las últimas veces nunca sirven.

—Quiero decirle que, si me voy, no es por mi voluntad.

—Ella lo sabe. Le he hablado de su colega, el calígrafo del abad. Clarissa conoce sus motivos para huir. Aunque no es mal fin para un calígrafo, convertir en tinta su sangre.

—Eso es parte de la leyenda de Silas Darel.

—Lo vi con mis ojos; vi al calígrafo mudo, el libro enorme, el tintero rojo. Ahí está escrito su nombre y el mío, y todo lo que hacemos y tal vez también lo que ahora decimos.

Con un gesto me echó de su cuarto y de su mundo. Se apuró a poner los cerrojos, como si me encerrara en una prisión hecha de ciudades y países y continentes.

Salí de la casa de Von Knepper preguntándome qué tan grave era el peligro que corría. Tuve una noche intranquila, en la que cada ruido me informaba que los hombres del abad venían por mí. A la mañana, me puse en marcha hacia la casa Siccard, para cobrar el dinero que me debían, y así contar con fondos para dejar París. Caminaba de la mano del miedo: miraba hacia los costados, y adivinaba en cada cara un enemigo. No necesitaba de uniformes o sotanas; me bastaba una anciana que miraba de reojo, algún perro muerto de hambre que me seguía con insistencia, un niño agitando una espada de madera. En la casa Siccard un grupo de clientes esperaba por su mercadería. Un ujier, las hojas legales con la marca de agua de una justicia

ciega; un sacerdote, un lote de pergaminos; un músico, hojas pentagramadas atadas con cinta azul. El tráfico de mujeres escritas había servido de velada publicidad a los negocios legales y públicos del joven Siccard. Cuando llegué al primer piso crucé al dueño de casa, siempre laborioso y apurado, como si temiera que su padre muerto irrumpiera de pronto para exigir el balance de las pérdidas y las ganancias. Me preguntó por Dussel; pero yo no tenía noticias de mi colega. Nunca conversábamos, porque Dussel siempre salía apurado, aunque nadie lo esperara en su cuarto de pensión. Antes de ir hacia el gabinete del fondo, donde me esperaba Juliette, le pedí a Siccard el pago de los últimos días.

—¿No puede esperar hasta la semana que viene?

—Imposible. Tengo un gasto urgente.

—¿Y mañana?

—Tiene que ser hoy mismo. Ahí abajo hay muchos clientes. Alguno pagará al contado.

Repetíamos una pequeña escena cuyo origen se remontaba a los comienzos mismos del negocio, mucho antes de que él naciera. El joven Siccard pagaba siempre, pero se sentía en la obligación moral de resistir un poco. Así había hecho por décadas su padre. Aristide se alejó cabizbajo, como si mis palabras lo hubieran herido. Fui al último gabinete, saludé a la muchacha que me esperaba y me puse a preparar las tintas. Juliette me interrumpió.

—Hoy el mensaje es para usted.

Se desvistió con lentitud profesional. Primero busqué la firma y descubrí, sobre un muslo perfecto la V. Cansado de mis lejanas hazañas y entrecortados mensajes, mi patrón me invitaba a volver a Ferney. Por fin abandonaría los sobresaltos y cumpliría con mi destino de calígrafo, esa página en blanco.

Nunca llegué a leer las líneas finales, porque oí golpes contra la puerta del cuarto contiguo y un ruido a madera rota. Por último, el grito de Siccard, o mejor dicho su gemido, porque trataba de gritar y no podía. Salí al pasillo y me embistió Dussel, con la camisa bañada de sangre ya seca. Pensé que lo habían herido y traté de sostenerlo, pero se libró de mis manos y corrió hacia la escalera. Fue la última vez que lo vi y él, como siempre, iba con urgencia hacia ninguna parte.

Me asomé al gabinete inspirado por ese impulso de curiosidad que llega antes que el miedo. Siccard se había arrodillado frente al cadáver de Mathilde. Un tajo cruzaba la garganta de la mujer. Por un momento me pareció que el cuerpo había sido invadido por hormigas; contra la piel blanca, letras diminutas recorrían toda la superficie, aun los labios y los párpados, y la espiral de las orejas. Ya subían por la escalera clientes atraídos por los gritos y la sangre.

En otras circunstancias hubiera caído de rodillas, pero el miedo que llevaba conmigo me había dejado insensible al dolor y aun a la sorpresa. Para salvarme de los

hombres del abad, debía dejar el edificio antes de que llegara la policía a interrogar a todos los empleados de la casa, los visibles y los secretos. En la mano de Siccard todavía estaban los billetes que había reservado para mí. Sin decirle nada, le arranqué el dinero. Aceptó con docilidad, como si sus manos hubieran dejado de pertenecerle.

Antes de escapar, cubrí con una manta el cuerpo de Mathilde. Sólo quedó fuera la planta del pie. Siccard lo tomó entre sus manos y lo miró de un lado y otro, moviéndolo con delicadeza, como si temiera romperlo. Luego leyó en voz baja, para todos los que estábamos allí (para los otros, bruscamente enmudecidos, y también para mí, que ya me alejaba), las líneas finales del Apocalipsis.

LA HUIDA

Tenía el dinero en mis manos; apenas recogiera mi equipaje me iría de París. Además de perder a mis perseguidores, quería alejarme del cuarto donde yacía el cadáver de Mathilde. Por grande que fuera París, la habitación de la Casa Siccard era el cuarto contiguo.

Fui a la casa de mi tío y empecé a preparar mis frascos, asegurándome de que estuvieran bien cerrados para que las tintas no mancharan la ropa ni provocaran daños peores. Cuando oí los pasos en la escalera, pensé que era el mariscal de Dalessius, a quien mi partida inminente había llenado de vigor. A otros las llegadas hacen felices, a mi tío sólo las despedidas. Pero un ruido de llaves me inquietó, como campanas que anuncian un funeral.

La figura gigantesca de Signac ocupó todo el umbral. Aun inmóvil, las llaves seguían golpeándose entre sí, agitadas por inspiraciones o latidos. Lo seguía otro de los hombres del abad, largo y delgado como la daga que ahora desenvainaba.

No se preocuparon por golpearme ni amenazarme. Les bastó con preguntar quién me había enviado a hacer mi trabajo. Me quedé en silencio: el instinto nos lleva a sentir que si nos callamos lo suficiente, terminarán por olvidarnos en un rincón. Pero la daga no olvidó y pronto se acercó, tímida, a mi garganta. Mi silencio resultaba menos peligroso que la verdad: apenas hablara, me degollarían. Todo lo que esperaban de mí era una palabra, un nombre, una firma al pie del escrito trazado por mis actos.

Tosí, hice un falso esfuerzo de recuperar el habla y pedí, por gestos, pluma y tinta. Comprendieron mis ademanes aterrorizados y eso los tranquilizó: suponían que quien está dispuesto a escribir ha de evitar los balbuceos y las mentiras. Elegí una tinta de color morado, y que olía a mandrágora. Paracelso, en su libro sobre los poderes de las plantas, aseguraba que bastaba tocar una letra recién escrita con esa tinta para morir envenenado. Según su tratado, unas palabras son más dóciles que otras al veneno; yo preferí, en lugar de palabras, un punto final. Hundí la pluma en el líquido, y luego en la garganta de mi enemigo más urgente.

Fue tal el dolor que al llevar las manos a la herida, él mismo se marcó con la daga; el metal sediento por fin estaba saciado. Signac se abalanzó hacia mí empuñando dos llaves aguzadas, pero no me alcanzó. El peso de su armadura volvía lentos sus movimientos y yo había alcanzado la puerta.

Llegué sin aire hasta las oficinas del Correo Nocturno. Detrás de un vidrio sucio había un hombre solo, que anotaba en un libro nombres y fechas y destinos. Golpeé el vidrio hasta que se acercó a abrir la ventana. Debe de haber encontrado algún parecido con mi tío, porque, al menos en principio, no me pidió prueba alguna de mi identidad. Expliqué mi urgencia, mientras miraba a los costados; cada ruido metálico

me sobresaltaba.

Mientras caminábamos hacia el fondo del saladero, el viejo empleado, me dijo su nombre, Vidt, y contó que me había conocido de niño. Preguntó, como al pasar, el nombre del barco en el que mis padres habían naufragado. Cuando respondí la palabra correcta, aceleró el paso, confiado en que yo decía la verdad, y que por lo tanto no debía temer ninguna represalia de mi tío.

Atravesamos un depósito de ataúdes y llegamos hasta donde se guardaban las carrozas. Con un grito detuvo a un cochero que ya salía. Le ordenó que ubicara entre los otros un nuevo ataúd.

—¿Para quién es? —preguntó el cochero con un dejo de impaciencia, como si hubiera en su desdichada vida algún hecho impostergable.

—Para mí —dije.

—Se lo ve saludable.

—Por muy poco tiempo, si no se apura.

Puse una moneda en su mano y dejé que el dinero contestara todas las preguntas.

Vidt insistió en ponerme polvos en la cara para que me viera maquillado como se hacía a menudo con los pasajeros. Era un polvo más espeso que aquel que la moda imponía a nobles y a burgueses. Miré mi reflejo en el vidrio de la carroza: quien me viese, estaría seguro de que la vida me había abandonado. Subimos el ataúd al carro y luego, con alguna dificultad, entré en la caja. El cochero fue amable y puso una manta para que no golpeará la cabeza contra el fondo. Me acomodé, cerré los ojos, y la tapa del ataúd cayó sobre mí.

EL FIN DEL VIAJE

Fue el peor viaje de mi vida, y de una vida cuyos viajes fueron todos malos. Cada piedra del camino era un golpe en la espalda, cada curva un martirio. Cuando el carro era detenido por obstáculos o controles me preguntaba si mi cabeza valdría tanto como para que el cochero se animara a entregarme. Pero cuando ya París había quedado lejos, el ataúd se abrió a la mañana fría, y el cochero me cedió las riendas para echarse a dormir.

Llegamos en medio de la lluvia hasta unas granjas abandonadas. El coche seguía de largo, hacia el norte; yo debía bajarme y marchar hasta Ferney. Caminé bajo los árboles grises y crucé un arroyo por un puente de piedra. A cada paso me sentía más débil, tenía fiebre y cansancio. El canto de los pájaros era una música fúnebre, que volvía más grises los árboles y el cielo, más lejana mi meta. Cuando llegué al castillo, ni siquiera pude decir mi nombre.

Me ofrecieron una cama y ropa seca, pero desoyeron mi pedido de ver cuanto antes a Voltaire. Aquel sector del castillo estaba en plena reforma, y por eso me llevaban con cama y todo de aquí para allá en medio de la noche. Visité la cocina, los sótanos hediondos, las salas donde se probaba el correcto funcionamiento de los relojes (y donde no había modo de saber la hora, ya que todos marcaban una diferente). A veces los sirvientes me dejaban en cuartos donde otros sirvientes se recuperaban de enfermedades. No había modo de que yo obtuviera ninguna información: los enfermos hablamos un lenguaje incomprensible, que nadie tiene interés en responder. Había en los gestos de quienes me transportaban una terrible seriedad. No sabía si era porque, en tanto calígrafo, no sabían cómo tratarme (tanto menos que un señor, tanto más que un criado) o si sabían del pronóstico incierto de mi enfermedad, y llevaban mi cama con solemnidad fúnebre.

Seguía viajando, no terminaba nunca de viajar, a través de una noche que se prolongaba por cuartos y salones, que subía y bajaba escaleras. Mientras dura la fiebre, nada está en su sitio. El viaje me dejó a las puertas del teatro de Ferney, nunca supe si por indicación de mi señor, por azar o por error. Tambaleante, pálido, pero ya sin fiebre, crucé como un sonámbulo una sala oscura, entre marionetas sicilianas y japonesas, cuervos embalsamados y el armazón de cobre de un dragón chino.

Corrí el telón y aparecí en escena, como un actor que llega tarde a una función cuya letra ha olvidado por completo. Ahí estaba Voltaire, aunque en principio pensé que era un actor que lo representaba, porque había en su decrepitud una exageración que sugería la máscara y el disfraz. También estaban los otros, espectadores o actores, que me miraban con estupor. Entonces, ya pasada la sorpresa, oí a Voltaire: «Es mi calígrafo, que ha regresado de su misión». Lo dijo como si sus palabras pusieran fin a una larga comedia. Oí los aplausos y sentí que por fin estaba de regreso.

TERCERA PARTE
EL MAESTRO CALÍGRAFO

LA ESPERA

La luz atraviesa el cristal sucio y cae sobre la página y veo, en el papel basto, el temblor de mi mano. Aprendí a convertir la vacilación en arabescos. Hay que dejar fluir la tinta, que la mano corra hacia la siguiente palabra y la siguiente, no detenerse nunca en la consideración del error. Cuando empezamos a dudar, dudamos de todo; como aquel calígrafo vaticano que vaciló, al redactar un documento, si debía mencionar al papa Clemente VI o a Clemente VII, y luego si era realmente Clemente, y al final desconfió de cada palabra y no volvió a escribir en su vida nada más.

El temblor de mi mano derecha no es el simple producto de los años; forma parte del síndrome de Veck (llamado así por Karl Veck, calígrafo de los Habsburgo). Las manos de quienes nos dedicamos durante décadas a este oficio adquieren cierta independencia, y a menudo, mientras queremos escribir una palabra, la mano escribe otra completamente distinta. Las crónicas recuerdan que aun en sueños, cuando a Veck se le acercaba una pluma, escribía veloz una palabra o a veces hasta una frase entera, de sentido siempre oscuro, que luego en la vigilia se empeñaba en vano por interpretar.

A veces también mi mano escribe una palabra involuntaria, por eso estas páginas están abarrotadas de enmiendas y tachaduras. De joven odiaba toda imperfección: con los años he aprendido a reconocer en manchas y palabras sobrescritas una de las tantas formas que toma nuestra firma. Todo lo que me enseñaron en la Escuela de Vidors es falso. El mejor calígrafo no es el que nunca se equivoca, sino aquel que aun a las manchas arranca algún sentido y un resto de belleza.

La acumulación de trabajo me obligó a interrumpir esta memoria, pero ahora salgo de este cuarto helado, cruzo el océano y el tiempo, y vuelvo a entrar en aquel escenario de Ferney. Rodeaban a Voltaire, además de los aduladores que siempre visitaban el castillo, una dama joven y otra mayor, que supuse madre e hija. Voltaire les daba instrucciones para exhibir con pasión y rigor el drama de los Calas.

—Conmover al pueblo es fácil, porque llora por cualquier cosa; pero conmover a una corte es más complicado. No es el llanto lo que deben mostrar, sino la contención del llanto; las lágrimas derramadas contra toda la fuerza de la voluntad.

Las mujeres aceptaban dóciles las instrucciones de Voltaire; y me admiró que existieran todavía en algún lugar del mundo actrices obedientes. Debían ser suizas, sin duda. Las mujeres aprovecharon la distracción provocada por mi presencia para apartarse y descansar un poco. Le pregunté a Voltaire qué obra era aquella.

—La más difícil de representar. La viuda y la hija de Jean Calas se preparan para recorrer las cortes europeas en busca de ayuda para su caso; quiero que digan las palabras justas, sin pasar por tontas ni actuar con exageración.

Al descubrir que eran realmente la hija y la viuda de Calas, estuve a punto de

confesar que había estado en Toulouse cuando el martirio de su padre y esposo, y que había visitado la casa arrasada. Pero algo me detuvo: creo que ellas se sentían cómodas en aquel juego teatral, escondidas detrás de su papel de actrices, y hubieran tomado a mal que alguien les recordara que eran ellas mismas.

—Bastará con que digan la verdad que sale de sus corazones —dije en voz baja.

—El corazón y la verdad no hacen buen matrimonio. Nuestros enemigos montan grandes representaciones y también nosotros debemos representar. El teatro está hoy en todas partes, menos en las salas de teatro; las ciudades enteras son los escenarios.

En los días siguientes busqué en vano mi lugar como calígrafo. Apenas pedía trabajo para hacer, o intentaba ordenar los archivos, Wagnière me apartaba, con la promesa de que Voltaire tenía otros planes para mí. Sentía que el orden del castillo, al que antes había pertenecido, ahora me expulsaba. Me convertía en un fantasma; al llegar a una sala nadie daba vuelta la cabeza para mirarme. A veces oía mi historia como si fuera la de otro. Secretarios, cocineros, criados, aun los viajeros que venían a ver al genio de Ferney comentaban mis andanzas. Los relatos llegaban como leyendas antiguas, que iban de boca en boca hasta quedar reducidas a lo esencial. Nadie podía aceptar que yo, un insignificante calígrafo, fuera el protagonista de tales hechos, y sólo aceptaban mis versiones si me limitaba a transmitirlos como si otro los hubiera vivido. Existía en tercera persona.

Escribí los últimos informes sobre mis días en París y esperé en vano que Voltaire apareciera por su escritorio. Los negocios devoraban sus tardes y lo obligaban a tomar decisiones apresuradas sobre el comercio de relojes, los cultivos y las inversiones en el extranjero. Dejaba los informes debajo de su puerta, sin saber si los leía o los quemaba.

Una mañana el mismo Voltaire vino a buscarme a mi cuarto y me llevó hacia su escritorio. Empezó a hablarme de sus achaques, que no me alarmaron, ya que la agonía lo mantenía en buen estado desde hacía años, y luego me mostró la pila que formaban mis informes. En los márgenes había hecho anotaciones, en su mayoría signos de interrogación.

—He leído y releído sus informes, escritos con incomparable torpeza. A pesar de los errores, puedo sacar una conclusión. Los dominicos se preparan para aprovechar el vacío que dejan los jesuitas. Han ocultado la muerte del obispo para retener el poder. Mientras dure la comedia del autómatas, su poder seguirá intacto. La epidemia de milagros que sacude Francia está organizada y alentada por ellos; el pobre Jean Calas fue una víctima más de esa campaña, por eso necesito que vaya a París.

—Quisiera quedarme aquí. Su correspondencia debe de estar atrasada...

—Mi verdadera correspondencia son los dos mensajes que voy a darle. El primero es para el impresor Hesdin, para que lo publique cuanto antes y sin mi firma. El segundo es para el obispo. Pronto vendrá una delegación papal, y el obispo

ratificará el poder de los dominicos. Hay que convencer a Von Knepper para que cambie el texto.

Volví a pedirle que no me mandara a París. Tenía miedo y sólo aspiraba a un sencillo puesto en Ferney.

—Viajaré con nombre falso. No tengo a nadie más para enviar. Wagnière está viejo, cada excursión que hace a un ala distante del castillo lo saludo con lágrimas porque no sé si va a volver con vida. No le pido que lo haga por honor, o para defender las ideas que quizás no comparte; sólo le pido que obedezca al sentimiento universal de la codicia. Su cargo será, de aquí en adelante, calígrafo oficial de Ferney, y su sueldo aumentará en proporción.

Puse peligros y dinero en una balanza imaginaria que se inclinaba hacia el lado de la precaución. Pero luego pensé en Clarissa, que era de cotidiano tan ausente, que el solo hecho de estar lejos la volvía más próxima. Pedí como última condición un taller donde fabricar tintas y el derecho a venderlas.

—Puede ser un buen negocio —dijo Voltaire—. Si les vendimos relojes a los turcos, ¿cómo no venderemos tintas a los franceses?

Redacté un contrato, porque Voltaire era viejo y de memoria frágil y podía morir mientras durara mi viaje. Firmó el pacto con un gesto de reproche, como si lo decepcionara mi desconfianza por su palabra, su memoria y su salud. En una semana yo debería partir hacia París. Durante ese tiempo, se encerraría a corregir los mensajes que yo debía llevar. Y durante esos días, mientras yo me negaba a salir de la cama y a pensar en el viaje futuro, él se levantaba bien temprano, de un salto, y a veces hasta daba unos pasos de baile antes de ponerse a escribir, como si oyera, desde alguna parte, una música secreta. No era la música de los planetas, no era el descubrimiento de alguna armonía escondida en la naturaleza; era el ruido del mundo lo que lo hacía bailar.

LIBELO ANÓNIMO

Se terminó el descanso y volví a mi oficio de escribir, pero no con plumas y tinta, sino con mis pasos y el polvo de los caminos. Apenas llegué a París busqué la casa del impresor Hesdin, que ya había trabajado otras veces para Voltaire. Tenía la dirección escrita en un papel que la lluvia había desteñido, y del nombre de la calle quedaban vagos trazos azules. Pero como casi todos los impresores vivían en el barrio de los Cordeliers, y Hesdin era bien conocido, pronto encontré su taller, a pocos metros del Teatro Francés.

Di un paseo antes de entrar, porque me rodeaba gente de aspecto sospechoso, y me pregunté si el abad Mazy no había advertido mi llegada a París. Pero no era a mí a quien buscaban aquellos hombres embozados que acechaban desde las esquinas y los umbrales. Había tantos escritores de tragedias en París, que los teatros les habían prohibido la entrada, ya que tenían textos suficientes como para representar hasta los últimos días del siglo. Los nuevos trágicos rondaban cerca de las salas, a la espera de una oportunidad para invadir el teatro. Una vez adentro se escondían hasta el momento de caer sobre el director de escena o el jefe de compañía. Algunos amenazaban con suicidarse si no obtenían una lectura inmediata. En su momento no me pareció que aquél fuera un problema importante, pero ahora, a la distancia, creo que ahí estaba el fermento de todo lo que ocurrió después. Las cabezas de la Revolución eran, en su mayoría, escritores frustrados, y fueron sus envidias literarias y sus fracasos para llegar a escena lo que llevó al reinado del Terror.

En el taller del impresor, un ayudante hacía girar la manivela de la prensa. Cuando pregunté por Hesdin me guió hacia el fondo del taller, donde un hombre de cabello blanco pintaba letras de oro en la portada de un volumen. Lo rodeaban columnas de libros listos para caer sobre él.

—¿De dónde viene? —me preguntó—. Una nube de polvo parece seguirlo.

—Vengo de Ferney, señor.

—Entonces además del polvo lo siguen los problemas.

La única silla que había estaba ocupada por libros, que Hesdin tiró al suelo. Me agaché a recoger un ejemplar de *Varietades de caligrafía*, de Jacques Ventuil, ilustrado con doce láminas de Moreau el Joven.

—¿Le interesa ese libro?

—Soy calígrafo.

—Me hará un favor si se lo lleva. Vendí sólo treinta y siete ejemplares. Los libros quemados dejan mejores recuerdos que los que son un fracaso absoluto. Al menos no ocupan lugar en los depósitos. Fíjese bien, caracteres de Baskerville, la tipografía que recuerda lejanamente el movimiento de la mano humana. Baskerville fue calígrafo antes de dedicarse a la imprenta, y no quiso olvidarse de su viejo oficio.

Dejó de pintar para ir en busca de una jarra de vino y una tabla con queso y pan. Me había propuesto comer con lentitud para poder intercalar alguna frase amable de tanto en tanto, pero devoré los alimentos sin poder decir palabra. Mientras tanto, Hesdin hablaba solo.

—En la página 108 se cuenta que cierto calígrafo chino recibió la orden de pasar en limpio un largo poema que sostenía la imperfección de la caligrafía. Era un encargo hecho por el palacio, y el calígrafo sentía sobre sus hombros una grave responsabilidad. Si dedicaba toda su habilidad a la tarea, sería evidente el contraste manifiesto entre la tesis del poema y su transcripción. Y habría cometido el pecado de hacer brillar el arte de la caligrafía por sobre el de la poesía. Pero si decidía echar a temblar sus trazos y crear artificiales imperfecciones, corría el riesgo de ser desplazado de su cargo de calígrafo del palacio. Frente al blanco del papel, con el pincel en la mano, el calígrafo pensó y pensó, hasta que encontró la respuesta. Trazó los ideogramas más bellos que había hecho nunca, pero al llegar al complejo símbolo que significa *caligrafía*, hizo palidecer el trazo, como si el calígrafo, en medio de la lectura del poema, convencido por el poeta, hubiera caído en la duda. Así logró el favor del emperador.

Hesdin se quedó en silencio, a la espera de que yo terminara de tragar y explicara a qué había venido. Busqué una bolsa secreta que llevaba bajo la camisa y saqué el manuscrito, pasado en limpio a partir de los trazos indescifrables de Voltaire. Hesdin dio un largo suspiro.

—¿Y con qué firma lo hemos de publicar?

—Sin firma.

—Las firmas pueden ser falsas y no sabemos nunca de dónde vienen. Los anónimos, en cambio, están libres de toda sospecha: sus autores se adivinan de inmediato.

Leyó el relato en voz alta, mientras yo daba cuenta de las últimas migas y gotas de vino. En el momento en que la transcribí, la historia me había parecido inocente, y apenas le había prestado atención: era un capricho de Voltaire, una muestra de su confianza excesiva en el poder de las palabras. Pero Hesdin la leía con aire de misterio, como si estuviera llena de interrogaciones y secretos. Con el paso de los años el relato se perdió, porque Hesdin, por temor, hizo una tirada de pocos ejemplares, de los que no quedó ninguno, y que los setenta volúmenes de la edición de Kehl no recogieron. Sólo permanecen, en mis recuerdos, algunas sombras de ese relato, que transcribo con torpeza, con el único fin de que puedan entenderse los hechos posteriores.

EL MENSAJE DEL ARZOBISPO

A principios del siglo XVI el sacerdote Piero De Lucca encontró en la

biblioteca del monasterio donde vivía el tomo quinto de la *Alquimia mecánica* de Johannes Trassis. Los otros cuatro tomos se habían perdido un siglo antes. Cuando terminó de leer el manuscrito —que sabía prohibido— De Lucca comenzó a construir en los sótanos del monasterio una criatura de metal y madera.

Trabajó un año entero en absoluto secreto. Se hizo fama de solitario entre los otros sacerdotes. Cuando estuvo terminada, la criatura aprendió a caminar y a balbucear, con voz monótona y metálica, algunas palabras en un latín puro. Daba algunas respuestas simples, pero cuando la pregunta lo llevaba más allá de su capacidad, respondía: «Sobre esa cuestión no tengo ninguna certeza».

De Lucca quedó maravillado con su obra. Durante meses no había pensado en otra cosa que en su construcción, pero ahora, al final de la tarea, reparó en su orgullo y se preguntó si no había sido un instrumento del Maligno. Decidió preguntar a la criatura, y ésta, como tantas otras veces, le respondió: «Sobre esa cuestión no tengo ninguna certeza».

El sacerdote decidió consultar a una autoridad superior. Envió a la criatura rumbo a Milán, con una carta para el arzobispo. En la carta le suplicaba que estudiara atentamente al mensajero y le respondiera sobre su naturaleza.

Pasaron los años sin noticias del arzobispo. El sacerdote pensaba a veces en su criatura con nostalgia, y se preguntaba dónde estaría: si cumplía la vida de un hombre común, si estaba deshecha en el fondo de un río, si la habían quemado por hereje. Hubiera podido enseñarle muchas cosas, pero lo contuvo su necesidad de saber si había obrado bien o mal. Y así se condenó a la espera de una respuesta.

Ya viejo y enfermo, Piero De Lucca consultó a su superior del monasterio sobre el dilema; éste le respondió que viajara de inmediato a Milán, para no correr el riesgo de morir en la duda y el pecado.

Tres arzobispos se habían sucedido desde entonces (uno de ellos murió envenenado); sin embargo, De Lucca tenía la esperanza de encontrar, en la ciudad subterránea que formaban los archivos, una respuesta.

Piero De Lucca hizo el viaje. Tenía más de ochenta años y llegó agotado. Le dieron un pequeño cuarto vecino a la catedral. Cuando llegó el momento de la entrevista con el nuevo arzobispo, De Lucca estaba tan débil que no podía levantarse de la cama.

Le dolía morir sin una respuesta. Al ver su estado y su inquietud, los otros sacerdotes intercedieron ante el arzobispo para que lo visitara en su cuarto.

Piero De Lucca agonizaba cuando el arzobispo entró en el cuarto

diminuto. El sacerdote contó, con interrupciones, repeticiones y olvidos, la historia que lo había llevado hasta la oscuridad de ese cuarto. Suplicó una respuesta a su antigua pregunta. La contestación le llegó al mismo tiempo que la muerte. Oyó la voz del arzobispo: «Sobre esa cuestión no tengo ninguna certeza».

—Hubiera preferido que el autor ubicara la acción en algún palacio oriental, con un califa o un mandarín en lugar del arzobispo —dijo Hesdin—. Los egipcios, los árabes y los chinos nunca vienen a quejarse.

—Es una fantasía. Automatas, magia, nada real.

—Tampoco yo veo nada de malo, pero eso no quiere decir nada. Nuestro oficio nos acostumbra a leer todo al revés. Sólo cuando los libros convocan el escándalo y la hoguera, los impresores nos damos cuenta de lo que hemos publicado. En fin, déjeme el texto. Algún día lo habré comprendido. Nunca se lee mejor un libro que a la luz de las llamas.

LA MÁQUINA HUMANA

Tomé un cuarto en la Posada del Pez, bajo un nombre falso. Dormí quince horas y al despertar me puse a pensar en mi futuro. Durante mi viaje a París había sido fácil trazar planes y tomar decisiones firmes; las ciudades a lo lejos son como pueblos de juguete, donde todo es fácil, cercano y posible. Pero al llegar a París recordé que sólo de obstáculos están hechas las ciudades.

Había un solo modo de obligar a Von Knepper a que cambiara el mensaje: tenía que apoderarme de Clarissa. Con la cara cubierta por capa y sombrero, llegué hasta la casa para espiar los movimientos de sus habitantes. Había marcas de deterioro en las paredes y las ventanas, y la casa parecía envejecer ante mi mirada; unos minutos más y asistiría a su derrumbe. Mis ojos estaban cansados, y cansaban también todo lo que veían. Esperaba ansioso que Von Knepper saliera, reclamado por alguna obligación urgente. Pero el inventor, ya terminadas las citas con el obispo en el mausoleo, no tenía motivos para moverse de su hogar. Todo lo que le hacía falta lo escondían esas paredes.

Para pensar, Von Knepper necesitaba el encierro y la obsesión; a mí me bastaban las largas caminatas y las pequeñas distracciones. En cada conversación oída al pasar encontraba algo de interés, cada cartel de la calle me obligaba a detenerme. En todas partes me rodeaban palabras, y a todas prestaba atención, como si la ciudad entera fuese un libro enorme donde pudiera encontrar la inspiración de mis movimientos futuros. Así, al leer las palabras que venían hacia mí sin métrica y sin rima, encontré en una pared el anuncio de una subasta de libros.

Se ponían en venta algunos de los ejemplares del coleccionista Tramont, cuya voracidad por los libros era tal que rivalizaba con la del mismo duque de La Valliere. Era tan enorme su biblioteca que de vez en cuando Tramont se veía obligado a desprenderse de libros repetidos o que habían perdido ya todo interés para él, para no bloquear habitaciones y pasillos de su casa. Al pie del anuncio figuraba una lista de los volúmenes más importantes del lote: en tercer lugar había un ejemplar de *La máquina humana* de Granville. Era un libro en extremo difícil de conseguir. Fabres, el maestro de Von Knepper, afirmó toda su vida que no había prueba alguna de la existencia del tratado de Granville. Puedo asegurar que sí existía, que vi sus páginas y sus grabados, y más aún, que vi cómo un ejemplar se hundía en las aguas del Sena.

Arranqué un anuncio de la pared y lo dejé bajo la puerta de Von Knepper. Que la suerte se ocupara del resto.

Tuve que esperar cinco días, hasta que llegó el momento de la subasta. Casi a la hora prevista para la reunión —como si hubiera estado hasta último momento vacilando entre ir o no ir— Von Knepper echó a caminar hacia la casa del coleccionista Tramont. Pasó a mi lado y no me reconoció: todo lo que le importaba

estaba atrás o en el porvenir, y lo que encontraba en el camino pertenecía a la vulgar materia del presente. Dejé pasar unos minutos, por si Von Knepper se arrepentía, y luego enfrenté la casa.

Llevaba dinero suficiente como para comprar a la criada; apenas me abrió la puerta pregunté por Clarissa.

—Es usted quien debería saber dónde está —dijo la mujer.

—¿Por qué yo?

—El señor Laghi me dijo que usted se la llevó. Hace seis días que no sabemos nada de ella.

No creí en la desaparición de Clarissa y avancé hacia el fondo. La criada no se molestó en detenerme: no había nadie a quien cuidar.

—¿Cómo desapareció? ¿Se la llevaron a la fuerza?

—Fue en medio de la noche. Si no la secuestró usted, entonces la niña se fue sola, cansada de los cuidados de su padre. Desde que no está, el señor Laghi no puede dormir; durante la noche entera oigo sus pasos, de una punta a otra del cuarto. Todo el tiempo repite lo mismo: *Sé mucho de máquinas y nada de personas.*

La subasta se había retrasado, y cuando llegué acababa de comenzar. Los libros se acumulaban en grandes columnas tambaleantes. Como la pasión por los ejemplares antiguos se había extendido entre los grandes señores, resultaba conveniente que los libros lucieran verdaderamente viejos. Era bien sabido que un mes antes de una subasta importante, se dejaba a los libros encerrados en un baúl junto a arañas amazónicas, para que los envolvieran en abundante tela alrededor de los volúmenes. Nunca se limpiaban los volúmenes; el polvo acumulado atestiguaba la antigüedad del tesoro. No bastaba la fecha escrita en el pie de imprenta: a los coleccionistas les agradaba sentir que el libro había sido arrancado del olvido un segundo antes de pasar a sus manos. Así, cada vez que el oficiante de la subasta mostraba un libro a su público, una nube de polvo invadía la sala, y arrancaba toses y estornudos en las primeras filas.

En el salón de la casa Tramont se habían reunido los grandes coleccionistas de París, además de intermediarios de Amberes y Bruselas, que buscaban confundirse con los otros. Algunos coleccionistas permanecían aislados, pero la mayoría se reunía en grupos de a dos o tres. Aunque desde afuera parecían los miembros de una familia, entre ellos se miraban con desconfianza: pertenecían a religiones rivales y lo que unos consideraban artículo de fe era para otros herejía. Quienes elegían los libros por sus encuadernaciones se reían de los que buscaban los caracteres elzevirianos o romanos; los especialistas en tipografía no comprendían el gusto de los otros por las viñetas y los grabados en bronce. Los académicos, en busca de los clásicos latinos, despreciaban el gusto por los rasgos materiales de los libros y aspiraban a volúmenes que fueran puro espíritu.

El oficiante de la subasta había dejado entre los últimos ejemplares *La máquina humana* de Granville. Para ese entonces, la mitad de los compradores ya se había marchado. Un librero del Pont-Neuf hizo una oferta irrisoria. Von Knepper levantó la mano, y su gesto encontró una débil réplica en el otro. El juego continuó apenas durante tres o cuatro cifras, y a Von Knepper le fue fácil y barato quedarse con el libro. Su valor bibliográfico era nulo, porque había sufrido una nueva encuadernación. Sólo podía interesar por su rareza.

Me senté al lado de Von Knepper, que sostenía sin fuerzas el libro que acababa de comprar. Ahora que lo tenía en sus manos había perdido todo interés. Al descubrirme, no se reflejó en su cara el odio que yo esperaba sino algo peor: la esperanza. Había dejado de ser un hombre temible, era un viejo que pedía perdón sin saber por qué. Los últimos días le habían enseñado el tono perfecto de la súplica:

—¿Dónde está mi hija?

—No lo sé. Usted sabe bien que tuve que huir de la ciudad.

—¿Y si no fue usted, entonces quién?

—¿La gente del abad?

—Me tienen en sus manos, sin necesidad de mi hija. Además ella se fue por su voluntad. Ahora puede estar en cualquier punto de la ciudad. No sabe nada de la vida, no sabe trabajar. ¿Cómo ha de sobrevivir?

La subasta había terminado. Los coleccionistas se despedían con el tesoro en sus manos. Yo salí tras Von Knepper.

—Voy a buscar a su hija.

—Y si la encuentra, ¿cuál es el precio?

—¿Le preocupa el precio? Pensé que ahora sólo le importaría Clarissa.

—No aceptaré que el precio por hallar a mi hija sea darle a mi hija. No hago esa clase de negocios. A lo sumo, y si me tiene paciencia, puedo fabricar una réplica.

—Ahora voy a buscarla. Después, más adelante, hablaremos del precio.

Habíamos llegado al Sena. A la luz de la luna Von Knepper hojeó el libro, se detuvo en los grabados, estudió la encuadernación.

—Al menos lo guié a una buena compra —le dije, a modo de despedida.

—¿Este libro? Lo conozco de memoria. No me interesa en absoluto.

—¿Por qué pagó por él?

—Para destruirlo. Lo que menos necesita un fabricante de autómatas es que esta clase de conocimiento vaya circulando por ahí. Hay que mantener las cosas en secreto.

Arrojó el libro al agua, tan lejos como pudo.

LA HALIFAX

Busqué a Kolm en los tribunales según el método acostumbrado de dejar un mensaje en la canasta que luego se perdía en las alturas. Bajó hacia mí un papel arrugado donde me citaba la noche siguiente en una de las aulas de la Escuela de Medicina.

Nadie me detuvo ni en la puerta de reja ni entre las columnas. Caminé por un pasillo que empezaba en una penumbra leve y terminaba en la absoluta oscuridad. A mitad de camino, al pie de una escalera, me esperaba Kolm. Lo rodeaban grandes retratos de médicos célebres y él mismo, a pesar de las manchas pardas de su guardapolvo, parecía contagiado de posteridad.

Me hizo una señal de silencio y lo seguí, a través de escaleras y pasillos, hasta una sala donde se amontonaban frascos oscuros, esculturas de cera que representaban cortes anatómicos del cerebro y esqueletos envueltos en telarañas.

Kolm se sentó frente a una larga mesa, sobre la que se extendían decenas de láminas amarillentas, con los trazados minuciosos a los que nos había acostumbrado la Enciclopedia. Pero éstos eran planos antiguos, con los bordes y pliegues quemados por el tiempo. Dibujos de máquinas detalladas hasta la obsesión, cuyo propósito no podía adivinarse sin un largo examen.

Kolm, inclinado sobre los planos, atento al estudio y la lectura, estaba tan cambiado que parecía un impostor.

—¿Por qué me citó en este lugar y no en la plaza? ¿Qué está haciendo en la Escuela de Medicina, con esos planos viejos?

—Separados corremos peligro, pero juntos ya somos cadáver. Aquí, en esta sala, podemos hablar tranquilos, sin que nadie nos vea, lejos de las maquinaciones del abad Mazy. Mire lo que nos rodea: cosas viejas y olvidadas. Si uno se esconde entre ellas, también queda en el olvido.

—Me sorprende que lo dejen estar aquí. Usted no es médico ni estudiante.

—Uno de los maestros de la escuela me ha encargado una tarea que nadie más podría cumplir. Quiere terminar con las ejecuciones que se convierten en tormentos, a causa de malos verdugos. Por eso busca una máquina tan perfecta como el mejor ejecutor, que quite la vida sin arrancar lágrimas ni gritos.

Me acerqué a los planos y comencé a comprender. Una espada, cuyo peso era agravado por una empuñadura exagerada, se deslizaba sobre rieles verticales...

—... hasta atravesar la médula del condenado —explicó Kolm con un tono doctoral que no le conocía—. La inventó un ingeniero húngaro, y la probó con su esposa. Dijo que había sido un accidente, pero no le creyeron y terminaron ejecutándolo con el mismo método. Nunca volvió a usarse.

Kolm buscó una lámina debajo de las otras.

—Mire esta otra. El detenido está encerrado en una armadura de metal. Parece un

guerrero que espera un combate: le toca luchar contra el cielo. La armadura recibe una descarga eléctrica a través de una cometa que navega entre relámpagos. La muerte es segura y veloz, pero la tormenta no.

En otro de los dibujos un hacha gigantesca se balanceaba como un péndulo sobre la víctima, que en el plano era una mujer cuya cabellera negra parecía tener vida propia. Un segundo dibujo mostraba a la víctima sin cabeza.

—Un modelo español que usó la Inquisición en el siglo XVI. Por pesada que sea el hacha, al cortar de sesgo difícilmente alcance a seccionar del todo la cabeza. Ahora le mostraré mi máquina favorita.

No era un plano esta vez, sino un grabado antiguo, que mostraba una máquina de estructura simple, apenas dos rieles por los que bajaba, desde lo alto, una cuchilla.

—La máquina Halifax, usada en Inglaterra en el siglo XVI, al parecer con excelentes resultados. Ya estoy casi decidido por este modelo. No me será difícil construirla: sólo hacen falta maderas y una cuchilla, y el plomo suficiente para asegurar que baje con velocidad y fuerza. Si funciona, ya no se necesitarán verdugos: cualquiera podrá matar. Es una lástima: los viejos verdugos, con nuestros conocimientos y nuestras costumbres, desapareceremos para siempre, reemplazados por oficinistas que sólo deberán tirar de una soga. Nos olvidarán, como a los calígrafos.

Kolm ya buscaba nuevos planos para mostrarme; era urgente detener las explicaciones que faltaban.

—No vine en busca de inventos fatales, sino de consejo. Clarissa Von Knepper ha desaparecido. Le aseguré al padre que la encontraría.

—¿Y por qué le prometió eso?

—Tengo cierto encargo por cumplir y sólo él puede ayudarme.

—¿El obispo de nuevo? Mejor entonces que no la encuentre.

Kolm buscó detrás de una estatua de Hipócrates, entre frascos con preparados anatómicos, una botella de licor, que puso frente a mí. Era un licor dulzón y fuerte a la vez.

—Beba y olvide. Su trabajo es insalubre, y yo necesito un ayudante. Le prometí al doctor que en pocos días tendrá su máquina.

—¿Y con qué la probará?

—En la Escuela de Medicina no faltan voluntarios.

—No puedo ayudarlo con su máquina. Vengo desde lejos a terminar un trabajo.

—Un trabajo que lo terminará a usted. Si eso es lo que elige... Tenga en cuenta que este médico paga bien y no tiene, por ahora, enemigos de importancia. Su patrón, ese Voltaire, en cambio...

Con un gesto de decepción, Kolm volvió a sus planos, y entre ellos apareció un mapa.

—Esto no es una máquina, es París —le dije.

La ciudad era tan grande, tan abarrotada de calles y de nombres, que no parecía posible encontrar en esa vastedad algo tan pequeño: una mujer.

—También la ciudad fue usada como máquina de ejecución, por una cofradía de herejes vinculados al contrabando, que se llamaban a sí mismos los siracusanos. Cuando sospechaban que un miembro estaba por abandonar la secta, lo condenaban a muerte, pero consideraban siempre que era la ciudad la que tenía la última palabra. Uno de sus miembros cumplía el rol de verdugo. Esperaba en una habitación hasta la medianoche. Al condenado, que nada sabía de su ejecución, se lo obligaba a atravesar la ciudad y llegar hasta el cuarto elegido. Si el tramo se cumplía sin problemas, el condenado llegaba a la habitación creyendo que había alcanzado la meta y el perdón, y el verdugo lo ejecutaba con una espada normanda, apenas abría la puerta. Pero si la ciudad con su tráfico y sus inconvenientes detenía al condenado, lo desviaba, y lo retrasaba, entonces se salvaba.

Palacios, puentes, iglesias, cementerios. Mi dedo recorría en segundos con igual facilidad una calle tranquila que otra donde me hubieran matado con sólo pisarla.

—¿Dónde podría esconderse en esta ciudad una muchacha sola?

—¿Insiste en buscarla? Ya tuvo que escapar una vez. Quizás también a usted lo espera, como a las víctimas de los siracusanos, un verdugo en una habitación a oscuras.

Pasado un tiempo, el licor empezó a darme ánimos. Hacía más simple el plano de la ciudad, borraba calles y barrios enteros. Bastaba asomarse a cualquier esquina para ver a Clarissa, y salvarla, y salvarme.

—Búsquela en los conventos —aconsejó Kolm.

—Estoy seguro de que no eligió ese destino. Ya sufrió demasiado encierro.

—¿Qué sabe hacer la hija de Von Knepper?

—Nada, absolutamente nada —Pensé mejor y corregí—: Sabe hacer una sola cosa. Estar quieta.

La mano de Kolm, que sostenía la botella casi vacía, señaló a Hipócrates.

—Entonces consulte a las estatuas. Conocen el secreto.

LA VIDA DE LAS ESTATUAS

En los sótanos de la Academia de Artes se reunían los martes a la mañana los modelos en busca de trabajo. Tres grandes estufas de hierro intentaban en vano calentar los ambientes, cuyo frío parecía venir no tanto del exterior como de las estatuas abandonadas en la oscuridad. Aquellas esculturas, alguna vez exhibidas con orgullo y luego convertidas en incómodos obstáculos, eran empujadas por los caprichos del arte hacia el mundo subterráneo. De vez en cuando venía una expedición: críticos o artistas decidían rescatar un viejo estilo, o un autor olvidado, y arcángeles, madonnas o dioses griegos subían a la superficie.

Las muchachas más jóvenes venían del campo o del extranjero y su cuerpo, lejos de afirmar convicción alguna en su nuevo trabajo, parecía curvarse en una interrogación. Se desvestían cerca del resplandor rojo de las grandes estufas. Había un biombo chino, de laca roja y paneles de seda, que nadie se preocupaba por usar, porque sus dibujos parecían convertirlo en un objeto mucho más indecente que la misma desnudez.

Había logrado confundirme con los artistas que acudían a los sótanos para buscar modelos. Las muchachas mostraban sus formas, a veces opulentas y otras angulosas, y los artistas juzgaban y proponían un trato. Si el jornal era aceptado, las muchachas se iban tras los pintores.

Casi todos los visitantes tenían alguna rareza en la ropa que los hacía parecer extranjeros, excepto los extranjeros, que se esforzaban por parecer parisinos. Al principio bajaban las escaleras silenciosos y aislados, pero pronto comenzaban a conversar animadamente entre sí y algunas veces con las muchachas. Con cierta jactancia hablaban de sus últimos encargos: un camafeo apenas musitado, una virgen para una capilla pronunciada a viva voz, un retrato de cierta condesa proclamado a los gritos. Los que tenían dinero cerraban pronto el acuerdo y partían con la mujer elegida; los otros, vencidos, criticaban en voz baja a las mujeres que ya empezaban a vestirse.

—No necesito una modelo demasiado imponente. Tiene que ser una especie de boceto del cuadro; le debe faltar un poco de definición —decía uno que parecía extremadamente joven, casi un niño, vestido con toda la ropa que había encontrado a su paso.

—¿Quiere a la modelo un poco borrosa, como cuando está borracho? ¡Ese es un efecto fácil de conseguir, mi joven Arsit! —dijo su amigo, un hombre alto, de manos gigantescas, que mientras hablaba tomaba bocetos con disimulo. Aprovechaba así a las modelos sin pagar una moneda, pero sus manos eran tan grandes que era imposible ignorarlo—. Mire aquélla, con esos cabellos rojos, ideal para una Gorgona.

—El año pasado venían mejor alimentadas, Gravelot.

—El año pasado usted no había nacido.

Arsit no le hizo caso y trató de hacer más gruesa su voz:

—No saben estarse quietas. ¿Advierte los movimientos, Gravelot? Qué diría Mattioli si estuviera aquí.

Pregunté quién era Mattioli.

—Guido Mattioli, el escultor. ¿No ha oído hablar de él? ¿De dónde viene usted? —se escandalizó el niño—. Tendría que leer su libro *La vida de las estatuas*, en vez de estar aquí muerto de frío. Hasta no haber leído ese libro, no entenderá nada de las modelos. Mattioli es terriblemente exigente a la hora de elegir sus musas: no soporta que hagan el menor movimiento.

—Para ponerlas a prueba, unta sus pechos con miel y libera un enjambre de abejas: la modelo verdadera debe ser capaz de permanecer indiferente —dijo Gravelot sin dejar de bocetar. Las últimas mujeres se habían dado cuenta de la estrategia y ya se vestían con apuro.

—Antes de trabajar en la escultura, la mujer misma debe ser una estatua —explicó Arsit—. En su libro Mattioli escribe: hay que arrancar a la estatua que hay en la mujer para luego arrancar a la mujer que se esconde en el mármol.

—¿Dónde puedo encontrar a Mattioli? —pregunté.

—¿Quiere tomar clases con él? No da clases.

El pintor niño sonrió con superioridad. Le gustaba estar al tanto de cosas que los demás ignoraban.

—Me bastaría con verlo trabajar.

—Yo no lo he visto nunca, pero dicen que habita una casa al fondo de la Rue des Cendres. Cada tanto se organizan procesiones de artistas: todos marchan de aquí caminando, lo miran trabajar a través de una ventana, sin atreverse a golpear a su puerta, y después se dispersan. ¿Cuántas veces ha ido a verlo, Gravelot?

—Tres veces. La primera, Mattioli nos tiró agua, la segunda piedras y la última una rata muerta.

—¿Y usted, Arsit, no ha tenido ganas de verlo con sus propios ojos?

—Acepte un consejo —me respondió el pintor niño con gravedad—. Si tiene un ideal, déjelo allí donde no lo pueda alcanzar.

Éramos los últimos. Gravelot, manos y pies gigantescos, subía pesadamente la escalera. Arsit se quedó atrás.

—¿Y usted? ¿No viene con nosotros? —pregunté.

No me contestó: dio vuelta la cabeza y se perdió entre un león y una virgen que extendían sus brazos vacíos.

Gravelot me tomó del brazo.

—Déjelo tranquilo, Arsit vive aquí. Lo abandonaron cuando era un bebé y se crió entre las estatuas. Muy de vez en cuando sale a la superficie. A veces le llevo un plato

de comida y se lo dejó en la escalera, como si fuera un gatito. Cada martes tiemblo al bajar los escalones, porque pienso que lo encontraré tan frío como todo lo que lo rodea. Nunca pintó ni esculpió nada, pero vive para el arte.

Afuera de ese mundo de estatuas, París no detenía su movimiento. Las calles estaban llenas de transeúntes que cambiaban constantemente de dirección, como si hubieran recordado de pronto un encargo pendiente; los árboles se agitaban aunque no corriera viento y las casas mismas no se estaban quietas y temblaban con el paso de los carros. Sin embargo, a medida que me acercaba a la Rue de Cendres (debía su nombre a una vieja fábrica de ladrillos, que en otros tiempos la cubría de hollín, la gente desaparecía, y todo era gris, quieto y vacío. Pasé junto a un mendigo muerto y un caballo dormido. En el fondo de la calle, la casa de Mattioli era uno de esos edificios que vemos en los sueños y cuyo interior no llegamos a conocer, porque despertamos apenas tocamos a la puerta.

Encontré a ras del piso una ventana. Me tendí sobre las piedras y vi a través del vidrio sucio el lugar de trabajo de Mattioli. Las herramientas estaban en el suelo; en el fondo había un biombo dorado. Todo el piso estaba cubierto de bocetos que repetían las formas de la modelo. El escultor trabajaba en un bloque de mármol al que ya había convertido en la sombra de una mujer.

A un lado, perfecta, más perfecta aún que la lejana réplica hecha por su padre, estaba Clarissa, desnuda y blanca. Sostenía con firmeza una lanza que apoyaba en el suelo y un casco dorado. Estaba tan quieta que en contraste la otra, nacida en el mármol, parecía vivir.

UNA HOJA EN BLANCO

Von Knepper se inclinaba sobre un delicado mecanismo. Parecía un instrumento de música: clavijas de cristal tensaban cuerdas muy delgadas que sonaban al menor roce.

—Deberíamos encontrar otro camino para hacer hablar a los autómatas. La voz humana, con su sistema de cuerdas, es extremadamente difícil de controlar. La más ligera imperfección y empieza a sonar la melodía de lo inanimado. Llegará un día en que me rendiré a la magia. He leído que Hermes Trimegisto sabía cómo fabricar una estatua tan perfecta que en ella la vida fuera inevitable.

—Una estatua que cobra vida también debería perderla.

—Quizás los magos egipcios llegaron a ver enfermar y morir a sus estatuas y abandonaron para siempre el método. Quién sabe: las criaturas volvían a ser de nuevo estatuas, pero abominables; o se convertían en montones de astillas de mármol.

Tomé de la mesa una mano y probé su funcionamiento. Los huesos eran de madera negra y las articulaciones de oro.

—Encontré a Clarissa —dije sin énfasis.

Las manos de Von Knepper saltaron a mi cuello, mientras pronunciaba el nombre de su hija, como si el nombre mismo fuera una amenaza. Me apretaban la garganta con rigor profesional y en vano yo buscaba el aire que me permitiera decir una palabra. En medio de la lucha caímos sobre la mesa de trabajo. El arpa diminuta, futura garganta, cayó al suelo, y sonó de un modo extraño, como el llanto de un animal. Obediente a esa súplica, Von Knepper me liberó. Me refugié en un rincón del cuarto.

—No está en mi poder, pero sé dónde se esconde. Yo mismo la he visto. Hoy la llevaré a un lugar seguro.

—¿Y cree que me voy a pasar las horas aquí sin hacer nada, mientras usted...?

—Sin hacer nada no: tengo un trabajo para usted.

Saqué de mi bolsillo un papel arrugado. Los informes que cambian la historia de los países, los documentos secretos que destinan para unos tronos y patíbulos para otros, no son papeles encerrados en cartapacios y abarrotados de sellos. Son hojas arrugadas, mojadas por la lluvia, que alguien insignificante lleva en el fondo del bolsillo, junto a monedas, un cortaplumas y algún trozo de pan.

—Éste es el texto que debe escribir el Obispo. Pasado mañana los tres enviados de Roma se reunirán con él.

—Ya sabía del encuentro. Recibí la orden para hacer los últimos ajustes.

—Esos ajustes están escritos aquí.

Leyó el papel.

—Usted está loco. Si el obispo escribe eso, su cráneo servirá de tintero y mi sangre de tinta.

—Conozco los peligros, pero no tiene otra forma de volver a encontrarse con su hija.

Von Knepper, desalentado, leía una y otra vez el mensaje. Acaso no fue su hija lo que lo decidió, sino el mensaje mismo: al fin y al cabo decía la verdad.

—Una vez que el nuevo texto haya sido escrito, no podrá volver a esta casa. Al menos mientras continúe el poder de Mazy.

—Tengo donde esconderme. Pasé la vida bajo nombres falsos, en casas alquiladas por tres meses. ¿Y mi hija?

Le tendí una hoja en blanco.

—Está aquí.

Dio vuelta la hoja y al ver que ese lado también estaba vacío me la tiró en la cara. Se la devolví.

—Es tinta invisible. En poco más de cuarenta horas aparecerá el mensaje, sin necesidad de que haga nada. Olvídese de pasarle azufre, alcohol, salitre o cualquier otra cosa que se le ocurra, porque entonces no encontrará más que una mancha ilegible. Cumpla con su promesa, y el secreto se hará visible.

Al dejar la casa de Von Knepper caminé hacia el Sena y pregunté en una librería en voz baja por *El mensaje del arzobispo*.

—No me queda ninguno —dijo el librero. Era difícil saber si decía la verdad o si temía que yo fuera un inspector de la justicia.

El primer mensaje de Voltaire ya estaba impreso, y pasaba de mano en mano por la ciudad. El segundo pronto sería grabado en una placa de hierro para llenar con treinta y nueve palabras la memoria del obispo.

CINCEL Y MARTILLO

En el estudio de Mattioli había dos estatuas. Una repetía los rasgos de Clarissa; la otra estaba cubierta por un lienzo gris. Mattioli se había derrumbado sobre una silla; una camisa remendada aumentaba la derrota de sus gestos. Kolm sostenía el cincel y el martillo a la altura de los hombros de la estatua, y daba ligeros golpes, que sacaban al mármol astillas y polvo.

—¿Dónde está?

—Trabajó para mí, pero se fue sin avisarme.

Kolm dio un nuevo golpe, esta vez más fuerte. Había comenzado a trabajar en los bordes del bloque, pero ahora se acercaba al rostro ya definido de la estatua.

—Jamás hice algo como esa cabeza. La muchacha se fue, y lo único que tengo de ella es lo que está allí.

Kolm parecía haber olvidado que el motivo de su trabajo era la amenaza, y se había entusiasmado con las herramientas. Me asustaba un poco, pero decidí aprovechar el miedo que despertaba el verdugo:

—Dicen que en cada bloque de mármol hay un punto secreto del que depende la vida de la piedra. Si se golpea allí, la piedra se parte. ¿Cuánto tardará mi amigo en encontrarlo?

Kolm dirigió el golpe hacia el invisible corazón de la estatua. Me sobresalté, pensando que esta vez la ejecución sería completa. Mattioli no se inmutó. Habló con ese aire de sensatez que conservan quienes han ganado o perdido todo.

—Tuve muchos modelos, pero ninguna estaba lo bastante quieta. Esas manos que se levantaban para espantar una mosca, esos ojos que buscaban quien sabe qué en la ventana. El aburrimiento, los nervios, el cansancio. Ellas creían que estaban quietas, pero yo notaba la danza silenciosa, primero el pie, luego el codo, y, cuando la desnudez las perturbaba, la respiración agitada o los latidos fuera de compás. Pero entonces la encontré, en el sótano de la academia, mezclada entre las otras. Mis colegas, esos muertos de hambre, no la vieron, porque no saben mirar. Durante años había estado buscándola, y hasta escribí un libro para celebrar su ausencia. Y de pronto apareció.

También nosotros habíamos buscado a Clarissa, recorriendo toda la casa, aun el sótano y el altillo. Era una construcción difícil de atravesar, porque no solamente bloqueaban el camino las pinturas y las esculturas sin terminar sino también instrumentos a través de los cuales Mattioli había perseguido su ideal de quietud. A medida que se prolongaba nuestro trabajo, el artista, con cierto orgullo, nos explicaba la naturaleza de su colección. Había cajas de música cuya melodía provocaba una breve inmovilidad, una silla provista de ataduras y soportes de metal, frascos con drogas narcóticas que estuvieron a punto de hacernos abandonar la búsqueda, porque

la mezcla de su ponzoña formaba una nube que dominaba el altillo. En un rincón encontramos una armadura hecha con listones de hierro, que dejaban ver parcelas de la víctima. Agujones de bronce ubicados en los sitios más dolorosos aseguraban la inmovilidad.

Sólo me quedaba un sitio por mirar. Avancé hacia la segunda estatua y arranqué el lienzo gris que la cubría. Kolm había dado antes una mirada, pero la había confundido con una estatua de verdad. Clarissa posaba como antes, pero ahora sin la lanza ni el casco dorado. Besé los labios fríos y al hacerlo, me molestó su desnudez librada a la mirada de los otros. Detrás de un biombo, entre caballetes y lienzos enrollados, había ropa que tal vez le pertenecía, y la vestí en silencio. Cuando despertó miró a su alrededor, como si no supiera dónde estaba y esperé que su memoria terminara de ordenar el cuarto.

Clarissa se acercó a la estatua interrumpida y le pasó los dedos por la cara.

—Mattioli, ¿hice bien mi trabajo?

—Nadie lo hizo nunca mejor. Pero ahora quedará sin terminar.

—Entonces será igual a mí. Yo también estoy sin terminar.

No encontré ropa de abrigo y la cubrí con mi capa. Así salimos de la casa de Mattioli. En algún punto del camino Kolm se perdió sin decir palabra. Quizás me habló para despedirse, pero yo sólo miraba a Clarissa. Un coche nos llevó a la Academia. Dimos un rodeo, por si Mattioli había decidido seguirnos.

Tuve que golpear varias veces hasta que la puerta se abrió. Había arrancado a Arsit del sueño, y el pintor niño me miraba sin reconocirme.

—Arsit, ésta es la amiga de la que le hablé. Debe cuidarla hasta que su padre, el señor Laghi, venga a buscarla.

Puse sobre la mesa el dinero que habíamos pactado esa misma tarde. Podría haber estafado a Arsit, porque parecía ignorar totalmente el valor del dinero, pero me compadecí del pintor niño.

—Aprovecharé para hablarle de arte. Le contaré la historia de cada estatua. No cobraré nada por eso.

Clarissa ya había despertado.

—¿Por qué me trajo aquí?

—No debe salir hasta que llegue su padre. Los hombres del abad los estarán buscando.

—¿Por qué? ¿Qué hizo mi padre?

—Nada todavía, pero pronto lo hará.

—Pensaba que alguna vez me rescataría de las manos de mi padre para dejarme escapar. Y en lugar de eso, ahora me entrega a él. ¿A esto lo llama amor?

A nuestro alrededor el coro de estatuas se agigantaba y parecía dirigir hacia mí un murmullo de reprobación. Dedos y espadas me señalaban. Arsit, en silencio, fruncía

la frente, como si tuviera la obligación de mostrar cierta indignación hacia mí, pero a la vez sin ganas de participar del todo, con ese fastidio que provocan en los niños los incomprensibles problemas de los adultos.

Clarissa se perdió entre las estatuas, muda, como si conociera el sitio, como si regresara al país natal.

Arsit me miró con los ojos grandes, un poco agobiado por la responsabilidad. Contó o fingió contar el dinero y después, como si aceptara su condición de rey de todo ese mundo subterráneo, me ordenó con un gesto que me marchara.

LA PUERTA CERRADA

Los cien ejemplares del impresor Hesdin se agotaron rápidamente entre los librereros del Pont-Neuf. Tenían éstos su colonia de lectores obsesivos que iban en busca de palabras prohibidas. El mayor prestigio era el resplandor de las llamas, que aumentaba el secreto y el precio. La mayoría de estos lectores eran espías, pagados por la Iglesia o la policía para adueñarse de los textos e investigarlos. Inclusive los lectores inocentes querían pasar a formar parte de estas filas, porque eso les aseguraba un ingreso irrestricto a los libros, y dinero para comprarlos. A cambio, debían de vez en cuando anotar algún título en el índice.

Desde la aparición de la Enciclopedia el número de estos agentes encubiertos había aumentado. Eran los primeros en abalanzarse sobre toda novedad y disputarse los ejemplares. No se conocían entre sí: cada uno se creía el único espía en un mundo de inocentes. Había lectores formados en la criptografía de Athanasius Kircher que eran capaces de leer toda clave secreta; otros interpretaban los papeles en términos de alegoría política, y a los más inteligentes y sutiles, preparados para llegar, a través de las complejidades del intelecto, a la inocencia, se les encargaba el significado literal. Siguiera un método u otro, cada intérprete acababa por dar con una verdad oculta.

Los jesuitas habían llegado a dominar la interpretación literal, que era por cierto la más ardua. Confiados en que un ataque contra los dominicos podía mejorar su posición, difundieron su versión de *El mensaje del arzobispo*. En ese momento yo no estaba enterado del recorrido que había seguido el relato que me había tocado transcribir, y creía que había sido tragado como tantos libros que se imprimían cada día en París. Brillaban durante una conversación o una fiesta, y luego desaparecían sin necesidad de hogueras.

Pasé frente a la Posada del Pez sin entrar hasta estar seguro de que nadie me esperaba. A esa hora, si Von Knepper había cumplido su palabra, el otro mensaje, esa breve confesión, ya estaba grabado en una lámina de metal y había conquistado la memoria del autómeta. Di un rodeo y no tardé en descubrir a uno de los guardianes del abad, que mentía una ceguera y extendía su mano de dedos largos y amarillos a los transeúntes que trataban de evitarlo. Cansado de esperarme, se tomaba tan en serio su disfraz, que murmuraba quien sabe qué amenaza al oído de los caminantes, tanteándolos con su bastón. En el extremo había una hoja afilada, que estimulaba la caridad. Como espía era un fracaso, pero como mendigo un éxito, y las horas de espera le habían llenado los bolsillos. Me alejé con los ojos cerrados, como hacen los niños para evitar ser vistos. Durante el resto del día caminé por la ciudad, sin saber dónde pasar la noche que se acercaba, la noche que ya había llegado, la noche que estaba por terminar.

A la madrugada, mis pasos me llevaron, casi sin que me lo propusiera, a la

Facultad de Medicina. Tal vez Kolm estuviera todavía allí, probando la máquina. La puerta de reja estaba abierta; al enfrentar el largo pasillo desierto me llegó desde lejos un ruido de llaves. Tanto temía ese ruido, que atribuí la sensación de peligro a mi imaginación.

La puerta de la sala donde Kolm buscaba la máquina perfecta estaba cerrada, pero no faltarían llaves para abrirla. Signac, acompañado del falso ciego, estaba a mi lado. Sostenía una lámpara sobre mi cabeza, mientras su compañero acercaba a mi garganta la punta de su bastón.

—A lo largo de la vida, abrimos y cerramos puertas, sin darnos cuenta de las consecuencias —dijo Signac—. Es como en los cuentos: una puerta lleva al tesoro y otra a la boca del dragón.

Signac me tendió una llave. Sabía que algo horrible iba a suceder apenas abriera la puerta. Recordé la historia de los siracusanos: tal vez ahora estaba frente a la habitación donde me esperaba el verdugo.

La cerradura giró con docilidad. Para empujar la puerta debí hacer algo de fuerza, ya que entre hoja y marco se interponía el cabo de una cuerda. Al fin la puerta cedió y la cuerda quedó libre.

Oí el susurro de la cuchilla y luego el golpe. No sé si Kolm había llegado a probar la máquina en algún cuerpo de la Escuela de Medicina, pero esa vez todo funcionó a la perfección. La hoja se deslizó por los rieles aceitados y el corte fue limpio. La cabeza cayó sobre el piso de madera y llegó rodando hasta mis pies. Kolm tenía todavía los ojos abiertos.

Signac levantó la lámpara y pude ver que la máquina lucía exactamente igual al grabado de la Halifax. El cuerpo estaba amarrado a un largo banco. El cabello y el cuello de la camisa habían sido cortados para facilitar el trabajo de la cuchilla. Aún tenía en la mano la llave que me había convertido en verdugo del verdugo.

—¿Sabe qué dijo Kolm, mientras le explicaba mi plan? —Signac, con un empujón, me obligó a marchar por el pasillo—. Ahora cualquiera puede ser verdugo.

Respiré con alivio por escapar de la habitación ensangrentada. El falso ciego caminaba delante. El hombre de las llaves iba detrás, cerrando las puertas que encontraba a su paso.

SILAS DAREL

Cruzamos el patio central, donde crecían plantas espinosas cuyas hojas azules servían para el ejercicio caligráfico. En el centro del patio había dos profundos estanques de mármol negro. En sus aguas se movían esturiones, calamares y alguna especie de pez que brillaba desde el fondo: todos destinados a producir tintas para los dominicos. El guardián de las llaves y el falso ciego me llevaban sin prisa por patios y escaleras.

Entramos a la sala de caligrafía. En la biblioteca había libros enormes como ataúdes. En muebles y anaqueles se extendía una colección de frascos y plumas como jamás había visto. Los olores de las tintas se mezclaban en el aire encerrado. Advertí, entre los frascos en forma de torre, de estrella, de cruz, un cráneo humano que servía de tintero. Había plumas tan enormes que costaba imaginar el ave de la que habían sido arrancadas. Los dos guardias que me habían traído se apartaron, dejándome en una aparente libertad. Miré a todos lados en busca de Darel, hasta que advertí un pequeño gabinete. Para entrar había que bajar unos escalones y agachar la cabeza.

Darel escribía sin mirarme. Sus manos eran tan blancas y finas que un movimiento brusco podía romperlas. Las largas uñas parecían láminas de mármol. Se concentraba en cada rasgo, que marcaba con lentitud y fuerza, y así daba a las palabras un carácter definitivo. Ese carácter se enfrentaba con la leve sombra de sus manos contra el papel. Era también alguna clase de escritura y señalaba: por cada palabra que queda, cuántas otras que desaparecen.

Su silencio construía una muralla de cristal a su alrededor. He oído que la atención es una forma de rezo; de ser así, ese hombre oraba. La luz que entraba por un pequeño ventanal atravesó un tintero veneciano lleno de sangre.

Traté de mirar qué era lo que escribía, buscando mi nombre entre las palabras rojas. A mis espaldas llegó la respuesta.

—Escribe nuestra historia —dijo el abad, que había entrado sin que yo lo advirtiera—. Pero no está atado a la norma que acatan los historiadores: esperar que las cosas hayan sucedido. Ya terminó de escribir el pasado, ahora se ocupa de lo que pasará. Nuestros enemigos tienen la Enciclopedia y la voluntad de aclarar todas las cosas; nosotros tenemos la caligrafía y el deber de convertir al mundo en un enigma.

Se oyó el tañido de campanas que parecían sonar muy lejos. El abad abrió un pliego de papel frente a mí.

—Quiero que escriba su confesión. Quién lo envió y por qué. Cada palabra debe ser verdadera. El maestro calígrafo no oye, sólo ve: es capaz de reconocer la vacilación de la mentira en el trazo. Si eso ocurriera, su pluma se hundiría en su garganta antes de que note el movimiento. Lamento no quedarme a ver el examen, me esperan los enviados de Roma.

Un pequeño tintero quedó abierto ante mí y una pluma fue puesta en mi mano. El

abad apuró sus pasos hacia la puerta, custodiada por el hombre de las llaves. El otro guardián había desaparecido. Darel sacó de un cajón una aguzada pluma, tan afilada que rasgaría el papel con sólo rozarlo.

Con lentitud, escribí lentamente la verdad. Me preguntaba de quién sería la sangre que me servía de tinta. Demoré el nombre de Voltaire: Darel, que no leía el papel, sino sólo el trazo, algo advirtió, porque me atacó con su pluma, y me hirió en la cara. El dolor me obligó a detenerme. Busqué un pañuelo y al llevarlo a la mejilla quedó impreso en él un extraño signo.

No quería que la herida se repitiera. ¿Qué podía ser absolutamente verdadero, como para que Darel no volviera a atacarme? Recordé cómo repetíamos su nombre, en secreto, en los claustros de la escuela de Vidorso. Había llegado por fin a la leyenda, y la leyenda estaba por matarme. Anoté con lentitud, con la misma lentitud del autómatas, el texto que en el mismo momento trazaba el obispo, ante los ojos de Roma:

No busquen en estas manos al obispo...

JEROGLÍFICO

Los enviados de Roma habían leído la interpretación jesuita de *El mensaje del arzobispo* y estaban preparados para comprender. Habían llegado al palacio con una guardia de veinticinco hombres. Cuando la señal llegó, cuando la criatura de Von Knepper escribió las treinta y nueve palabras soñadas en Ferney, no pidieron explicaciones:

*No busquen en estas manos al Obispo.
Estoy en una tumba sin inscripción,
Sin púrpura y sin cetro
Porque un impostor ha tomado mi lugar.
El abad escribió mis palabras hasta ahora.
Esta vez, sin embargo, hablo por mí.*

Alcancé a oír el tumulto lejano y vi, a través de la ventana, a los monjes que huían de los soldados de Roma. Las puertas que se abrían o cerraban con violencia llamaban desde lejos a Signac, el hombre de las llaves. El guardián comprendió que su deber estaba en otra parte, y fue fiel hasta el fin.

A Darel no le importaba nada de lo que ocurría afuera, sólo la misión que le habían ordenado. Admiré su infinita concentración: ni una sola vez giró la cabeza para mirar por la ventana. Todo lo demás le era indiferente: escribía.

Allá abajo, en el jardín geométrico, el hombre de las llaves, con las ropas ensangrentadas, borraba toda simetría. Se batía tambaleante contra cuatro enemigos cuyas dagas ya lo habían marcado. Alcanzó a herir de muerte a uno, pero en la estocada perdió el arma y casi la mano. Cuando parecía acabado, extrajo de entre sus ropas dos llaves descomunales, destinadas a quién sabe qué puertas imposibles. Acostumbradas a abrir, abrieron dos cabezas. El único enemigo que quedó en pie se abalanzó contra el gigante, que tropezó con uno de los heridos y cayó en el estanque negro.

Signac trató de arrancarse el peso que lo hundía hasta el fondo, pero las llaves no se terminaban; cuando había sacado las de las puertas principales, quedaban las del sótano, y no había que olvidar las que abrían las grandes puertas de los jardines, la capilla, las cámaras secretas, el museo de la orden, las catacumbas, la sala de caligrafía, el gabinete de Darel. Quizás fue una ráfaga de aire que recorrió de una punta a otra el palacio, pero oí, en el momento en que el guardián se derrumbaba sobre el fondo, un estruendo de puertas lejanas que sonaron como una artillería fúnebre. Un séquito de esturiones desconcertados daba vueltas y vueltas sobre el gigante caído.

Darel estaba preparado para descubrir la mentira, pero no advirtió mi último trazo, porque lo inspiraba la verdad. La pluma saltó de la página y se hundió en su garganta. Me puse en guardia para recibir su respuesta, pero Darel ni siquiera me miró. Sabía reconocer el trazo de una pluma, y había adivinado que aquella era una línea definitiva. Se cubrió la herida con una mano blanca que pronto fue roja, y caminó hacia su escritorio para dibujar, con un temblor del que seguro se avergonzaría, el mismo signo que con pulso firme había dibujado en mi cara.

En los años siguientes, cada vez que me miraba al espejo, envidiaba la mano que trazó aquel signo, que en ese entonces no parecía tener significado. En las noches de insomnio, repetía el dibujo, hasta que me creía a punto de resolver el enigma, pero entonces me quedaba dormido.

Sólo años después, ya lejos de mi patria, cuando la verdad de los jeroglíficos egipcios salió a la luz, descubrí en un viejo periódico su sentido. Era el jeroglífico que representaba al dios Thot, el inventor de la escritura. Pero ¿cómo podía saberlo Darel? Entonces recordé aquel cuento oído en la Escuela de Vidors: la historia de una antigua tradición de escribas que había continuado sin interrupciones, a través de los continentes y las catástrofes.

A veces, cuando me miro la cara a la luz de la luna en un pequeño espejo roto que cuelga en la pared, me digo que Darel me marcó para hacerme saber que conmigo terminaba algo grande y secreto.

INVENTARIO

En un costado de mi escritorio me espera mi trabajo: redactar actas que necesitan una firma urgente, anotar los gastos de los últimos dos meses, pasar en limpio dos sentencias del tribunal. Cuando se trata de papeles muy importantes que ponen en riesgo la seguridad del Estado evitan confiármelos. Si me ven tan distinto, y por lo tanto sospechoso, no es porque piensen en Francia, sino en ese reino enorme y exótico: el pasado.

Después de los acontecimientos del palacio de Arnim volví a Ferney, donde ejercí durante diecisiete años el cargo de calígrafo. Nunca llegué a poner mi taller de tintas y plumas; preferí una vida más segura y ociosa. Por las mañanas mi tarea era la correspondencia de Voltaire, y a veces sus libros; por la tarde me esperaba el papelerío comercial y la redacción de documentos. Era un trabajo tranquilo, y me hubiera gustado que durara para siempre.

Muchos años después, cuando Voltaire anunció su viaje a París, sentí que nada me quedaba por hacer en Ferney. Todos a mi alrededor pensaban lo mismo; todos ejecutaban cada acto —la limpieza de un jarrón, la preparación de una comida, la poda de los rosales amarillos— con esa mezcla de cuidado y despreocupación de quien hace algo por última vez.

Quienes acompañamos durante algún trecho la carroza de Voltaire íbamos en silencio. Se nos pedía alegría, pero formábamos parte de un cortejo fúnebre. Nuestra tristeza tenía razón: París esperaba a Voltaire para colmarlo de todos los honores posibles, para someterlo a una procesión de visitas en el Hotel de madame Villette, para agotarlo hasta la muerte y luego negarle sepultura.

El corazón llegó al castillo de Ferney dos meses después de la muerte de Voltaire. Sólo se encontró tumba para él en las afueras de la ciudad, en Sellieres, donde su sobrino era abad. Antes de enterrar el cuerpo, el médico le sacó el corazón. Simuló que era una operación improvisada, pero fue evidente para quienes asistían al proceso que había tomado esa decisión mucho antes, ya que había llevado consigo, en esa noche de apuro y confusión, varios frascos con sales, y un líquido azul que irritaba los ojos. No sé qué luchas rodearon al corazón, ni quién lo envió a Ferney, porque lo entregó un mensajero polaco que no hablaba una palabra de francés y que se fue de inmediato.

En medio del desorden que ya gobernaba la casa, el corazón fue a parar al gabinete de las excentricidades, en compañía de los regalos que durante años viajeros ilustres habían traído desde países remotos. Luego de la muerte de Voltaire nadie había vuelto a asomarse al gabinete, cuyas piezas erráticas ya pertenecían a las telarañas y al polvo. El dueño de casa había desaparecido, y la casa misma parecía enfermar y morir. El corazón quedó abandonado entre piedras que brillaban en la

oscuridad, monstruos marinos y osamentas de unicornios.

Fui elegido para hacer el inventario de la casa. A medida que anotaba las cosas, éstas desaparecían, y pronto del gabinete de excentricidades no quedó casi nada. Era habitual ver a los hijos de los criados en el jardín, jugando con el maxilar de una ballena, la piel de un oso blanco o la mano momificada de un mártir.

Al principio intenté yo mismo guardar cierto orden, pero al final me sumé a los saqueadores y escondí entre mis ropas el corazón. Para que no se notara su ausencia, dejé en su lugar el corazón embalsamado de una condesa veneciana del siglo XVI, regalo de un amigo de Voltaire, el señor de Paulmy.

Terminé el inventario un día antes de partir. Mi letra no era la misma de mis comienzos: ahora era serena y sencilla y no buscaba deslumbrar a nadie. Era la letra de quien sabe que lo que se anota esconde tanto lo que se tiene como las cosas perdidas.

LA CABEZA DE MÁRMOL

Los archivos fueron heredados por Catalina de Rusia, y secretarios y archiveros viajaron hacia allá, atados de por vida a los papeles. Yo no quería ese destino y volví a París, con el corazón de Voltaire en mi equipaje.

Trabajaba por las mañanas en la Casa Siccard, como especialista en instrumentos de caligrafía (las actividades del primer piso habían quedado clausuradas) y dedicaba las tardes a buscar a Clarissa. Ni de ella ni de su padre quedaba ninguna huella en la ciudad. En cierto modo, no he abandonado la búsqueda: aun en este puerto tan lejano, cuando llegan pasajeros que han pasado por Francia, los busco para preguntarles si han oído el nombre de Von Knepper.

Sólo a un testigo encontré en mi camino, y a ese testigo lo perdí. La noche antes de embarcar, caminaba por la orilla del Sena cuando un hombre harapiento y barbudo me cortó el paso. Lo había visto de lejos en otras ocasiones: detenía a los transeúntes, les mostraba lo que llevaba en una bolsa y los dejaba marchar. Pero esa vez me asustó: por un instante me pareció que iba a matarme y desenvainé mi única arma, la pluma que había degollado a Silas Darel. A pesar de la barba y de la oscuridad, reconocí a Mattioli. Pero él no parecía saber quién era yo. Me preguntó, mientras me mostraba el contenido de una bolsa que apenas podía sostener:

—¿Ha visto a esta mujer?

Respondí que no, casi sin voz.

—Entonces todo ha terminado —dijo el escultor, como si hubiera perdido conmigo su última esperanza, y no quedara nadie más a quien interrogar en la ciudad.

Se encaramó al borde del puente con una familiaridad que borraba toda idea de peligro. Antes de comprobar que el nudo que ataba la bolsa a su cuello estuviera firme, miró la cabeza de mármol por última vez. Corrí para detenerlo: también yo quería besar los labios helados. No me dio tiempo. Mattioli abrazó la cabeza y saltó hacia las aguas oscuras. La última imagen de Clarissa se ahogó con él.

*Buenos Aires,
diciembre de 1998 - julio de 2001.*



PABLO DE SANTIS nació en Buenos Aires en 1963. Ha sido guionista y jefe de redacción de la revista argentina *Fierro* y ha trabajado como guionista y escritor de textos para programas de televisión. Su primera novela *El palacio de la noche* apareció en 1987 a la que le siguieron *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *El último espía*, *Lucas Lenz* y *el Museo del Universo*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Las plantas carnívoras* y *Páginas mezcladas*, obras en su mayoría destinadas a adolescentes.

Su novela *El enigma de París* fue ganadora del Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa 2007.